



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 3

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

Moreno, Pablo. “La consolidación de una reforma”, “Una opción pastoral radical: Menno Simons”. En *Recuperando memorias: textos comentados de la reforma del siglo XVI*, 158-234 y 291-350. San Salvador: Visión Mundial El Salvador, 2006.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

LA CONSOLIDACIÓN DE UNA REFORMA: JUAN CALVINO

Juan Calvino nació el 10 de julio de 1509 en Noyón, Francia, y fue el segundo entre cinco hermanos. Su padre era notario y su relación con el obispo de Noyón obedecía a que trabajó para él. Esto le permitió recibir beneficios eclesiásticos para su hijo Juan, quien trabajaba en el obispado y recibía ayuda económica desde muy joven. Su padre vio en el ambiente eclesiástico la posibilidad de un ascenso económico futuro, por eso desde muy temprano Juan se hizo la tonsura y se fue adiestrando para el sacerdocio.

Algunos amigos animaron al padre de Juan para que lo enviara a París. Decidió enviarlo a Orleáns a estudiar derecho, después de estar en colegios religiosos y tener conflictos con el obispo de Noyón. Cuando el padre murió, Juan regresó a París para continuar sus estudios literarios, sin dejar de completar su carrera de Derecho en Orleáns.

Poco se sabe sobre su conversión, pero él mismo cuenta de sus numerosos contactos con profesores y líderes protestantes mientras llevaba a cabo sus estudios. Quizá por enfatizar tanto el papel protagónico de Dios en la salvación no le dio tanta importancia a esas fechas memorables de la conversión que muchos creyentes recordamos.

En 1532 publicó su primer libro, un comentario a *De Clementia* de Séneca. Poco después profundizó sus lazos con el movimiento de la Reforma y esto lo llevó a dedicarse a los estudios bíblicos. En 1533 ayudó a su amigo Nicolás Cop a preparar un discurso de posesión como rector de la Universidad de París. En ese discurso atacaba a la Iglesia Católica y por tal acción fueron expulsados de París, tanto él como su amigo. A partir de ese momento estuvo viajando por Francia, Suiza e Italia durante tres años; además renunció a los beneficios eclesiásticos adquiridos por influencia de su padre en Noyón. En medio de los viajes que realizaba con el fin de no ser

capturado, Calvino escribió un tratado titulado *Psychopannychia*, que era un ataque contra la idea del sueño del alma después de la muerte. En marzo de 1536, escribió un pequeño volumen con siete capítulos titulado *Christianae Religionis Institutio*, con una carta dirigida a Francisco I defendiendo al protestantismo frente a sus calumniadores. Esta pequeña obra obtuvo reconocimiento por ser una apología abierta del protestantismo, elaborada de manera sistemática y clara.

Pocos meses después decidió irse para Estrasburgo, ciudad donde el protestantismo se había consolidado, pero debido a que Francia estaba en guerra con el imperio, tuvo que hacer un desvío por Suiza y permaneció en Ginebra. En esta ciudad esperaba pasar apenas una noche. Sin embargo, esta breve escala fue definitiva porque Guillermo Farel, quien había iniciado la Reforma en esa ciudad, tan pronto se dio cuenta de la llegada del joven teólogo lo visitó y le invitó a quedarse. Calvino le explicó que el motivo de su viaje era llegar a Estrasburgo para tener mayor tranquilidad y continuar con su obra literaria. Farel le respondió con una maldición divina y amenazante, lo cual parece haber impactado tanto a Calvino que consideró estas palabras como un llamado del Dios soberano para hacer lo que no era agradable para sí.

La reforma liderada por Farel y Calvino encontró muchos opositores por lo estricto de las medidas que tomaron para controlar el libertinaje que había caracterizado a la población ginebrina. Cuando ellos rechazaron la exigencia del consejo de la ciudad de Berna para que aceptaran la liturgia practicada en esa ciudad, dominante sobre Ginebra, ambos fueron expulsados y Calvino se fue a Estrasburgo.

En Estrasburgo Martín Lutero consolidaba cada vez más la Reforma, y fue allí donde Calvino logró realizar lo que siempre había deseado, a pesar de las limitaciones que le había tocado

enfrentar; Predicaba cuatro veces por semana, enseñaba, ayudaba a organizar la disciplina de la Iglesia y ganaba cada vez más respeto entre sus seguidores.

Estando allí conoció y se casó con Idelette de Bure, viuda adinerada de un anabaptista. De esta unión nació un hijo que sólo vivió pocos días. Después llegó a ser pastor de los refugiados franceses en Estrasburgo, congregación que organizó siguiendo los lineamientos que encontró en el Nuevo Testamento. Aquí elaboró una liturgia y un salterio, escribió un comentario a los Romanos, participó en coloquios con luteranos y católicos en Worms y Ratisbona.

Algunos creen que Calvino hubiera pasado el resto de su vida en Estrasburgo, si no hubiera sido por el cardenal Sadoleto quien hacía ingentes esfuerzos por recuperar a Ginebra para el catolicismo. En 1539 Jacobo Sadoleto escribió una carta a los ginebrinos invitándoles a retornar a la Iglesia Católica por medio del sometimiento al Papa; la carta fue enviada a Calvino para que diera su opinión, pero este al recibirla no sólo dio su evaluación sino que la respondió de manera directa y contundente en septiembre de ese mismo año. Gracias a ciertos cambios políticos en la composición del gobierno ginebrino, Calvino fue invitado de nuevo a regresar para ponerse al frente de la Reforma; su llegada ocurrió, después de una nueva insistencia de Farel, el 13 de septiembre 1541. Inmediatamente inició la reorganización de la ciudad bajo los principios de la Reforma Protestante alimentados con las experiencias en Estrasburgo, revisó la liturgia, las leyes de la ciudad, organizó una academia que después se convirtió en universidad, en fin quería hacer de Ginebra una «ciudad santa». Esto se reflejó en la aplicación de una dura y rígida disciplina de control de la vida privada y pública de sus habitantes, hasta los calvinistas consideraron exageradas algunas medidas y los

opositores se manifestaron en contra en varias ocasiones por medio de pequeñas revueltas. Estos fueron acompañados de manera paralela por las controversias teológicas desatadas por personajes como Miguel Servet, quien terminó condenado a la hoguera en 1553, ejecución por la que Calvino ha sido criticado constantemente, aunque no fue el responsable directo de la orden de ejecución.

La influencia de Calvino en todos estos acontecimientos fue moral, antes que legal, pues no llegó a ser ciudadano sino hasta 1559, no obstante, debido al peso de su influencia logró que Ginebra se convirtiera en un ejemplo por la imagen que se tenía de ella, exagerada en algunas ocasiones, para el resto de Europa.

Calvino fue un escritor prolífico, durante su vida escribió comentarios sobre 23 libros del Antiguo Testamento y acerca del todo el Nuevo Testamento, salvo Apocalipsis. Además predicaba casi diariamente en semanas alternadas y algunos de sus oyentes copiaron esos sermones que después fueron descubiertos en el siglo XIX en una tienda de antigüedades en Londres.

La obra más conocida de Calvino es la *Institución de la Religión Cristiana*, revisada desde su primera edición en 1536, cinco veces, y se publicó finalmente en 1559 en latín y francés. Se convirtió en lo que podría llamarse una primera teología sistemática protestante.

Los últimos días de Calvino fueron difíciles debido a su salud y soledad, Idelette había fallecido en 1549 y Juan Calvino murió el 27 de mayo en 1564. Su influencia se extendió desde la teología a la economía y la política, lo que siempre ha pasado por múltiples debates en pro y en contra, valoración que no ha dejado de oscilar entre la exageración de sus cualidades humanas y la minimización de su herencia.

UNA POLÉMICA INEVITABLE

Jacobo Sadoletto fue cardenal, humanista y erudito bíblico, miembro de la curia romana bajo el pontificado de Clemente VII, entre 1524 y 1527, tiempo en el que sobresalió como exégeta. Después se estableció en Francia donde publicó varios trabajos en filosofía y un comentario a los Romanos. En 1539 escribió una carta a los ginebrinos en la que los instaba a regresar a la Iglesia Católica y a someterse a la autoridad del Sumo Pontífice. Después de conocer los vaivenes de la Reforma Protestante, intervino para recuperar la ciudad aprovechando el vacío de liderazgo dejado por la salida de Calvino y Farel hacia Estrasburgo.

La respuesta de Calvino no se hizo esperar. Redactó una respuesta al cardenal en 1539, escrita en latín en la que de manera indirecta le dice a los ginebrinos que no los ha olvidado, asumiendo el papel de un guerrero de Dios, se describe a sí mismo como un soldado que levanta el noble estandarte y que está dispuesto a regresar al campo de batalla y a la compañía de hombres a la que él pertenece, y que presa del pánico ha olvidado a su capitán.

En el escrito hizo saber a Sadoletto y a los ginebrinos que Dios le ha unido a esa comunidad de manera definitiva, incluso aunque la Iglesia esté corrompida, él sigue siendo fiel a la defensa y responsabilidad por el rebaño que Dios le ha encargado. Este documento fue junto a su comentario a la carta a los Romanos y un pequeño tratado sobre la Cena del Señor, una tríada que le permitió expresar muy bien su pensamiento, ahora estabilizado en un Calvino, que al darlo de algunos estudiosos, por fin se vuelve «calvinista»⁹⁰.

⁹⁰ Denis Crouzet, Calvino. Barcelona: Ariel, 2001 pp. 126—127 esta es una biografía no confesional sobre Calvino y que desde una posición no religiosa representa una visión crítica del reformador. La otra obra conocida en español sobre la vida de Calvino es la de Van Haselma Thea, Así fue Calvino. Gran Rapids: TELL, 1959 que tiene un carácter confesional.

En la carta a Sadoletto sobresalen dos elementos, primero, la mirada que sobre sí ha llegado a tener Calvino como elegido de Dios, sometido irremediablemente a su voluntad y dichoso por tener que vivir así. Por esa carta sus amigos en Ginebra se animaron a invitarlo de nuevo para ponerse al frente del movimiento reformador.

El segundo aporte de este documento es la conformación de una eclesiología propiamente calvinista, pues esta se define como el lugar donde la palabra de Dios se realiza y se glorifica, tema que luego introdujo en su obra la *Institución de la Religión Cristiana*, hay un paso desde una concepción de la Iglesia como cuerpo de los elegidos que sólo Dios conoce, en lo que siguió a Lutero, a una perspectiva más histórica de la Iglesia como cuerpo visible y organizado.

Por demás el documento en sí mismo es una presentación sucinta no sólo del pensamiento de Calvino de lo que era la fe reformada compartida por Lutero y por Zwinglio con algunos matices particulares. Los lectores de ese tiempo, y los de hoy, pueden encontrar un resumen de la fe reformada expuesto en medio de la polémica y la controversia en la que combina un lenguaje amable, directo y por momentos agresivo, frente al cardenal que lo había provocado.

Durante el período de la Reforma y aun después no pocos consideraron que el protestantismo se reducía a una controversia entre órdenes religiosos, fruto de caprichos no atendidos y de ánimos enardecidos, pues este documento comprueba que, a pesar del tono controversial, la Reforma constituía una profunda búsqueda de cambio en la Iglesia, revisión de las doctrinas y especialmente de renovación espiritual en las comunidades cristianas. La manera en que Calvino desarrolla el texto deja ver su estilo magistral y progresivo en la argumentación lógica a favor de la fe reformada.

RESPUESTA AL CARDENAL SALOLETO⁹¹

Puesto que por tu excelente doctrina y maravillosa gracia en el hablar has merecido (y con toda justicia) ser tenido en gran admiración y estima entre los sabios de nuestro tiempo, y principalmente entre los verdaderos aficionados a las buenas letras, me disgustaría sobremanera verme obligado por esta mi réplica y queja (que ahora podrás escuchar) a tocar públicamente, sin herirlo, este tu buen nombre y reputación. Lo cual en verdad jamás hubiera emprendido, de no haber sido apremiado y obligado a este combate por una gran necesidad. Porque no ignoro qué gran maldad sería provocar injustamente por codicia o simplemente por envidia a quien en su tiempo ha cumplido tan bien su deber con las buenas letras y disciplinas; y sobre todo cuán odioso resultaría si los sabios se enterasen de que sólo por enfado y disgusto, sin tener otra justa razón, había dirigido mi pluma contra aquel a quien (y no sin razón) se le estima, por sus cualidades y virtudes, digno de amor, alabanza y aprecio. Sin embargo, después de exponer el motivo y razón de mi empresa, espero que no sólo quedaré exento y absuelto de todo crimen, sino que, a mi entender, no habrá nadie que juzgue la causa por mí patrocinada podía dejar de defenderla sin incurrir en cobardía demasiado grande y en desprecio de mi ministerio.

Desde no hace mucho tiempo has estado enviando cartas al consistorio y al pueblo de Ginebra, con las cuales pretendías probar sus corazones, averiguar si querían someterse al poderío y tiranía del Papa⁹² de los que se han visto libres y apartados de una vez para siempre. Y porque no convenía mostrarse áspero con aquellos de cuyo favor tenías necesidad para defender

⁹¹ Transcripción del texto específico de la carta tomado de: *Juan Calvino, Respuesta al cardenal Sadoleto*. Barcelona: Fundación Editorial de literatura Reformada. 1990 se transcribe el texto integral con los subtítulos aclaratorios correspondiente a esta edición.

⁹² Texto latino: Sub pontificis romani jugum = bajo el yugo del pontífice romano.

tu causa, por eso has empleado con ellos las artes de un buen orador. Pues desde el comienzo has procurado halagarles y engañarles con dulces palabras, creyendo atraerles a tu opinión, y achacando toda la malevolencia y acritud a aquellos por medio de los cuales se vieron libres de esta tiranía.

Y aquí es donde impetuosamente y a rienda suelta⁹³ te desfogas contra quienes (según tus palabras) bajo sombra y pretexto del Evangelio, con astucias y engaños han sumido a esta pobre ciudad en tan gran turbación respecto a la iglesia (de la que te compadeces) y en tan gran desorden en lo tocante a la religión. En cuanto a mí se refiere, Sadoletto, quiero que sepas que soy uno de aquellos contra los que hablas con tan grande cólera y furor. Y aunque la verdadera religión ya había sido erigida y establecida, y la forma de su iglesia corregida, antes de haber sido llamado a ella, sin embargo, puesto que no sólo le he corroborado con mi palabra y mi opinión, sino que también me he esforzado cuanto me ha sido posible en conservar y consolidar todo lo establecido antes por Farel y Vireto⁹⁴, yo no puedo honestamente ser excluido ni separado de ello en esta causa. Si te hubieras referido a mí personalmente, sin duda alguna te hubiese perdonado todo fácilmente en atención a tu saber y al honor de las letras; pero al ver mi ministerio (que yo sé está fundado y confirmado por la vocación del Señor) herido y lastimado por las llagas que me infieres, no sería paciencia, sino deslealtad disimular en este punto, guardando silencio.

⁹³ Texto latino: Plenis velis = a velas desplegadas

⁹⁴ Alusión a los acontecimientos de que fue teatro Ginebra entre septiembre de 1532 y agosto de 1535. Septiembre de 1532: tumultuoso coloquio entre el reformador Farel y los canónigos católicos; 27 de enero de 1534: coloquio entre los reformadores Farel y Vireto y el doctor romano Furbity; 8 de agosto de 1534: los protestantes ocupan la catedral de S. Pedro; 27 de agosto de 1535: edicto de reforma.

CALVINO Y LA IGLESIA DE GINEBRA

En primer lugar, y como primer cargo, he ejercido en esta iglesia el oficio de lector⁹⁵ y después el de ministro⁹⁶ y pastor. Respecto a haber tenido el segundo cargo, mantengo, por propio derecho, que lo hice legítimamente y con sincera vocación. Ahora bien, con qué cuidadosa diligencia y total entrega lo he administrado, no es necesario demostrarlo con largos discursos. No pretendo atribuirme ninguna sutil inteligencia, erudición, prudencia o destreza, ni siquiera diligencia. Pero yo sé, sin embargo, con certeza delante de Cristo, mi juez, y de todos sus ángeles, que he caminado en esta iglesia con la pureza y sinceridad que convenía a la obra del Señor: de lo cual los fieles dan amplio y excelente testimonio. Así, pues, una vez que se conozca mi ministerio viene de Dios (como ciertamente aparecerá con claridad en el transcurso de esta materia) ¿habrá alguien que no juzgue mi silencio fingido y disimulado y no me acuse de prevaricación, si, por callarme, sufro injuria y difamación? Todos, pues, comprenden que me veo obligado por una imperiosa necesidad, y que además no tengo más remedio que oponerme y refutar tus reproches y acusaciones, si es que no quiero traicioneramente rehuir la empresa que el Señor ha puesto en mis manos. El no tener por el momento a mi cargo la administración de la iglesia de Ginebra, no puede ni debe impedirme profesarle mi paternal amor y caridad; a aquella, digo, en la que habiéndome Dios ordenado una vez, me obligó a guardarle siempre fidelidad y lealtad. Viendo, pues, las redes que se tendían contra aquella cuyo cuidado y solicitud quiere el Señor que tome sobre mí; conociendo también los grandes y enormes peligros y riesgos

⁹⁵ Es decir, exegeta (a partir de agosto de 1536).

⁹⁶ Hacia diciembre de 1536.

en los que, de no proveer con diligencia y medios apropiados, podía caer rápidamente ¿quién se atrevería a aconsejarme esperar con seguridad y paciencia el fin y término de tales peligros? Pensad que ridículo sería permanecer como estúpido y atónito, sin prevenir la ruina de aquel por cuya protección es necesario vigilar día y noche. Pero bien veo que sería superfluo emplear en este punto un discurso más largo, cuando tú mismo me libras de tal dificultad. Pues si la vecindad de que hablas (que no es sin embargo tan grande) ha tenido tanta fuerza en ti que, queriendo mostrar la amistad que profesas a los habitantes de Ginebra, no has temido atacar, con tan gran atrocidad y furor, mi persona y mi buen nombre, a mí me será permitido, por derecho de humanidad, queriendo proveer y entender en el bien público de la ciudad que tengo encomendada y por mayor título que el de vecindad, impedir tus propósitos y esfuerzos que sin duda pretenden su total ruina y destrucción. Más todavía: aún cuando no tuviere nada que ver con la iglesia de Ginebra (de la que ciertamente no puedo desviar mi espíritu, ni amar y estimar menos que a mi propia alma), aún concediendo que no le tuviere ningún afecto, en cuanto mi propio ministerio ha sido injuriado falsamente y difamado (el cual, por haber conocido que viene de Cristo, debo defenderlo, si es necesario, con mi propia sangre) ¿cómo me va a ser posible aguantar, disimulando, tales cosas? Por lo cual no sólo los lectores benévolos pueden juzgar fácilmente, sino también tú, Sadoleto, tú mismo puedes considerar y pensar que por varias y justas razones me he visto obligado a tomar parte en este combate (si es que se puede llamar combate a la sencilla y moderada defensa de mi inocencia); si bien no puedo sostener mi derecho sin englobar y mezclar en él a mis compañeros, con los que la razón de mi administración ha permanecido tan inseparable que con sumo gusto tomaría

sobre mí todo lo que se quiera decir contra ellos. Sin embargo, procuraré con todas mis fuerzas mostrar respecto a ti, al exponer y desarrollar esta causa, el mismo afecto que tuve al comenzarla. Pues yo haré que todos comprendan, no sólo que te aventajo mucho en buena y justa causa, en recta conciencia, en pureza de corazón, en lo rotundo⁹⁷ de las frases y en buena fe, sino que también soy un poco más constante en guardar cierta modestia, dulzura y suavidad. Verdad es que a veces encontrarás cosas punzantes, que posiblemente desgarrarán tu corazón; sin embargo, procuraré que no salga de mí ninguna palabra fuerte ni dura, a no ser que la iniquidad de tu acusación (con la que en primer lugar he sido atacado), o la necesidad de la causa, me obliguen a ello. De todos modos procuraré que esta dureza y aspereza no lleguen a una intemperancia insoportable, a fin de que los espíritus de buen natural no se ofendan en modo alguno al ver tal inoportunas injurias.

⁹⁷ Texto latino: Sermonis candore = sinceridad en el decir

INTENCIONES DE SADOLETO

Ahora bien: tengo por seguro que cualquier persona empezaría su defensa precisamente por el argumento que yo me propuse omitir. Pues sin gran dificultad podría ésta poner tan a las claras⁹⁸ tus intenciones al escribir, que todos verían con evidencia que, en tu escrito, has buscado cualquier fin menos el que pretendías o intentabas. Pues si, primeramente, tú mismo no tienes fe en tu integridad, te haces extremadamente sospechoso, dado que tú, siendo extranjero y no habiendo tenido antes por aquí ningún conocimiento ni amistad con el pueblo de Ginebra, ahora de pronto dices profesarles un singular amor y benevolencia; sin embargo, de este amor jamás salió ningún fruto o apariencia de tal. Tú, que has hecho tu aprendizaje casi desde tu infancia, en las instituciones romanas, las cuales se aprenden ahora en la corte de Roma, en esta tienda⁹⁹ de toda finura y astucia; que precisamente has sido criado entre los brazos del papa Clemente,¹⁰⁰ con cuya ayuda fuiste hecho cardenal, ciertamente tienes muchas manchas que te hacen sospechoso, en este lugar, prácticamente para todos. En cuanto a esos sutiles medios e insinuaciones, con los que creías prevenir y sorprender los espíritus de la gente humilde, cualquier hombre, que no sea tonto de remate, podría refutarlos con facilidad. Sin embargo, no te puedo imputar lo que sería quizá más digno de crédito, ya que eso no escapa fácilmente a hombre instruido en las buenas letras y ciencias liberales. Procederé, pues, contigo

⁹⁸ Texto latino: Exagitaret = examinar para censurar.

⁹⁹ Traducción literal de la palabra latina "officina».

¹⁰⁰ Este juicio no es en modo alguno exagerado, ya que fue una especie de favorito del citado papa, quien le encomendaba misiones diplomáticas tan variadas como delicadas, preocupado sin cesar por la reforma de la iglesia.

como si hubieses escrito a los de Ginebra con buen celo, como conviene a un hombre lleno de gran doctrina, prudencia y gravedad; dándoles a entender de buena fe lo que te parecía conducente a su salvación y prosperidad. Pero a pesar de ello, y por cuanto no quiero enfadarte en este punto, sea cual fuere tu intención, y como destrozas y te esfuerzas en manchar y difamar hasta el extremo, con ultrajes e injurias, lo que el Señor les ha enseñado con nuestro auxilio,¹⁰¹ me veo obligado, quíeralo o no, a contradecirte en esto abiertamente. Pues ciertamente el oficio de los pastores en la iglesia consiste, no sólo en llevar las almas dóciles de los fieles directamente a Cristo, sino también en estar bien pertrechados para rechazar las maquinaciones de quienes se esfuerzan en impedir la obra del Señor. Ahora bien, aunque tu carta está llena de propósitos ambiguos y circunlocuciones, sin embargo, el centro y punto principal está en que tú los apoyas en la autoridad del Papa, que es lo que tú llamas volver a la fe y obediencia de la Iglesia. Pero como en causa poco favorable se requiere suavizar la acometividad de los oyentes, tú presentas, por medio de un largo prefacio y discurso, el bien incomparable de la vida eterna; después, entrando más en materia, demuestras que no hay peste más peligrosa para el alma que la falsa religión, y por supuesto dices que la verdadera regla para servir a Dios es la que fue instituida por vuestra iglesia; de lo cual concluyes que aquélla la han creado ellos, y que están totalmente perdidos todos los que han roto la unidad de esta iglesia si no se arrepienten y enmiendan. Y después pretendes que es un manifiesto abandono de la iglesia por parte de ellos el haberse alejado y separado

¹⁰¹ Traducción literal del latín: per manus nostras = con nuestra ayuda.

de vuestra compañía, sobre todo por haber recibido el Evangelio de nosotros, y que todo esto no es sino un montón y mezcla de perversas instituciones y falsas doctrinas; de lo cual finalmente concluyes qué Juicio de Dios les espera, si no hacen caso de tus avisos.

QUIERE DESCALIFICAR A LOS REFORMADORES

Ahora bien, a pesar de que despojar a nuestras palabras de credibilidad serviría grandemente a tu causa, tu verdadera intención ha sido hacer sospechoso el celo, que ellos han visto en nosotros, por su salvación. Y así nos reprochas injustamente (pues bien sabes que es todo lo contrario) no haber pretendido otro fin que el de satisfacer nuestra ambición y avaricia. Dado, pues, que por tal motivo y con maliciosas insinuaciones nos has querido imputar tan mal proceder, turbando el espíritu de los lectores para engendrar en ellos odio contra nosotros, a fin de que no diesen crédito a nuestras palabras, antes de tratar otros puntos, responderé brevemente a tu objeción. Ten por cierto que no hablo de mí por gusto; sin embargo, puesto que no puedo en absoluto callarme, hablaré de mí con la mayor modestia posible. Así, pues, en cuanto a mí se refiere, si sólo hubiese pretendido mi provecho jamás me hubiera separado de vuestro bando. Y sin embargo no me vanagloriaré de haber tenido en él los medios para conseguir honores, que jamás deseé, ni a los que jamás mi corazón pudo dedicarse (a pesar de haber visto a varios de mis compañeros conseguirlos con cierta dignidad, honores a los que podía en parte aspirar y en parte despreciar); me bastará decir solamente que me era lícito conseguir lo que habría deseado sobre todo lo demás, a saber, dedicarme al estudio con alguna honesta y libre condición. Por lo cual, jamás temeré que alguien pueda reprochar (si no es algún desvergonzado) el haber pretendido ni pedido cosa alguna fuera del reino del Papa que no me hubiese sido ofrecido en éste.

Pero ¿quién se atreverá a achacar a Farel semejantes cosas? Si le hubieran obligado a vivir de su trabajo y saber, el bien que había ya hecho a las letras nunca le hubiese dejado en necesidad,

y eso que procedía de tan noble casa que no tenía necesidad de ayuda alguna.¹⁰¹ Acerca de nosotros dos, puesto que nos señalas como con el dedo, he querido responderte nominalmente. Y en cuanto a que, según parece, difames y te ensañes sin miramientos contra cuantos sostienen hoy día la misma causa que nosotros, quiero que comprendas perfectamente que no hallarás ni uno solo por quien yo no responda, como lo hice por Farel o por mí mismo. A bastantes de nosotros sólo conoces de oídas; respecto a éstos, apelo a tu conciencia: ¿Crees que les habrá obligado el hambre a apartarse de vosotros, y que por no poder conseguir riquezas se han visto obligados a este cambio y nueva conversión, como si hubiesen hecho bancarrota o como abolición general de antiguas deudas? Para no extenderme prolijamente recitando un largo catálogo, me atrevo a asegurarte que de todos cuantos ha sido motivo y centro¹⁰² de este asunto, ni uno sólo dejaría de ser recibido entre vosotros tan bien y tan honrosamente que ya no necesitaría preocuparse por un nuevo género de vida. Por consiguiente, esto es lo que nos juzga ahora y discierne a ti y a mí: los honores y poderes que hemos conseguido. Ciertamente, todos cuantos nos han oído serán testigos de que no hemos deseado y procurado tener otras riquezas ni dignidades que nos han caído en suerte. Dado, pues, que en todos nuestros dichos y hechos no han tenido ni siquiera sospecha alguna de la ambición que tú nos atribuyes, sino que han visto por indicios manifiestos en qué horror y menosprecio

¹⁰² Doble alusión a la carrera eclesiástica que Calvino hubiese podido recorrer sin dificultad en la Iglesia Romana y a los éxitos universitarios que Farel obtuvo en Paris con Lefevre d'Etaples. Por lo demás, Farel nacido en 1489 cerca de Gap, no pertenecía, a pesar del testimonio de Calvino, a la alta nobleza, sino a la media.

¹⁰³ Texto latino: Príncipes = instigadores.

los teníamos ¿piensas que con tu simple palabra vas a conquistar sus entendimientos, de suerte que den crédito a esta tu vana acusación, más bien que a tantas y tan verdaderas enseñanzas como han recibido de nosotros? Y vamos a apoyarnos en hechos más bien que en palabras: el poder de la espada y otros poderes civiles que un montón de sacerdotes y obispos disfrazados habían arrebatado, con el pretexto de inmunidad y franquicia, fraudulentamente a los magistrados, ¿no hemos hecho nosotros que vuelvan a ser puestos de nuevo en sus debidas manos? ¿No hemos detestado y no nos hemos esforzado en abolir todos los medios de condenación y de ambición que habían usurpado? Si hubiésemos tenido la esperanza de enmendar estas cosas, ¿con qué finura no hubiéramos disimulado esto, a fin de que tales cosas nos hubiesen sido devueltas con la administración y gobierno de la iglesia! ¿Pero por qué hemos emprendido el destruir con grandes esfuerzos este reino y poderío, o, por mejor decir, esta tiranía¹⁰⁴, que ejercían sobre las almas en contra de la Palabra de Dios? ¿Cómo no nos dábamos cuenta de lo mucho que habíamos perdido? Por lo que se refiere a las riquezas eclesiásticas, la mayor parte de las mismas son devoradas por estas simas. Si, pues, esperamos que les sean arrebatadas de una vez para siempre (como ciertamente será necesario), ¿cómo es que no buscamos los medios de apoderarnos de ellas? Pero dado que públicamente hemos pronunciado y declarado que el vigilante u obispo es un ladrón que emplea bienes de la iglesia para su uso más de lo que necesita para vivir sobriamente y según su condición; dado que también hemos testimoniado que la iglesia fue

¹⁰⁴ Texto latino: carnificinam = cámara de torturas

emponzoñada con pernicioso veneno al cubrirse los pastores de riquezas por las que finalmente se han visto cegados; teniendo también en cuenta que hemos enseñado no ser conveniente que usen de ellas en abundancia, y que, finalmente, hemos aconsejado que se diese a los ministros lo que era necesario, según su estado, pero no para que abunden en superfluidad, y que lo restante se distribuyese entre los pobres como se hacía en la iglesia primitiva; habiendo, en fin, demostrado que era necesario elegir personas serias y de autoridad, que tuviesen su cargo y administración con la condición de rendir cuenta todos los años a la iglesia y al magistrado, ¿significa todo esto que buscábamos o procurábamos aprovecharnos de estos bienes o más bien que los apartábamos voluntariamente de nosotros? Todo esto demuestra suficientemente, no lo que somos, sino lo que hemos querido ser. Sí, pues, todo lo que he dicho es tan claro y manifiesto para todos, que nadie podrá negar ni el menor detalle, ¿podrás tacharnos de audaces y codiciosos de riqueza y poder desacostumbrados, incluso ante quienes no ignoran estas cosas? En cuanto a las grandes y enormes mentiras que gente de tu calaña siembran diariamente en sus países no nos extraña en modo alguno, pues no hay persona que se aperciba de ello o se atreva a contradecirles. Pero el querer persuadir de lo contrario a quienes han visto y oído lo que antes expuse no es obra de un hombre sabio, y, lo que es más deshonoroso para Sadoleto, de un hombre de tan gran estima por su doctrina, prudencia y gravedad. Y si te parece que nuestro afecto debe ser medido por el efecto de la cosa, todos verán que no hemos procurado sino multiplicar y acrecentar con nuestra bajeza y humildad el Reino de Dios; tan lejos estamos de haber querido, por el deseo de dominar, abusar de su santo y sagrado Nombre.

Paso por alto y me callo muchas otras injurias y oprobios que

vomitas contra nosotros a boca llena, como se dice. Nos llamas hombres cautelosos, enemigos de la unión y paz cristiana, reformadores de cosas ya de antiguo bien establecidas, sediciosos, hombres que contagian la peste a las conciencias e incluso enemigos, tanto en público como en privado, de la conveniencia humana. Si querías evitar reproches, o no debías atribuirnos lenguaje altanero y profundo, para hacernos odiosos a todos, o bien tenías que disminuir un poco en cierto modo esta grandilocuencia. No quiero, sin embargo, detenerme en todos tus propósitos, pero quisiera que pensases en tu interior cuán poco conveniente, y hasta mezquino, sería acusar con extensas injurias (las cuales, sin embargo, con una sola palabra se pueden refutar) a quienes en modo alguno las han merecido ni las esperaban de ti. ¡Cuán poca cosa es injuriar así a los hombres, haciéndolo al precio de la indignidad de tan gran ultraje hecho por ti a Jesucristo y a su Palabra, cuando comienzas a entrar más adelante en materia!

LA GLORIA DE DIOS ANTE TODO

Tú llamas abandonar la verdad de Dios al hecho de haberse apartado los de Ginebra, instruidos por nuestra predicación, del fango del error en que habían sido sumergidos y casi ahogados, y al hecho de haber vuelto a la pura doctrina del Evangelio. Y también dices que es una verdadera separación de la iglesia el haberse apartado de la sujeción y tiranía papal, para disponer entre ellos de una mejor forma de iglesia. Examinemos, pues, ahora estos dos puntos.

Por lo que se refiere a este tu preámbulo, que llena casi la tercera parte de tu carta, predicando la excelencia de la felicidad eterna, no es necesario que me extienda mucho en responderte. Pues aunque la consideración de la vida eterna sea cosa digna de que esté día y noche en nuestros oídos y debamos ejercitarnos sin cesar en su meditación, no acabo de comprender, sin embargo, por qué te has detenido tanto en esto, a no ser para que te tengan en mayor estima y consideración so pretexto y apariencia de religión; o bien que, pensando alejar de ti toda mala sospecha, has querido hacer ver que todo tu pensamiento versaba sobre la vida bienaventurada que hay en Dios; o bien, has juzgado que aquellos a quienes escribías serían por esta tu larga exhortación atraídos y conmovidos de modo mejor (aunque no quiero adivinar cuál era tu intención); sin embargo, no creo sea propio de un auténtico teólogo el procurar que el hombre se quede en sí mismo, en vez de mostrarle y enseñarle que el comienzo de la buena reforma de su vida consiste en desear fomentar y dar realce a la gloria del Señor, ya que hemos nacido principalmente para Dios y no para nosotros mismos. Pues así como todas las cosas son suyas y en Él subsisten, así

también (como dice el Apóstol ¹⁰⁵ deben referirse por completo a Él. Y así dice que el mismo Señor, para hacer más deseable a los hombres la gloria de su Nombre, les ha atemperado y moderado de tal manera el deseo de exaltarlo que los ha unido perpetuamente a nuestra salvación. Pero dado que él ha enseñado que este afecto debe dominar todo cuidado y codicia del bien y provecho que de ello nos podría venir, y que incluso la ley natural nos incita a estimarlo sobre todas las cosas (si por lo menos queremos rendirle el honor que le es debido), ciertamente el deber del cristiano consiste en remontarnos por encima de la simple búsqueda y consecución de la salvación de su alma. Por lo cual no habrá ninguna persona bien instruida y experimentada en la verdadera religión cristiana que no juzgue esta tan larga y curiosa exhortación al estudio de la vida celestial (la cual detiene al hombre en esto sólo, sin elevarlo con una sola palabra a la santificación del Nombre de Dios) como cosa de mal gusto y sin sabor alguno. Después de esta santificación, te concederé, de muy buen grado, que durante toda nuestra vida no debemos tender a otro fin ni tener otro propósito que el de conseguir esta suprema vocación, pues es el fin principal que Dios nos ha propuesto en todos nuestros hechos, dichos y pensamientos. Y no hay, en verdad, cosa alguna que haga al hombre superior a los animales como la comunicación espiritual con Dios, con la esperanza de esta felicidad eterna. Incluso en todas nuestras predicaciones casi no pretendemos otra cosa que educar y conmover los corazones de cada uno con la meditación y estudio de esta felicidad eterna. Te puedo conceder de buen grado que todo el daño que pueda acontecer a nuestra salvación no proviene de otra parte, sino del servicio de Dios

¹⁰⁵ Romanos 11, 36.

pervertido y ejecutado indebidamente. Y por cierto éstas son entre nosotros las primeras instrucciones y enseñanzas en las que acostumbramos a instruir, cuando tratamos de la verdadera piedad y religión, a quienes queremos conquistar como discípulos para Jesucristo, a saber: que se guarden bien de calumniar locamente y a su placer cualquier nueva forma de honrar a Dios, pero que sepan que sólo es legítimo aquel servicio que desde el comienzo le fue agradable. Y sin embargo, afirmamos, sobre todo, lo que está aprobado por el santo oráculo de Dios: que más vale obediencia que sacrificio.¹⁰⁶ Finalmente les inducimos y acostumbramos cuanto podemos a abandonar todos los servicios y formas de falsas y calumniosas supersticiones, contentándose con una sola regla y mandamiento de Dios, según se lo ha revelado su Santa Palabra.

¹⁰⁶ | Samuel 15:22

¿CUÁL ES LA VERDADERA IGLESIA?

Gracias a lo cual, Sadoleto, tú mismo has puesto y como asentado todo el fundamento de mi defensa al confesar y aprobar voluntariamente estos puntos. Pues si admites que es una horrible perdición para el alma el haber, con maliciosas opiniones, convertido en mentiras la verdad de Dios, queda por saber cuál de las dos partes observa y guarda este honor y esta única, verdadera y legítima reverencia debido a Dios. Por tu parte dices que la regla más cierta es la que prescribe y recomienda la iglesia, si bien pones en tela de juicio esta sentencia, como si quisiéramos atacarla al modo que se hace con las cosas dudosas.

Por cierto, Sadoleto, que, viendo que te atormentas en vano, no puedo menos de intentar reanimarte y aliviarte de tan gran disgusto. Pues falsamente y sin razón quieres convencerte de que pretendemos nosotros apartar al pueblo fiel de la verdadera adoración, observada siempre por la iglesia católica. O te equivocas al decir «iglesia, o bien quieres engañarnos insidiosamente con rodeos;¹⁰⁷ te saldré al paso en este último punto. También puede ser que te engañes en otros puntos; pues en primer lugar, en la definición de la Iglesia omities lo que te podía ayudar en gran manera para la recta inteligencia de esta palabra cuando dices que es la que, tanto en los siglos pasado como actualmente y por toda la tierra, ha estado siempre unida en un mismo espíritu con Cristo por el cual en todo y por todo es dirigida y gobernada. ¿Dónde está aquí la palabra de Dios, esta tan clara señal que ha sido tantas veces recomendada por el mismo Señor en la designación de la verdadera iglesia? Pues previendo Él cuan peligroso sería vanagloriarse del espíritu

¹⁰⁷ Texto latino: *Vel certe sciens ac volens fucum facis = o bien deliberadamente procuras extender la ilusión.*

sin la Palabra, ha afirmado que la iglesia estaba gobernada y dirigida por el Espíritu; pero con el fin de que tal dirección fuese cierta, estable e inamovible, la ha unido y aliado a esta su Palabra. Es lo que pregona el Señor: que son de Dios los que oyen la palabra de Dios,¹⁰⁸ que son ovejas suyas las que reconocen su voz como la de su pastor, rechazando como extraña cualquier otra voz.

Por esta razón dice el espíritu, por boca de San Pablo, que la Iglesia está fundada sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas.¹⁰⁹ Y también que ha sido santificada con el bautismo de agua por la palabra de vida.¹¹⁰ Y esto mismo lo dice con más claridad San Pedro, cuando nos enseña que Dios regenera a su pueblo por esta incorruptible semilla.¹¹¹ Y para ser breve ¿por qué se denomina tantas veces Reino de Dios a la predicación del Evangelio, sino porque es el cetro con el que rige y gobierna a su pueblo el Rey celestial? Esto no sólo lo encontrarás en los escritos de los apóstoles, sino que cuantas veces los profetas han predicho la restitución e instauración, o bien la propagación de la iglesia por el mundo entero, han asignado y concedido siempre el primer lugar a la palabra, pues dicen: Aguas vivas saldrán de Jerusalén, las cuales divididas en cuatro ríos, regarán toda la tierra.¹¹² Y ellos mismos exponen y declaran cuáles son esta agua, cuando dicen que la ley saldrá de Sión, y la palabra del Señor de Jerusalén.¹¹³

Hizo, pues, bien Crisóstomo en aconsejar que rechazáramos a todos los que, bajo pretexto del espíritu, quieren apartarnos

¹⁰⁸ Juan 10:27.

¹⁰⁹ Efesios 2:20.

¹¹⁰ Efesios 5:26.

¹¹¹ Pedro 1:23.

¹¹² Zacarías 14:8.

¹¹³ Isaías 2:3.

de la simple doctrina evangélica, ya que no se prometió el espíritu para suscitar doctrinas nuevas, sino para grabar en los corazones de los hombres la verdad del Evangelio. Y ciertamente conocemos hoy por experiencia cuán necesario es este aviso. Nos vemos asediados por dos sectas, muy diferentes, al parecer. Porque ¿en qué coinciden el papa y los anabaptistas? Y sin embargo (para que veas cómo Satán no está nunca tan escondido que no aparezca por algún lado) los dos poseen un mismo medio con el que pretenden oprimirnos. Pues cuando se envanecen del espíritu con tanta arrogancia, no pretenden otra cosa sino oprimir y sepultar la palabra de Dios con sus mentiras. Y tú, Sadoleto, tropezando al primer paso en el umbral ¹¹⁴ has sido castigado por la injuria que hiciste al Espíritu Santo, separándolo y dividiéndolo de la Palabra. Pues te has visto obligado (como si los que buscan el camino de Dios se hallasen en una encrucijada o privados de una meta segura) a ponerles en la duda de si es más conveniente seguir la autoridad de la iglesia, o escuchar a los que tú llamas inventores de nuevas doctrinas.

Si hubieses sabido, o no lo hubieses querido disimular, que el espíritu ilumina a la Iglesia para abrir la inteligencia de la Palabra y que la Palabra es como el crisol donde se prueba el oro para discernir por medio de ella todas las doctrinas, ¿te hubieras enfrentado con tan compleja y angustiosa dificultad? Aprende, pues, por tu propia falta, que es tan insoportable vanagloriarse del espíritu sin la Palabra, como desagradable ¹¹⁵ el preferir la Palabra sin el espíritu.

¹¹⁴ Traducción literal del latín: In primo limine impingendo.

¹¹⁵ Texto latino = insulsum = soso.

FUNDAMENTOS DE LA IGLESIA

Y puesto que la santidad y firmeza de la iglesia consiste principalmente en estas tres cosas: doctrina, disciplina y sacramentos viniendo en cuarto lugar las ceremonias para ejercitar al pueblo en el deber de la piedad, ¿por cuál de las cuatro quieres, con el fin de salvar vuestra iglesia y conservar su honor, que la juzguemos?

En primer lugar, la doctrina de los profetas y la verdad evangélica, sobre la cual es necesario que la iglesia esté fundamentada no sólo ha quedado en su mayor parte extinguida en vosotros, sino que se la expulsa sin tregua y se la persigue a sangre y fuego.

¿Y pretenderás y te atreverás a sostener que es iglesia aquella en que todas las instituciones de nuestra fe, establecidas por la Palabra de Dios, consignadas en los libros de los santos padres, e incluso aprobadas por los concilios antiguos, han sido rechazadas y perseguidas furiosamente? Dime ¿dónde están tan siquiera las huellas e indicios del orden tan santo y verdadero que los ministros y obispos antiguos han observado en la iglesia? ¿No os habéis burlado de todas sus constituciones? ¿No habéis pisoteado todos sus cánones y decretos? En cuanto a los sacramentos no puedo menos de horrorizarme al pensar cómo los habéis profanado vilmente. Por lo que hace a las ceremonias tenéis ciertamente demasiadas. Pero dado que frecuentísimamente su significado es inadecuado y ridículo, e incluso está corrompido por mil supersticiones, ¿qué utilidad pueden reportar a la iglesia?

Como ves, en todo este asunto no he aumentado o exagerado lo más mínimo, para poderte así acusar; pues todas estas cosas son tan notorias y manifiestas que hasta se las puede señalar con el dedo, si hubiese ojos para ver. Ahora bien, si te agrada,

busca en nosotros con toda diligencia según esta regla, y sin lugar a dudas no podrás convencernos de los crímenes de que nos has acusado. En cuanto a los sacramentos, no los hemos tocado para nada a no ser con el fin de que, restituidos a la sencilla pureza de la que habían sido privados, volvieran a su antiguo honor y dignidad. Respecto a las ceremonias las hemos abolido en su mayor parte, pero nos hemos visto obligados a hacerlo en parte porque parecían, por su gran número, degenerar en judaísmo; y en parte porque habían ocupado el entendimiento del simple pueblo y de tal modo lo habían llenado de supersticiones, que no podían subsistir en modo alguno sin dañar a la piedad, cuando debían por el contrario hacerla progresar. Sin embargo hemos mantenido las que, en tiempo y lugar, nos parecían suficientes. Reconocemos de buen grado que no hemos llegado todavía a la disciplina observada por la iglesia primitiva. Pero ¿que derecho y razón existe para que nos acusen de haberla pervertido aquellos que precisamente la han suprimido y abolido, y que mientras desean restituirla a su primer estado nos han impedido hasta ahora hacerlo nosotros? Por lo que toca a la doctrina, no temo apelar y referirme por entero a la primitiva iglesia. Y puesto que, a modo de ejemplo, has tocado algunos puntos, en los que te parece haber visto ocasión de difamarnos, demostraré brevemente que nos acusas injusta y falsamente de haber inventado todo aquello en contra de la autoridad de la iglesia.

Y ya que voy a concretar algunos puntos, quiero advertirte que pienses y consideres una y otra vez por qué razón reprendes a los nuestros por haber dedicado su estudio a la explicación de la escritura. Pues sabes perfectamente que con sus vigiliias y con el fruto de sus estudios, han dado tan gran claridad a la Palabra de Dios que la misma envidia se avergonzaría si no les

tributase por esto grande alabanza. Y la misma bondad y hombría¹¹⁶ demuestras cuando dices que el pueblo ha sido seducido por nosotros en cuestiones difíciles y sutiles, y como engañado por esta filosofía, de la cual recomienda San Pablo a los cristianos que se guarden.¹¹⁷ Pero ¿cómo? ¿No recuerdas cuándo comenzaron nuestras gentes a mostrarse en público? ¿Y qué doctrina aprendían en las escuelas los que pretendían conseguir la administración en la iglesia? Tú sabes muy bien que no era sino pura sofistería¹¹⁸ es decir, tan retorcida¹¹⁹ que se podía llamar con toda justicia a la teología escolástica, una especie de magia secreta¹²⁰ en la que, cuanto más la obscurecía alguien con espesas tinieblas y mejor impedía a sí mismo y a los demás su comprensión con dificultades y sentencias oscuras, tanto más ingenioso y sutil era considerado en su doctrina. Y cuando aquellos que habían sido formados en esta tienda, querían mostrar al pueblo el fruto de su saber, ¿con qué ingeniosidades, dime, edificaban la iglesia? Pero para no desmenuzar todo punto por punto: ¿qué sermones había entre los que se predicaban entonces por toda Europa, que fuesen modelo de la simplicidad en la que quiere San Pablo que permanezca durante toda su vida el pueblo cristiano? ¿Dónde encontrar incluso un solo sermón en el que no aprendieran las viejas chochas¹²¹ más cuentos y fantasías de los que hubieran podido contar durante un mes junto a la lumbre de sus hogares?

¹¹⁶ Texto latino: Candoris = sinceridad, falta de afectación.

¹¹⁷ Colosenses 2.8 – Hiriente ataque contra Sadoleto, que era un ardiente defensor de los filósofos sincretistas del Renacimiento.

¹¹⁸ «Sofistería», «sofista»; palabras con que se designa, en las obras humanistas o protestantes, a la escolástica y a sus doctores respectivamente.

¹¹⁹ Feliz y exacta traducción del latín «contortam» = implícita, sinuosa, retorcida.

¹²⁰ Traducción literal del latín: quaedam arcanæ magiæ speciæ.

¹²¹ En el texto latino: «aniculae».

Pues su predicación estaba ordenada de tal forma que la parte primera la dedicaban a obscuras y difíciles cuestiones de escuela para granjearse la admiración del pobre y sencillo pueblo, y la segunda la llenaban con alegres fábulas y especulaciones divertidas para excitar y conmover alegremente su corazón. Entremezclaban algunos versículos de la Palabra de Dios, con el fin de que su majestad diese cierto color a sus sueños y fantasías; pero desde el mismo momento en que los nuestros levantaron su bandera, en un instante todas estas tinieblas han quedado entre nosotros esclarecidas. Ahora bien, aunque vuestros predicadores se han visto en parte aleccionados e instruidos por los libros de aquellos, y en parte obligados, por vergüenza y por la murmuración del pueblo, a seguir su ejemplo, sin embargo no se ha conseguido todavía que dejen de sentirse atraídos fuertemente por esta antigua tontería y necedad. De modo que si se compara nuestra manera de predicar con la vuestra, incluso con la que consideraréis vosotros mejor, fácilmente se conocerá que nos has hecho una grave injuria. Y si hubieses querido continuar citando las palabras de San Pablo, ni siquiera un niño pequeño hubiera dejado de reconocer que el crimen que nos echas en cara se debe imputar no a nosotros sino a vosotros. Pues el apóstol dice que es vana aquella filosofía que atrae las conciencias fieles por medio de constituciones de hombres y elementos de este mundo; con los cuales habéis corrompido y arruinado la iglesia.

LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

Ahora bien, tú mismo nos absuelves inmediatamente después con tu mismo testimonio, cuando entre tantas enseñanzas nuestras que te empeñas en escudriñar, no alegas una sola cuyo conocimiento no sea en gran manera necesario para la edificación de la iglesia. En primer termino tratas de la justificación por la fe, que es el punto más importante y de más agria controversia entre vosotros y nosotros. ¿Es ésta una cuestión espinosa e inútil? Pues quitad su conocimiento y quedará extinguida a la gloria de Jesucristo, abolida la religión, destruida la iglesia y echada totalmente por tierra la esperanza de salvación. Por lo cual decimos que este artículo (que sostenemos ser el supremo en nuestra religión) ha sido maliciosamente borrado por vosotros de la memoria de los hombres; lo cual está amplia y manifestamente demostrado y declarado en todos nuestros libros. Más aún: la gran ignorancia que todavía ahora reina en todas vuestras iglesias, testimonia que no nos quejamos sin razón. Pero es que, además, obras muy maliciosamente diciendo que al atribuir todo a la fe no damos lugar, ni tenemos en cuenta las buenas obras. No quiero emprender ahora una disputa completa, que requería por cierto un libro entero; pero si echases un vistazo al catecismo y a la instrucción que he escrito para los de Ginebra, cuando era ministro en su ciudad, a la primera frase, como vencido, enmudecerías.¹²² A pesar de esto, expondré brevemente cómo tratamos de este asunto. Primeramente mandamos que cada

¹²² La obra catequística a la que Calvino se refiere en este pasaje es la "INSTRUCCIÓN Y CONFESIÓN DE FE QUE USA LA IGLESIA DE GINEBRA» (escrita en 1537).

uno comience por el reconocimiento de sí mismo: y no de una manera ligera, o para salir del paso, sino como si presentase su conciencia ante el tribunal de Dios; y que cuando se encuentre bastante condenado por su propia iniquidad, considere al mismo tiempo la severidad de su juicio que está anunciado contra todos los pecadores. Y que confundido así y abatido por su propia miseria, se postre y humille delante de Dios dejando de lado toda confianza en sí mismo, y gimiendo tiernamente como condenado a muerte eterna. Después demostramos que el único puerto de salvación está en la misericordia de Dios, que se nos muestra en Jesucristo; pues sólo en Él se ha cumplido todo lo que pertenece a nuestra salvación. Dado, pues, que todos los hombres están condenados como pecadores delante de Dios, decimos que Cristo es la sola justicia: el cual con su obediencia ha borrado nuestras transgresiones; con su sacrificio la ira de Dios ha sido apaciguada; con su sangre nos ha limpiado de toda mancha; con su cruz ha sobrellevado nuestra maldición; con su muerte ha satisfecho por nosotros. De esta manera decimos que ha sido reconciliado el hombre con Dios Padre, por Cristo, no por el merito o dignidad de nuestras obras sino por la bondad y clemencia gratuita del Señor. Al hecho de abrazar a Cristo por la fe y venir como a su comunión y participación, es a lo que llamamos, según la Escritura, justicia de fe. ¿Encuentras aquí algo, Sadoleto, que puedas reprochar o contradecir? ¿Significa, sin embargo, que no atribuimos nada a las obras? Sostenemos, es cierto, que no valen nada: ni siquiera lo que vale un pelo de la cabeza en orden a la justificación del hombre, pues la Escritura dice claramente, y en muchos pasajes, que todos estamos perdidos; y no hay nadie que en este punto no se vea atormentado por su conciencia. Esta misma Escritura nos señala como única esperanza la sola bondad de Dios, por

la cual nuestros pecados nos son perdonados y se nos imputa la justicia. Y sin embargo dice que ambos son un don gratuito; para declarar finalmente que el hombre es bienaventurado sin las obras. ¿Pero qué otra cosa —preguntas tú— entendemos por «justicia», si no se tienen en cuenta las buenas obras? Si piensas detenidamente lo que la Escritura entiende por «justificar», no te hallarías en esta duda. Pues no la refiere a la propia justicia del hombre, sino a la clemencia y bondad de Dios, la cual otorga la justicia al pecador, aún cuando éste no la haya tenido con Él, sin imputarle ninguna injusticia. Nuestra justicia, repito, es la que describe San Pablo, a saber: que Dios nos reconcilia con Él en Cristo.¹²³ Después pone el medio, a saber: no imputándonos nuestros pecados. Finalmente nos hace ver que somos partícipes de este bien por la fe, cuando afirma que el ministerio de esta reconciliación está contenido en el Evangelio. Sí, respondes tú, pero la palabra fe es una palabra que abarca mucho y cuyo significado es muy amplio. Todo lo contrario: cuantas veces San Pablo atribuye a la fe la facultad de justificar, la limita y restringe a las promesas gratuitas de la benevolencia de Dios, desviándola absolutamente de la consideración y mérito de las obras. Por eso concluye tan a menudo: si es por la fe, no lo es por las obras; y directamente: si es por las obras, no es por la fe.

¹²³ 2 Corintios 5.9.

NO SE RECHAZAN LAS BUENAS OBRAS

Pero de este modo se hace injuria a Cristo, al rechazar, con el pretexto de su gracia, las buenas obras: ya que vino para hacer un pueblo agradable a Dios, realizador de buenas obras. Sobre lo cual existen muchos testimonios semejantes, con los que se demuestra que Cristo vino para que, obrando el bien, fuésemos por Él aceptables a Dios. Nuestros adversarios a penas si tienen en sus labios otra calumnia que la de proclamar que hemos apartado a los hombres, con la predicación de la justicia gratuitamente imputada, del deseo de obrar el bien; calumnia que es tanto más frívola cuanto que a nada podemos vernos obligados ni apremiados por ella. Decimos que las buenas obras de nada sirven para la justificación del hombre: pero les asignamos su propio lugar en la vida de los justos. Pues si el que está justificado posee a Jesucristo y Cristo no está jamás sin su espíritu, síguese necesariamente que esta justicia gratuita está siempre unida a la regeneración. Por lo cual si quieres comprender cómo la fe y las buenas obras son cosas inseparables, mira a Cristo, que, como dice el Apóstol, nos ha sido dado como justicia y santificación.¹²⁴ Por consiguiente en cualquier parte donde esté la justicia de fe —que nosotros llamamos gratuita— allí está también Cristo. Y donde está Cristo, está presente el espíritu de santificación para regenerar el alma con nueva vida. Por el contrario donde no existe deseo alguno de santidad e inocencia, no pueden estar ni Cristo ni su espíritu. Y donde Cristo no está, tampoco hay justicia, ni siquiera fe, la cual no puede tomar a Cristo como justicia sin el Espíritu de santificación. En vista, pues, de que Jesucristo

¹²⁴ | Corintios 1.30.

—como decimos— regenera a los que justifica, para la vida bienaventurada, después de haberles apartado del reino del pecado, con el fin de llevarle al reino de la justicia, transfigurándoles en una imagen de Dios, y reformándoles por su Espíritu, para que obedezcan a su voluntad, no tienes ni sombra de motivo para quejarte de que con nuestra doctrina demos rienda suelta a los deseos de la carne¹²⁵ y si no quieren decir otra cosa, todas las alegaciones que presentas, de las que sin embargo quieres abusar para destruir la justificación gratuita, mira entonces con qué gran ignorancia argumentas. San Pablo dice en otro pasaje que hemos sido elegidos en Cristo antes de la creación del mundo, para ser santos e irreprochables en la presencia de Dios en amor.¹²⁶ ¿Quién se atreverá a concluir de aquí, que la elección no es gratuita, o que no es el amor la causa de aquélla? Por el contrario, así como el fin de la elección gratuita es que vivamos puramente y sin mancha delante de Dios, así también la justificación gratuita tiene esa misma finalidad. Sin embargo mantenemos con firmeza y seguridad que no sólo ha sido justificado el hombre de una vez para siempre, sin ningún mérito de sus obras, sino que su salvación eterna depende solamente de esta justicia gratuita. Y que sus obras en manera alguna pueden ser agradables a Dios, si no son aceptadas y aprobadas por esta justicia. Por lo que al leer tus escritos me he quedado sobremanera maravillado, al ver que dices que la caridad es la primera y principal causa de nuestra salvación. ¿Quién hubiera jamás pensado, Sadoleto, oírte decir tal frase? Hasta los ciegos, en medio de sus tinieblas, están más seguros de la misericordia

¹²⁵ Traducción literal del latín: «Quod frena carnis libidinibus laxari nostra doctrina conqueraris».

¹²⁶ | Tesalonicenses 4.7.

de Dios, sin osar atribuir el principio de su salvación a la caridad. Y los que conservan aunque sólo sea una chispa de la luz de Dios saben perfectamente que su salvación no está asegurada por ninguna otra cosa sino por el hecho de ser adoptados por Dios. Pues la salvación eterna es la herencia del Padre Celestial, que sólo para sus hijos ha sido preparada. ¿Habría alguien que quiera asignar a nuestra adopción otra causa distinta de la que señala comúnmente la escritura? A saber, que el primer amor no proviene de nosotros, sino que Dios, por su propio querer y buena voluntad, nos recibió graciosa y benévolamente. De esta tu ceguera proviene el otro error de sostener que los pecados son purgados y borrados con penitencias y satisfacciones. ¿Dónde estará, pues, esta única víctima propiciatoria, fuera de la cual no existe —según la Escritura— ningún otro sacrificio por los pecados? Busca detenidamente en toda la Santa Escritura: pues si la sangre de Cristo no es propuesta como precio de nuestra satisfacción y purificación, ¿con qué temeridad te atreves a transferir este honor a tus obras? Y sin embargo no es preciso que atribuyas este sacrilegio a la iglesia de Dios. Confieso llanamente que la iglesia primitiva tenía sus satisfacciones; pero no las concebían de modo que los pecadores pensaran impetrar gracia y librarse de sus pecados por medio de las mismas; sino para probar que el arrepentimiento que mostraban por fuera, no era una ficción y para borrar el recuerdo del escándalo que habían dado con sus fechorías. Y sin embargo no estaban prescritas para todos; sino sólo para aquellos que habían caído en algún grave y grande pecado; y las ponían en práctica con una solemne observancia.

LA CENA DEL SEÑOR

En cuanto al sacramento de la Cena¹²⁷ nos reprochas el querer limitar y encerrar al Señor de Cielo y tierra junto con su divino y espiritual poder (que es libre e infinito) en los límites de un cuerpo natural, que tiene sus propias medidas y proporciones. ¿Pero cuándo dejaréis de calumniar? Siempre hemos atestiguado abiertamente que no sólo el poder divino de Cristo, sino también su esencia, se extiende por todas partes y que no tiene límite alguno; y tú no tienes vergüenza de reprocharnos que lo hemos encerrado en los límites de un cuerpo natural ¿por qué? Porque no hemos querido someter su cuerpo a cosas visibles y terrenas, como lo habéis hecho vosotros. Ciertamente no ignoras, si es que quieres juzgar sinceramente y de acuerdo con la verdad, cuán contrarias son estas dos cosas: quitar del pan la presencia local de Cristo: o restringir y encerrar su poder espiritual en los límites de un cuerpo natural. Y sin embargo no debías tachar calumniosamente a nuestra doctrina de novedad en esto ya que este artículo ha sido tenido siempre como cierto en la iglesia. Pero puesto que esta discusión, por su magnitud podría llenar un libro entero, será mejor para no molestarnos que leas la carta de Agustín a Dardano:¹²⁸ en la cual encontrarás que sólo y únicamente Cristo, por la grandeza y magnitud de su divinidad, excede al cielo y la tierra; y sin embargo no está diseminado según su humanidad por todo. La verdadera comunicación de su carne y de su sangre, que se manifiesta a los fieles en la Cena, nosotros la predicamos en el sentido de que Él está en nosotros: enseñando abiertamente que esta carne es el verdadero manjar

¹²⁷ El texto latino dice: "Eucharistiae" = Sacramento de la Eucaristía.

¹²⁸ Epístola 187.

de vida y esta sangre la verdadera bebida; y esto, no ya por una concepción imaginaria, con la que el alma no se satisface, sino que verdaderamente goza de su virtud. No rechazamos en la Cena la presencia de Cristo por la que nos unimos e injertamos en Él; y sin embargo, no la destruimos, con tal que no exista en ella esa circunscripción local; y que no sea ligado a estos bajos elementos el glorioso cuerpo de Cristo; y que no se finja que el pan se ha transubstanciado en el cuerpo de Cristo, para ser finalmente adorado como Cristo. Exaltamos cuanto podemos la dignidad y el uso de este gran misterio, declarando qué utilidad nos puede reportar. Todas estas cosas las despreciáis y casi la hacéis desaparecer vosotros. Porque despreciando la bondad de Dios, que aquí se nos ofrece, y no teniendo en cuenta el legítimo uso de tal beneficio (en el cual principalmente era preciso detenerse), os basta que el pueblo, sin entender en modo alguno este misterio espiritual, admire el signo visible y carnal. El haber rechazado esta tan grosera y material transubstanciación que vosotros establecéis; el haber también enseñado que esta tan estúpida adoración (que impedía a los espíritus humanos, detenidos en los elementos de este mundo, llegar a Cristo) era perversa e inicua; no lo hemos hecho sin estar de acuerdo con la iglesia primitiva, con la cual querriáis de buen grado (aunque en vano) encubrir las abominables supersticiones que reinan todavía entre vosotros.

OPOSICIÓN DE FALSOS DOGMAS

En cuanto a la confesión auricular, hemos rechazado la constitución del papa Inocencio, que recomienda a todos que digan todos sus pecados, todos los años, a un sacerdote particular. Sería muy largo de contar, cómo y por qué razones la hemos abolido. Sin embargo, que esto sea cosa mala lo demuestra el hecho de que las conciencias de los fieles, libres de tal tormento, ya han comenzado a tranquilizarse y a confiar en la bondad y misericordia de Dios, conciencias que estaban antes en continua ansiedad y perturbación. Nada quiero decir de las grandes plagas que la Iglesia ha sufrido a causa de esta confesión, por las cuales debemos juzgar con toda justicia a la confesión como algo execrable. En cuanto a lo que hacéis ahora a este respecto, bástate saber que nada hay escrito sobre ello en los mandamientos de Cristo, ni en la constitución de la iglesia primitiva. Hemos suprimido con decisión todos los pasajes de la Santa Escritura, que los Sofistas tratan de tergiversar, para probar esta confesión. Y las historias eclesiásticas que hoy poseemos nos muestran que no había en esto novedades por aquel entonces, cuando todo se observaba sencillamente, en lo cual concuerdan los testimonios de los padres; es, pues, abuso y engaño el afirmar como tú afirmas, que la humildad ha sido en esto recomendada y establecida por Cristo y por la iglesia. Pues, si bien hay en ello cierta apariencia de humildad, sin embargo está muy lejos de ser placentero y agradable a Dios rebajarse so capa de humildad. Por eso San Pablo nos enseña que la verdadera humildad es la que está conforme con la pura Palabra de Dios y se ajusta a ella.¹²⁹

¹²⁹ Colosenses 2.18.

En cuanto a sostener la intercesión de los santos, si tu propósito es sólo defender que con sus continuos deseos están pidiendo el cumplimiento del Reino de Cristo, en el que está cifrada la salvación de todos los fieles, ninguno de nosotros lo duda en lo más mínimo. Por lo que nada has conseguido con detenerte tanto en este punto. Pero se ve que no querías perder esta magnífica ocasión para zaherirnos; como si fuese opinión nuestra la de que los espíritus mueren con los cuerpos. Por lo que se refiere a nosotros, dejamos esta filosofía a vuestros soberanos obispos y al colegio de cardenales, que la han venerado muchos años y todavía la veneran ahora. Más aún, lo que añades luego (es decir, vivir voluptuosamente entre goces, sin tener en cuenta la vida futura y mofarse de nosotros pobres hombrecillos, que trabajamos con tanto afán por que progrese el Reino de Dios) eso va muy bien con su modo de ser. Y en cuanto a la intercesión de los santos nos detenemos en este punto: que no hay maravillas si no las inventan. Pues para ello ha sido necesario desbrozar innumerables supersticiones que habían conseguido abolir totalmente de la memoria de los hombres la intercesión de Cristo: se invocaba a los santos como si fueran dioses: se les atribuía lo que era propio de Dios; y no había gran diferencia entre la veneración de aquellos y la idolatría que justamente todos detestan y maldicen.

En lo referente al purgatorio, sabemos que ninguna iglesia antigua hace memoria de los muertos en sus plegarias: sino que éstas eran raras, sobrias y resumidas en pocas palabras; finalmente estas plegarias no pretendían, al parecer, más que testimoniar brevemente su caridad para con los difuntos. Pero todavía no habían nacido los expertos maniobreros¹²³ que han

¹³⁰ En el texto latino: «Architecti».

forjado vuestro purgatorio y que luego lo han extendido tan ampliamente y lo han elevado a tal altura y esplendor que la mejor parte de vuestro reino se sostiene y apoya en él. Tú conoces por ti mismo, qué error tan monstruoso le ha precedido; no ignoras cuántas hechicerías ha engendrado voluntariamente la superstición para engañarse a sí mismo; conoces cuántas imposturas y engaños ha forjado en este punto la avaricia, para chupar y apropiarse los bienes del pueblo sencillo; ves perfectamente qué peste ha padecido por esto la verdadera religión. Pues lo peor —por no decir nada del servicio de Dios, destruido por él— está ciertamente en que cuando los hombres, envidiándose unos a otros, sin ningún mandamiento de Dios, han querido ayudar a los difuntos, han despreciado los verdaderos oficios de caridad, que son sin embargo tan recomendados y requeridos.

LA IGLESIA MACULADA CON FALSOS DOGMAS

No puedo soportar, Sadoleto, que, al atribuir tales sacrilegios a la iglesia, la insultes contra todo derecho y razón y nos hagas odiosos ante gentes sin autoridad como si nos hubiéramos propuesto combatir contra la iglesia. Pues si bien confieso que habían sido sembrados antiguamente algunos fundamentos de supersticiones, los cuales en modo alguno degeneraban de la pureza evangélica, sin embargo sabes perfectamente que estos monstruos de impiedad (contra los cuales principalmente luchamos) no vienen tan de antiguo, o por lo menos no habían aumentado en tan grandes proporciones. Por cierto que para vencer, destrozar, arruinar y abolir vuestro reino, no sólo estamos armados con la virtud de la Palabra de Dios, sino que también estamos protegidos por la autoridad de los santos padres. Y para poder por fin arrancar enteramente de tus manos la autoridad de la iglesia, que siempre nos pones delante, como un escudo de Ajax, te demostraré con algunos ejemplos qué gran diferencia existe entre vosotros y esta paternal y antigua santidad.

Os acusamos de haber subvertido el ministerio, del que sólo retenéis el nombre vacío y sin eficacia. Pues en cuanto a la solicitud de alimentar espiritualmente al pobre pueblo, hasta los mismos niños ven que vuestros obispos y sacerdotes no hacen otro papel que el de imágenes muertas¹³¹ y los hombres de todos los estados conocen por experiencia que sólo son valientes para saquear y devorar. No podemos soportar que en lugar de la Santa Cena, se introduzca un sacrificio, el cual destruye la virtud de la muerte de Jesucristo. Alzamos la voz

¹³¹ Texto latino: «Mutuas statuas» = imágenes mudas, sin voz.

contra la execrable mercadería y feria de las misas; y nos lamentamos de que al pueblo cristiano se le haya casi privado de la Cena del Señor. Lanzamos invectivas contra la maligna e inicua adoración de las imágenes. Demostramos que los sacramentos han sido profanados y manchados con numerosas opiniones impuras y profanas. Enseñamos que los perdones y las indulgencias han sido introducidos, sin darse nadie cuenta, con grandísimo y horrible oprobio de la Cruz de Cristo. Y nos lamentamos de que la libertad cristiana haya sido anegada y suprimida por tradiciones humanas. Por eso hemos mandado que las iglesias, que Dios nos ha confiado, fuesen depuradas y limpias de semejante peste. Laméntate, ahora, si te es posible, de que hayamos injuriado a la iglesia, de que nos hayamos atrevido a violar sus venerables constituciones. Por cierto que ya es voz común, y por eso nada ganarías con negarlo, que en todo esto la iglesia primitiva está de acuerdo con nosotros; y que es tan contraria a vosotros, como lo somos nosotros mismos. Recuerdo en este momento que en no se qué pasaje dices, como queriendo disminuir su importancia, que si vuestra conducta es desordenada sin embargo no se sigue de ahí que nos tengamos que separar de la santa iglesia. En verdad difícilmente se podrá conseguir que el afecto del pueblo no se sienta grandemente alejado de vosotros y de vuestro partido, después de ver tanta crueldad, avaricia, rapiñas, intemperancias, insolencia y tantos ejemplos de toda clase de licencias y maldades como cometen continuamente las gentes de tu calaña. Pero ninguna de estas cosas nos ha inducido a intentar lo que por una necesidad mucho mayor hemos emprendido; necesidad que ciertamente hemos sentido al ver cómo estaba extinguida la claridad de la verdad divina, sepultada la Palabra de Dios, abolida por un profundo olvido la virtud y eficacia de Cristo, y

enteramente subvertido el oficio de pastor. Sin embargo, de tal manera se mostraba la impiedad que a penas si había algún punto de doctrina cristiana que estuviese puro y sin mitificación; o alguna ceremonia sin error, y alguna parte del servicio divino exenta de supersticiones. Quienes rechazan tales iniquidades, ¿combaten contra la iglesia, o tratan más bien de ayudarla, al verla de este modo afligida y oprimida por todas partes? ¡Y todavía te atreves a invocar vuestra obediencia y humildad, es decir que la reverencia a la iglesia os impide trabajar por evitar todas estas iniquidades! ¿Qué tendrán de común un cristiano y esta obediencia contrahecha que sirve y obedece a los hombres, despreciando la Palabra de Dios? ¿Qué tendrá de común con esta humildad contumaz y rebelde, que sólo reverencia y honra a los hombres, despreciando la majestad de Dios? Dejemos a un lado estos falsos títulos de virtud, de los que no alardean sino para encubrir y ocultar los vicios. Vamos al asunto sin rodeos. Bien que haya entre vosotros humildad tal, que, para empezar por lo más sencillo, honre a cada uno según su dignidad; de tal modo que atribuya a la iglesia la suprema dignidad y reverencia que en definitiva ha de atribuirse sin embargo a Cristo, su Cabeza; bien, que haya una obediencia tal que nos lleve a escuchar a nuestros superiores y a los que tienen autoridad sobre nosotros, de tal modo que atribuye sin embargo todas nuestras acciones a la única regla de la Palabra de Dios; bien que haya una iglesia tal que no procure sino fijarse en la Palabra de Dios con una religiosa humildad y mantenerse bajo su obediencia. Pero, dirás tú, ¿qué arrogancia tenéis vosotros, al vanagloriaros de que la iglesia está sólo con vosotros, y queriendo sin embargo privar de ella al resto del mundo? En verdad, Sadoletto, no negamos que sean iglesias de Cristo las iglesias que vosotros presidís; pero decimos que el Papa, junto

con toda la tropa de sus falsos obispos, que han ocupado entre vosotros el lugar de pastores, son lobos cruelísimos y peligrosos, que no han tenido hasta ahora otro deseo sino el de destrozar y destruir el Reino de Cristo hasta deformarlo y reducirlo completamente a ruinas y desolaciones.

Y sin embargo no somos los primeros en quejarnos de esto. ¡Con qué vehemencia flagelaba San Bernardo al papa Eugenio¹³² y a todos los obispos de su época! ¡Y cuánto más tolerable era el estado de su siglo que el de ahora! Pues hoy día se ha llegado al más alto, al último grado de malicia, de suerte que estas contrahechas sombras de obispos (en lo cuales piensas que está toda la firmeza o ruina de la iglesia) ya no pueden soportar más ni sus propios vicios, ni el remedio de los mismos; por cuyos vicios decimos que la iglesia ha sido derribada y mutilada cruelmente; y que poco ha faltado para quedar arrasada y saqueada; lo cual sin duda alguna hubiera sucedido de no haberlo impedido la bondad singular de Dios, de suerte que en los lugares ocupados por la tiranía del papa a penas si aparecen algunas huellas y vestigios esparcidos y deshechos, por los cuales puedes juzgar que las iglesias yacen allí medio sepultadas. Y no te debe sonar a cosa extraña, ya que oyes a San Pablo proclamar que la sede del Anticristo estará precisamente en medio del santuario de Dios.¹³³

¹³² Alusión a estos dos famosos tratados de Bernardo de Claraval: "De consideratione ad Eugenium tertium" y "De moribus et officio episcoporum".

¹³³ 2 Tesalonicenses 2.4.

OBEDIENCIA A LA PALABRA DIVINA

Este solo y único aviso ¿no nos debe despertar para estar atentos a no dejar que se introduzcan en la iglesia engaños y decepciones bajo el nombre y amparo de ella? Bien —respondes—, pero sea lo que fuere de esto, una cosa sin embargo está escrita:¹³⁴ *haced lo que os digan, mientras estén sentados en la cátedra de Moisés.*

Pero dado que desde la cátedra de vanidad engañan al pueblo con sus sueños, escrito está: *guardaos de su levadura.*¹³⁵ No nos incumbe a nosotros, Sadoletto, privar a la iglesia de su derecho, que no sólo le ha sido concedido por la benignidad de Dios, sino que ha sido vengado y mantenido severamente con varias amenazas y maldiciones. Pues del mismo modo que Dios no envía los pastores para gobernar la iglesia con un poder licencioso e irregular, sino que les limita a una cierta forma de deberes de la que no pueden excederse, así se ha encomendado a la iglesia avisar y vigilar si se comportan fielmente los que, bajo esta condición, se han hecho cargo de ella.¹³⁶ Por lo cual, o no nos será lícito quitar y disminuir, aunque sea muy poco, la autoridad de aquellos a los ha adornado con tal preeminencia y dignidad. Incluso te equivocas miserablemente si crees que el Señor ha colocado sobre su pueblo tiranos que gobiernasen todo según su fantasía, por el hecho de dar tan gran poder a los que envía a anunciar el Evangelio. Te engañas al no ver que su poder está limitado ya antes de concedérselo. Confesamos, pues, que es necesario escuchar a los pastores de la iglesia, como a Cristo mismo; sobre todo a los que ejercen debidamente el oficio que se les ha encomendado. Este oficio se les otorga no para

¹³⁴ Mateo 23.3.

¹³⁵ Mateo 16.6.

¹³⁶ | Tesalonicenses 5:21; | I Juan 4.1.

establecer y hacer cumplir con arrogancia decretos que ellos inventan sin ton ni son, sino para anunciar religiosamente y de buena fe las palabras recibidas de la boca del Señor. Pues con estas restricciones ha limitado Cristo la reverencia que quería se tuviera a los apóstoles. San Pedro no se atribuye, ni permite a los demás otra cosa, sino que al hablar a los fieles, lo hagan conforme a las palabras del Señor.¹³⁷ El apóstol Pablo ensalza grandemente este poder espiritual que poseía; pero con tal moderación que dicho poder sólo sirve para edificación, no tiene ni apariencia de dominio, y finalmente no ha sido concedido para pagar y dominar la fe.¹³⁸ Que se gloríe ahora vuestro Papa, cuanto de la sucesión de San Pedro. Pues, aún cuando la obtenga, no conseguirá que el pueblo cristiano le deba obediencia alguna por ello, sino sólo en la medida en que guarde él mismo la fe en Jesucristo, sin apartarse de la pureza del Evangelio. La iglesia de los fieles, al colocaros en la forma y modo que limita todo vuestro poder, no os llama ciertamente a otro orden, sino a aquel en que quiso el Señor que permanecierais. Y éste es ese orden establecido entre los fieles por la voz del Señor: que el profeta que está encargado de la instrucción, debe ser juzgado por la asamblea de los oyentes.¹³⁹ Y el que pretenda librarse de este orden, deberá primeramente borrarse de la lista de los profetas.

¹³⁷ Pl Pedro 4.11.

¹³⁸ 2 Corintios 13.10.

¹³⁹ 1 Corintios 14.29.

EL CRISTIANO DEBE CONOCER SU FE

Pues bien; en este instante se me presenta una gran oportunidad para reprocharte la ignorancia que tienes. Pues entre las diferencias y controversias de la religión, no dejas a la asamblea de fieles que pueda hacer otra cosa sino apartar los ojos de la verdad, sometiéndose al juicio de hombres más sabios y experimentados. Pero como lo cierto es que el alma que depende de cualquier otra persona fuera de Dios, se halla sometida a Satanás ¿qué desdichados y miserables no serán quienes tienen para su fe tales comienzos y principios? De aquí deduzco, Sadoleto, que tienes una teología demasiado ociosa y estúpida, parecida a la de quienes jamás han experimentado con pleno conocimiento asalto alguno en sus creencias. De otro modo no pondrías al cristiano en lugar tan resbaladizo y peligroso, en el cual no podría permanecer ni tan siquiera un instante, si le colocasen en él un momento. Preséntame no ya un hombre cualquiera, sino incluso el más tonto y rudo porquerizo: si pertenece al rebaño de Dios, es necesario prepararle para el combate que Dios depara a todos los fieles. Pronto se le presentará el enemigo bien pertrechado; ya se le acerca, emprende combate; y se trata de un enemigo bien a punto, para quien ningún poder de este mundo resulta inexpugnable. ¿Con qué se protegerá este pobre miserable? ¿De qué armas dispondrá para no verse aniquilado al primer asalto? No existe más que una sola espada con la que podremos combatir: la Palabra de Dios.¹⁴⁰ Por consiguiente el alma, desprovista de la Palabra de Dios, se encuentra completamente indefensa a merced del diablo, para que la mate. Ahora dime:

¹⁴⁰ Efesios 6.17.

¿No será el primer objetivo del enemigo arrebatarnos la espada de Cristo a quien combatimos? Y el medio para quitársela, ¿no es ponerle en la duda de si aquello que medita es Palabra de Dios o de los hombres? ¿Qué harás tú con este pobre miserable en tal trance? ¿Le dirás que busque por todas partes a esos sabios, de los que recibía reposo y alivio apoyándose en ellos? Pero el enemigo ni siquiera le dejará tomar un poco de aliento con este subterfugio. Pues una vez que la ha forzado a poner toda su confianza en los hombres, le acosará y trastornará cada vez más, hasta confundirlo completamente. De esta manera o será fácilmente oprimido, o mirará directamente al Señor. Lo cierto es que la fe cristiana no debe fundamentarse en el testimonio de los hombres ni apoyarse en opiniones dudosas, ni tampoco mantenerse con la autoridad de los hombres, sino que ha de estar grabada en nuestros corazones por el dedo de Dios viviente, de modo que ninguna seducción de error la pueda borrar y aniquilar. Nada, pues, tiene de Cristo quien no lleve en sí estos comienzos y principios, a saber: que Él es un Dios que ilumina nuestros pensamientos para conocer su verdad, la cual Él rubrica y sella en nuestros corazones por medio de su espíritu, confirmando y asegurando nuestras conciencias con la seguridad de su testimonio. Esta verdad consiste en la firme —y hablando con propiedad— plena certidumbre que tanto nos recomienda San Pablo, la cual hace que estemos seguros, sin tener ya duda o desconfianza alguna, y al mismo tiempo no queda como en suspenso o vacilante entre los altercados de los hombres para ver qué partido seguirá. Y aunque todo el mundo se le oponga, ella sin embargo permanece firme y segura en su opinión. De aquí proviene y nace el poder de juzgar que atribuimos a la iglesia y que nosotros queremos mantenérsele inviolablemente. Pues el mundo se conmueve y estremece por

diversas opiniones; pero en cambio el alma fiel no se ve nunca abandonada de tal modo que deje de seguir el recto camino de salvación.

Sin embargo, no es que quiera imaginar una fe tan perfecta que no pueda errar ni equivocarse nunca en la elección del bien y del mal; ni fingir o soñar una repugnancia y contumacia tal, que desprecie y rechace a todos los hombres, en virtud de su pretendida preeminencia y superioridad, sin tener en cuenta ningún juicio u opinión, ni haber diferencia entre los sabios y los ignorantes. Antes al contrario confieso que los mismos que tienen la conciencia más pura y devota, no llegan a comprender todos los misterios de Dios, sino que frecuentísimamente en las cosas más evidentes ellos no ven ni gota. Y esto lo hace la providencia del Señor, a fin de acostumarles a una gran modestia y sumisión de espíritu. Más aún; afirmo que tienen en tal estima y reputación a todas las gentes del bien, y con más razón a la Iglesia, que muy a pesar suyo se separarían de un hombre que supieran tiene la verdadera inteligencia de Cristo y de su palabra; de modo que a veces prefieren suspender su juicio antes que disentir a la ligera. Mantengo solamente que, mientras se apoyen en la Palabra de Dios, jamás se verán tan sorprendidos que se vean arrastrados a la perdición; y que la verdad de la Palabra les resulta tan cierta y manifiesta que ni los ángeles ni los hombres les podrán separar de ella. Por lo cual dejemos de lado esta frívola simplicidad, que, según dices, tan bien le parece a la gente ruda e ignorante, y que consiste en mirar tanto a esos sabios personajes y atenerse a sus decisiones, pues, a parte de que ninguna certidumbre religiosa por más obstinada que se la quiera imaginar, merece el nombre de fe si se apoya en algo fuera de Dios, ¿habrá alguien que llame fe a no sé que dudosa opinión, la cual no sólo se consigue y

con dificultad por arte diabólico, sino que además fluctúa y vacila por su propia naturaleza, como veleta a merced de los vientos, y de la que apenas se pueda esperar otra cosa sino que se pierda finalmente y se desvanezca?

REFORMADORES Y ROMANISTAS

Respecto a la falsa acusación (contraria por cierto a lo que tú mismo conoces) de que, al rechazar este tiránico yugo, no hemos pretendido sino darnos rienda suelta, entregándonos a una vida desarreglada y licenciosa, sin que pensemos siquiera (Dios lo sabe) en la vida futura, vamos a enjuiciar vuestra conducta comparándola con la nuestra. Es cierto que somos pecadores y que abundan los vicios entre nosotros, y que muchos de nosotros caemos frecuentemente y desfallecemos muchas veces; sin embargo, la vergüenza me impide tener el atrevimiento de vanagloriarme (hasta donde la verdad lo permite) de ser nosotros mejores que vosotros y ésto en todos los aspectos. Contando con que no pretendas, por ventura, exceptuar a Roma, hermosísimo santuario de toda santidad, la cual, una vez sacada de quicio y deshechas las barreras de autentica disciplina y pisoteada la honestidad, está tan rebosante de toda clase de maldades que a duras penas podrá hallarse en toda la historia un ejemplo semejante de tan gran abominación. Yo creo que tendremos que someter nuestra vida a tantos peligros y daños, no sea que, siguiendo su ejemplo, seamos constreñidos a una continencia más severa y estrecha. Por lo que a nosotros respecta, no rehusamos observar hoy la disciplina establecida en los antiguos cánones, ni mantenerla y guardarla con diligencia y buena fe. Por el contrario siempre hemos sostenido que esta desdichada ruina de la iglesia provenía tan sólo de haber perdido, por las superfluidades demasiado licenciosas, todas sus fuerzas y todo su vigor, y de haber permanecido enteramente abatida. Pues es necesario que el cuerpo de la iglesia, para mantenerlo perfectamente unido esté entrelazado con la disciplina, del mismo modo que un cuerpo se halla reforzado con nervios. Y yo os pregunto ¿cómo la

reverenciáis o la deseáis vosotros? ¿Dónde están aquellos antiguos cánones, con los cuales, como con su freno, se mantenía a los obispos y sacerdotes en el cumplimiento de su oficio y de su deber? ¿Cómo se elige a los obispos entre vosotros? ¿Con qué pruebas? ¿Con qué examen? ¿Qué diligencia o previsión se emplea? ¿Cómo se les nombra para el deber de su estado? ¿Con qué liturgia o solemnidad? Tan sólo para cumplir, se le toma el juramento de que ejercerán el oficio de pastor; pero, según se ve, con el único fin —sin fijarnos en otras maldades— de hacerlos perjuros. Pues apoderándose, como por la fuerza, de los cargos de la iglesia, les parece que tienen un poder que no está sometido a ley ninguna, y piensan que con este poder todo les está permitido; de suerte que podemos creer fácilmente que los piratas, bandidos, ladrones y salteadores ¹⁴¹ tienen una policía mejor y que observan las leyes mejor que todos vosotros.

¹⁴¹ En el texto francés existe esta redundancia propia del estilo del s. XVI. En el texto latino sólo se dice: "inter piratas et latrones": piratas y ladrones.

EL REFORMADO ANTE EL JUICIO DE DIOS

Y puesto que al final nos has citado como criminales ante el juicio de Dios, induciendo a alguien para que defienda nuestra causa, no temo, por mi parte, citarte a ti ante ese mismo juicio de Dios. Por lo que se refiere a la doctrina, nuestra consciencia está tan segura de ella que no teme a este Juez Celestial, de quien sabe que proviene aquélla. Y sin embargo no se detiene en esas pequeñas burlas, con las que has querido divertirte tan a despropósito. Porque ¿hay cosa más inoportuna que inventar, después de haberse presentado ante Dios, yo no sé que injurias y luego fabricarnos una defensa poco apropiada, que decae inmediatamente? Cuantas veces se acuerdan los cristianos de aquel día, sus corazones se llenan de una tan gran reverencia que les permite burlarse ociosamente de este modo. Dejando, pues, de lado tales lindezas, consideremos un poco aquel día, pues los corazones de los hombres deben estar siempre preparados para cuando llegue; él nos recuerda que nada hay que sea —y con razón— tan deseable para los fieles, como terrible y temible para los profanos y para los que desprecian a Dios. Escuchemos aquel sonido de trompeta, que las mismas cenizas de los muertos oirán desde su sepulcro. Levantemos nuestros corazones y nuestros pensamientos hasta este Juez, que con sólo el resplandor de su rostro descubrirá todo lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto todos los secretos del corazón humano; y con sólo el espíritu de su boca confundirá a los malvados. Piensa, pues, ahora qué razones validas aducirás para defenderte a ti y a los tuyos; pues nuestra causa, por estar fundada en la verdad de Dios, no carecerá de una buena y justa defensa.

Respecto a nuestras personas prefiero no decir nada, pues

nuestra salvación no dependerá de malas artes o de un pleito, sino más bien de una humilde confesión y de suplicante plegaria. Pero respecto a la causa de nuestro ministerio, cada uno de nosotros podrá hablar como sigue: Por mi parte, Señor he experimentado lo difícil y costoso que es sobrellevar frente a los hombres la acusación envidiosa que me oprimía en la tierra. Pero con la misma confianza con que siempre he desafiado y apelado a Tu tribunal, con esa misma comparezco ahora delante de Ti; pues sé que impera en Tu juicio la verdad, y confortado con esta confianza, me he atrevido primeramente a emprender y he logrado completar —sostenido con su instrucción— todo lo que han hecho por mí en Tu iglesia.

Me han acusado de dos gravísimos crímenes: de herejía y de cisma. Pero resulta que llaman herejía al haberse atrevido a contradecir las constituciones observadas por ellos. ¿Qué iba a hacer? Oía de Tu misma boca que no existe otra luz de la verdad para conducir nuestras almas por el camino de vida, sino la que procedía de Tu palabra. Oía que todo lo que inventaba el espíritu humano por sí mismo sobre Tu majestad, veneración de Tu Nombre, y misterio de la religión no era sino vanidad. Sabía que era una tremenda y sacrílega osadía el hecho de estar sembradas por la iglesia, suplantando a Tu Palabra, doctrinas inventadas por el cerebro de los hombres. Y por cierto que, cuando volvía mi vista hacia los hombres, todo me parecía contradictorio: Los que se tenían por guardianes de la fe, ni comprendían Tu Palabra ni se preocupaban de ella. Abusaban del pueblo sencillo y le engañaban con extrañas constituciones y se mofaban de él con no sé que bavaduras.¹⁴² Para este

¹⁴² Texto latino: "Ineptiis»: camelos.

pueblo la mayor veneración de la Palabra consistía en reverenciarla de lejos como algo a lo que no se tiene acceso, absteniéndose de toda investigación sobre ella. Y tanto por esta perezosa estupidez de los pastores, como por la simpleza del pueblo, todo estaba lleno de perniciosos errores, mentiras y supersticiones. Es cierto que te llamaban Dios; pero, transfiriendo a otros la gloria que se te debe en propiedad se fabricaban y tenían tantos dioses cuantos querían adorar como santos y patronos. También a Tu Cristo le adoraban como a Dios y le daban el nombre de Salvador; pero en el aspecto en que principalmente tenía que ser honrado se quedaba prácticamente sin gloria, pues despojado de su virtud y poder, permanecía oculto entre la tropa de santos, como otro cualquiera. Nadie pensaba verdaderamente que el único sacrificio era el que ofreció en la cruz, por el que nos reconcilió contigo. Nadie pensaba, ni apenas soñaba, en su sacerdocio eterno, ni en la intercesión y mediación que dependían de Él. Nadie descansaba en su sola justicia. En cuanto a la confianza en la salvación que está prescrita y fundada en Tu Palabra casi había desaparecido. En cambio tenían como cosa cierta que si alguno, protegido por la benignidad y justicia de Tu Hijo, concebía en sí mismo una cierta y segura esperanza de salvación, había que atribuirlo a su loca arrogancia y —como ellos decían— a temeraria presunción. Existían algunas malignas opiniones que corrompían por completo las primeras constituciones de la doctrina que Tú nos habías dado en Tu Palabra. La sana inteligencia del Bautismo y de tu Santa Cena, había sido corrompida con diversas mentiras. Y sobre todo, a pesar de poner todos su confianza en las buenas obras (no sin ofender gravemente a Tu misericordia) y de esforzarse en merecer con ellas. Tu gracia, conseguir Tu justicia, purgar sus pecados y propiciarte (todo lo cual borra

y destruye la virtud de la cruz de Cristo), sin embargo, no conocían cuáles eran las buenas obras. Pues, como si no hubieran sido instituidas para justicia por Tu ley, se habían forjado algunas inútiles tonterías para tenerte propicio y favorable; en las cuales se complacían de tal modo que despreciaban la regla de la verdadera justicia que nos has impuesto por medio de Tu ley. Las tradiciones humanas habían alcanzado tanto poder que si no habían arrancado del todo la confianza que se tenía en Tus mandamientos, por lo menos habían disminuido grandemente su autoridad. Pero Tú, Señor, me has iluminado con la claridad de Tu espíritu, para reflexionar sobre esto: has puesto ante mí Tu Palabra, como una antorcha, para darme a entender cuán malo y pernicioso es todo esto; finalmente has tocado mi corazón para que justamente y con todo derecho las aborreciese.

EL REFORMADO BUSCA LA VERDADERA IGLESIA

En cuanto a darte razón de la doctrina, Tú sabes lo que existe en mi conciencia: es decir, que jamás he pensado en salirme de los límites que, según conocía, habían sido trazados a Tus servidores. Y esto, que sin lugar a dudas lo había recibido de Tu boca, he procurado enseñarlo fielmente a Tu iglesia. Y en verdad es cierto que he procurado principalmente y he trabajado mucho para que, alejados y deshechos los nubarrones que antes la oscurecían, apareciese con toda claridad la gloria de Tu bondad y justicia; y para que, suprimidos todos los disfraces, resplandeciesen en toda su plenitud las virtudes y beneficios de Tu Cristo. Pues pensaba que no era razonable que todas estas cosas permaneciesen en tinieblas; ya que habíamos nacido para pensarlas y meditarlas. Juzgaba que no se debían enseñar de un modo descuidado y a la ligera; pues cualquier razonamiento es muy inferior en comparación de la grandeza de estas cosas; y no dudaba en retener largamente a los hombres en ellas ya que de ellas dependía por completo su salvación. Pues es imposible que nos engañase aquella Palabra de Dios que dice: «Esta es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo al cual has enviado».¹⁴³

En cuanto al reproche que me han hecho, de que me he separado de la iglesia, no me siento culpable en absoluto. A no ser que se considere traidor a aquel que, al ver a los soldados confusos y extraviados, corriendo de un lado para otro, y abandonando sus puestos, levanta la bandera de capitán y les llama y les pone de nuevo en orden. Pues todos los tuyos, Señor, estaban tan

¹⁴³ Juan 17.3.

extraviados que no sólo no podían oír lo que se les ordenaba, sino que parecía que ya no se acordaban de su capitán, ni de la batalla, ni del juramento que habían hecho. Y para apartarles de este su error, no he levantado una bandera extraña, sino aquel Tu noble estandarte que debemos seguir si queremos alistarnos en Tu pueblo. Y en este punto, los mismos que debían mantener en orden a estos soldados y que les habían llevado al error, se han alzado contra mí; y porque he persistido con gran constancia, se me han enfrentado con gran violencia; y han comenzado a amotinarse de modo tal que se encendió el combate hasta romper la unión. Pero ¿de qué lado está la culpa? Tú, Señor, lo debes decir y decidir. Por mi parte, siempre he demostrado con palabras y con hechos cómo deseaba la unión y la concordia: pero me refería, no obstante, a aquella unión de la Iglesia, que comienza en Ti y acaba en Ti mismo. Pues cuantas veces nos has recomendado esta paz y unión, has declarado al mismo tiempo que Tú eras el único vínculo para conservarla y mantenerla. En cuanto a mí, si hubiese querido tener paz con los que se vanagloriaban de ser los primeros en la iglesia y los pilares de la fe, la hubiera tenido que comprar con la renuncia de la verdad. Pero preferí más bien exponerme a todos los peligros del mundo antes que condescender con un pacto tan execrable. Pues tu mismo Cristo nos anunció que si el cielo debía perecer juntamente con la tierra, Tu Palabra sin embargo tenía que permanecer eternamente.¹⁴⁴ Ahora bien jamás pensé que para guerrear contra tales señores, tuviera que estar en discordia con Tu iglesia. Pues nos había advertido por medio de Tu Hijo y de Tus apóstoles que se sublevarían algunos, pero que

¹⁴⁴ Mateo 24.35.

con ellos en modo alguno debíamos consentir. No se refería a hombres extraños cuando predijo que serían lobos rapaces y falsos profetas, sino a los mismos que se hacían pasar por pastores, ordenándome que me guardase bien de ellos.¹⁴⁵ Si, pues, Él me mandaba guardarme de ellos, ¿les habría de dar yo la mano? Y Tus apóstoles nos habían anunciado que no había en Tu iglesia enemigos más mortales que los que estaban en medio de nosotros, encubiertos con el título de pastores.¹⁴⁶ ¿Por qué, pues, iba a temer apartarme de aquellos a los que, según me decían Tus apóstoles, debía tener por enemigos tuyos? Diariamente contemplaba los ejemplos de Tus profetas, los que —según veía— habían sostenido tantas disputas con los sacrificadores y falsos profetas de su tiempo; los cuales, por cierto, eran, como está demostrado, los primeros de la iglesia en el pueblo de Israel. Sin embargo, no se considera a Tus profetas como cismáticos, a pesar de que para enderezar el servicio de Dios casi destruido, no se habían sometido a los falsos profetas que los rechazaban con todas sus fuerzas. Permanecían, pues, en la verdadera unión de la iglesia, a pesar de que los malvados sacrificadores les colmaron de toda clase de maldiciones, y a pesar de que se les juzgó indignos de ser comprendidos en el número no ya de los santos pero ni siquiera de los hombres. Así, pues, confirmado con su ejemplo, he persistido de tal modo en este propósito, que no me han asustado en modo alguno ni sus denuncias, tachándome de cismático, ni sus amenazas; y siempre, con firmeza y constancia, me he opuesto a quienes, bajo pretexto de pastores, oprimían

¹⁴⁵ Mateo 7.15.

¹⁴⁶ Hechos 20.29; 2 Pedro 2.1

más que tiránicamente a Tu pobre iglesia. Sentía en mi interior un gran deseo de verla unida; a condición de que fuese tu verdad el vínculo de esta concordia. Los tumultos que de ellos se han seguido no se me deben imputar a mí, ya que no he sido yo el que los ha provocado. Tú conoces perfectamente, Señor, y el mismo hecho lo atestigua ante los hombres, que no he buscado sino apaciguar cualquier controversia por medio de Tu Palabra, con el fin de que ambas partes unidas en espíritu procurasen el establecimiento y extensión de Tu Reino. Tú sabes también que no he rehusado, incluso exponiendo mi cabeza (sí es que me puedo vanagloriar) el establecimiento de la paz en la Iglesia. ¿Qué hacían, en cambio, nuestros enemigos? ¿No apelaban de repente y furiosamente al fuego, a la horca y a las espadas? ¿No creían que su único recurso consistía en las armas y en la crueldad? ¿No rechazaban todas las condiciones de paz? Y así sucedió que esta disputa, que sin esos hechos se podía haber apaciguado amigablemente, se ha inflamado y se ha convertido en una guerra. Y aunque en una tan gran perturbación se haya opinado diversamente, sin embargo, me siento ahora libre de todo temor, ya que estamos ante Tu sede judicial, en la que la equidad unida a la verdad no puede juzgar sino según inocencia.

He aquí, Sadoleto, la defensa de nuestra causa; no la que, para abrumarnos, has querido inventar, sino la que todos los hombres de bien reconocen ahora como verdadera, y que en aquel día aparecerá con claridad ante todas las criaturas. Y respecto a los que, instruidos por nuestra predicación, vendrán con nosotros a este mismo juicio no les faltará qué responder para defenderse; pues cada uno de ellos tendrá, bien preparada, la defensa que sigue:

¿QUÉ DIRÁ EL CONVERTIDO A LA FE EVANGÉLICA?

En cuanto a mí, Señor, siempre he confesado públicamente la fe cristiana, como la había aprendido desde mi juventud; de la cual no he tenido desde un principio otro conocimiento, sino el que era entonces comúnmente observado. Se nos suprimía, o al menos se nos ocultaba Tu Palabra que debía resplandecer como una lámpara ante todo Tu Pueblo. Y a fin de que nadie deseara tener de ella un conocimiento más claro, habían persuadido a todos que era mucho mejor encomendar la investigación de esta divina y secreta filosofía a unos pocos y pedirles a éstos las respuestas y oráculos; y que el pueblo no debía entenderla más profundamente, sino tan sólo someterse a la obediencia de la Iglesia. Y, sin embargo, era tal la enseñanza que al principio me habían dado, que no me instruían lo bastante en el recto servicio de Tu deidad; ni me hacían concebir suficientemente una esperanza cierta de salvación; ni me dirigían bien en el deber de una vida cristiana. Es verdad que habían aprendido a adorarte a Ti solo por mi Dios; pero, al ignorar la verdadera razón de Tu adoración, tropezaba de repente apenas comenzaba a practicarla. Es verdad que creía, como me lo habían enseñado, que había sido rescatado de la obligación de muerte eterna con la muerte de Tu Hijo; pero yo me imaginaba que esta redención era de tal naturaleza que su virtud nunca llegó hasta mí. Es cierto que oía hablar del día futuro de la resurrección; pero me horrorizaba su recuerdo, como si fuese algo funesto. Y no es que fuese éste un conocimiento forjado en mi cerebro particular; sino que lo había aprendido de la doctrina que predicaban entonces comúnmente los maestros y doctores del pueblo cristiano. Los cuales predicaban tu clemencia para los hombres; pero sólo con los que se hacían dignos de ella.

Finalmente dignificaban tanto la justicia de las obras que sólo era recibido en gracia el que se hubiera reconciliado contigo por medio de sus obras. Sin embargo no cesaban entretanto de decir que todos éramos miserables pecadores que caímos frecuentemente por debilidad de la carne. Y luego decían que Tu misericordia era para todos el común puerto de salvación; pero para obtenerla no había otro medio, sino satisfacer por nuestros pecados. Y después de tal satisfacción se nos mandaba: primero, que pidiésemos humildemente, después de haber confesado todos nuestros pecados a un sacerdote, perdón y absolución; después que borrarémos para contigo la memoria de los mismos; finalmente que añadiésemos, para suplir nuestra deficiencia, sacrificios y solemnes mortificaciones. Y, sin embargo, decían que eras un juez riguroso, que vengabas severamente la iniquidad; mostraban qué temible debía ser Tu mirada. Por esto nos encomendaban que nos dirigiésemos primeramente a los santos para que con su intercesión consiguiesen volverte propicio y benigno. Y a pesar de haber puesto en práctica al pie de la letra todas estas cosas, si bien yo confiaba poco en ellas, sin embargo me encontraba bien lejos de una absoluta tranquilidad de conciencia. Pues cuantas veces descendía hasta mí mismo, o levantaba mi corazón a Ti, me sorprendía un horror tan tremendo que no había purificaciones ni satisfacciones que pudiesen librarme de él. Y cuanto más de cerca me contemplaba, tanto más sentía mi conciencia torturada por agudísimos agujones; de suerte que no me quedaba otro contento y alivio que engañarme a mí mismo, olvidándome de mí. Pero como no encontraba nada mejor, seguía siempre el mismo camino que había emprendido; cuando he aquí apareció una forma de doctrina bien distinta, no para apartarnos de la profesión cristiana, sino para restituirla a su auténtico origen y devolverle

su pureza, libre de toda suciedad. Y yo, ofendido por esta novedad, apenas si quise prestarle oídos; confieso que al principio la combatí con valentía y denuedo. Y porque los hombres son por naturaleza obstinados y tercos en mantener las instituciones que han recibido una vez, por eso me molestaba mucho confesar que durante toda la vida me crié en error e ignorancia. Y del mismo modo había en ello algo que me impedía creer a aquellas gentes: la reverencia y veneración a la iglesia. Pero después de escucharles algunas veces y permitir que me enseñasen, comprendí perfectamente que era vano y superfluo el temor de que me hubiese sido aminorada la majestad de la iglesia; pues demostraban que existía una gran diferencia entre apartarse de la misma y abandonarla por un lado, y esforzarse por otro en corregir los vicios con los que esa misma iglesia está manchada y contaminada. Hablaban de la iglesia con toda honradez y demostraban que su principal intención consistía en la unión de la misma. Y para que no pareciese que querían, bajo el nombre de iglesia, imaginar cualquier falsa cosa, demostraban que no era extraño que los cristianos obtuviesen en ella el lugar de pastores; sobre este punto nos ponían diversos ejemplos por los cuales aparecía claramente que el único fin al que tendían era la edificación de la iglesia; y que en esto su causa era la misma que sostenían muchos servidores de Jesucristo que nosotros llamamos santos. De suerte que si ellos hablaban libre y abiertamente contra el Papa de Roma, considerado y estimado como vicario de Cristo, sucesor de San Pedro, y jefe de la iglesia, lo hacían dando esta razón: que estos títulos no eran sino vanos fantasmas, con los cuales no era recto deslumbrar los ojos de los fieles hasta tal punto que no se atrevían a mirar ni a discernir la verdadera realidad de cada cosa; y que el Papa se había elevado a tan gran altura y magnificencia cuando el mundo estaba

encadenado como por un profundo sueño de ignorancia y de deslumbramiento;¹⁴⁷ y que en verdad no había sido constituido como príncipe y jefe de la misma ni por la boca de Dios, ni por una legítima vocación de la iglesia, sino que se había elegido él mismo por su propia autoridad y propio querer. Sobre todo porque la tiranía con que oprimía al pueblo, era inaguantable si queríamos que el Reino de Cristo se mantuviese salvo e íntegro entre nosotros.

¹⁴⁷ En latín: Ignorantia et hebetudine, velut sopore, oppressus: encadenado por la ignorancia y el embotamiento, como por un sueño.

EN EL ROMANISMO NO EXISTE LA VERDADERA IGLESIA

Y para confirmar todos estos puntos no les faltaban poderosísimas razones. En primer lugar refutaban claramente todo lo que entonces les alegaban para probar la supremacía del Papa. Y después de haber destruido todos sus argumentos, demolían también, por medio de la Palabra de Dios, aquella su gran superioridad. Las cosas habían llegado al extremo de ser ya comunísimo y de toda evidencia para sabios e ignorantes que el verdadero orden de la iglesia había sido totalmente demolido, las llaves (en cuyo símbolo se condensa el orden eclesiástico) perniciosamente falsificadas, la libertad cristiana destruida y el Reino de Cristo totalmente aniquilado, cuando esta supremacía fue instituida. Sin embargo, tenían estos nuevos predicadores algo más con que agujonear mi conciencia, a fin de que como afianzado, no me hiciese el despreocupado de sus instituciones cual si para mí no tuviesen interés alguno, al afirmar que casi es imposible hallar, delante de Ti, perdón para una falta voluntaria, lo mismo que no queda sin castigo quien comete una falta al apartarse del recto camino por ignorancia. Y esto lo probaban por el testimonio de Tu Hijo, que dice: «Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo».¹⁴⁸ Y cuando mi espíritu se dispuso a estar verdaderamente atento, comencé a conocer, como si alguien me hubiera traído la luz, en qué lodazal de errores estaba manchado y encenegado, y con cuánto fango y con cuántas manchas me había deshonrado. Estando, pues, según mi conciencia, profundamente consternado y exacerbado por la miseria en que había caído, y más todavía

¹⁴⁸ Mateo 15.14.

por el conocimiento de la muerte que veía tan cercana, nada juzgué tan necesario, después de haber lamentado con llantos y gemidos mi vida pasada, como rendirme y refugiarme en Tu vida. Ahora, pues, Señor, ¿qué me queda a mí pobre y miserable, si no es ofrecerte, por toda defensa esta mi humilde súplica: que te dignes no tomarme en cuenta este tan horrible abandono y desvío de Tu Palabra, de los cuales me has apartado para siempre por tu maravillosa benignidad?

ACTITUD ROMANISTA Y REFORMISTA

Así, pues, Sadoletto, compara, si te parece conveniente, esta defensa nuestra con la que tú pusiste en boca de tu hombre sencillo. Sería una maravilla que no supieses cuál tenías que preferir. Pues sin lugar a dudas está en gran peligro la salvación de aquél cuya única defensa está apoyada y fundamentada, como sobre un gozne, en la afirmación de que observó siempre la Religión que le habían transmitido sus antepasados y predecesores. Por esta misma razón, también los judíos, turcos y sarracenos se librarían del juicio de Dios. Rechacemos, pues, esta vana tergiversación ante el tribunal que ha de ser erigido no para aprobar la autoridad de los hombres, sino para mantener la verdad de un solo Dios, siendo reprobada la universal carne de vanidad y mentira.¹⁴⁹ Que si yo quisiera, como tú, valerme de mofas sarcásticas, ¡qué imagen no podría pintar, no ya de un papa o de un cardenal o de cualquier otro venerable prelado de vuestro bando (y tú sabes perfectamente de qué color pueden ser pintados, hasta por un hombre poco ingenioso) sino incluso de un cierto doctor aunque fuese el más primoroso

¹⁴⁹ Nótese la gallardía y la fuerza de esta expresión, calcada por lo demás, sobre el texto latino: *Universa carne vanitatis.*

de todos los vuestros.¹⁵⁰ Ciertamente ya no me será necesario, para condenar a este doctor, aducir conjeturas dudosas o imputarle crímenes falsos, pues no faltarían muchos suficientemente probados y evidentes, con los que se vería demasiado abrumado. Mas para que no parezca que caigo en el mismo defecto que reprendo en ti, desistiré de comportarme de esta forma. Les suplicaré únicamente que reflexionen alguna vez; y que piensen y mediten si alimentan con fidelidad al pueblo cristiano, al cual no se puede dar otro pan que no sea la palabra de su Dios. Y que no se complazcan demasiado en representar su papel con el aplauso y consentimiento del pueblo, pues todavía no han llegado a su desenlace, en el cual no tendrán, por cierto, un puesto para vender si riesgos sus falsas mercancías y engañar las conciencias fieles con sus mentiras e invenciones; sino que permanecerán en pie¹⁵¹ o caerán, únicamente por la voluntad de Dios, cuyo juicio tendrá en cuenta solamente su equidad inmutable y no la voz ni el favor del pueblo; y no indagará tan sólo los actos exteriores, sino que juzgará de la sinceridad o malicia interior del corazón. No quiero juzgar de todos en general. Sin embargo ¿quién de vosotros, cuando se trata de luchar contra nosotros, no siente remordimientos de conciencia de que, al obrar así, trabaja más para los hombres que para Dios?

En todo el transcurso de tu carta nos tratas con demasiada crueldad; pero en el último párrafo viertes a boca llena todo el veneno de tu maldad contra nosotros. Y aunque estas injurias en nada nos afectan, y con anterioridad ya respondimos

¹⁵⁰ Frase irónica de Calvino que al referirse a "cierto doctor" hace alusión al mimo Sadoleto.

¹⁵¹ Precisión metafísica del latín: *stabunt*: mantenerse en pie.

parcialmente a ella, te ruego me digas qué te ha pasado por la cabeza para llegar hasta reprocharnos el ser avaros. ¿Crees que los nuestros han sido tan tontos que no se han dado perfecta cuenta, ya desde el principio, de que el camino que emprendían era totalmente opuesto a toda ganancia y provecho carnal? ¿No veían ellos que, al reprender y censurar vuestra avaricia, estaban por eso mismo necesariamente obligados a vivir con continencia y de una manera razonable, si no querían servir de burla hasta por los niños pequeños? ¿No se cerraban ellos mismos el camino para conseguir riquezas y abundancia de bienes, al enseñar que el medio mejor de corregir la avaricia era despojar a los pastores de esta abundancia y superfluidad de riquezas para que, estando libres de ellas, tuviesen mayor cuidado de la iglesia? ¿Qué riquezas existían entonces a las que poder aspirar? ¿Pues qué; no era el camino más corto y más fácil para alcanzar riquezas y honores la aceptación inmediata ya desde el principio de los pactos y condiciones que vosotros ofrecíais? ¿Con qué sumas no hubiera vuestro papa comprado entonces, y todavía compraría hoy, el silencio de muchos! Si tenían la más mínima ambición de enriquecerse, ¿por qué, entonces, prefirieron permanecer pobres perpetuamente (habiéndoles quitado cualquier esperanza de aumentar sus bienes) en vez de hacerse ricos en un instante y sin gran dificultad? ¿Será, tal vez, la ambición la que les retiene...? Todavía no comprendo por qué razón nos han afrentado, ya que los primeros en emprender esta causa, no podían esperar otra cosa que ser rechazados y repudiados vergonzosamente de todo el mundo; y los que vinieron después, se expusieron consciente y deliberadamente a innumerables ultrajes y afrentas de todos.

Y esos engaños e intrigas domésticas ¿dónde están? No hallaréis entre nosotros sospecha alguna. Habla más bien de estas cosas en vuestro santo colegio, donde todos los días os agitáis entre intrigas.

ÚNICO FUNDAMENTO: LA PALABRA DE DIOS

Me veo obligado, por poner punto final, a prescindir de tales calumnias. En cuanto a lo que dices que, pretendiendo hacer en todo nuestro capricho, no hemos encontrado ni un solo personaje en toda la iglesia a quien estimar digno de fe, ya hemos demostrado suficientemente que no es sino pura calumnia. Pues si bien ponemos la Palabra de Dios por encima de cualquier juicio de los hombres, y hemos finalmente concedido que los concilios y los santos padres tienen cierta autoridad, con tal de que estén conformes a la Palabra de Dios, sin embargo juzgamos a estos concilios y padres dignos tan sólo del honor y del puesto que deben tener razonablemente después de Cristo. Pero el más grave de los crímenes que nos imputas consiste en afirmar que nos hemos esforzado en pervertir y dividir la esposa de Jesucristo. Si fuese esto cierto, tú y el mundo entero podíais con razón considerarnos como desahuciados. Sin embargo no puedo admitir en nosotros este crimen si antes no sostienes que la esposa de Cristo ha sido destrozada por quienes desean entregarla a Cristo como casta virgen, por quienes están poseídos de un santo celo en conservarla íntegra, por quienes, corrompidos por diversas concupiscencias¹⁵² la devuelven a la fe marital, y por quienes finalmente no temen discutir con todos los adúlteros que sabían que trataban de corromper su honestidad. ¿Podíamos nosotros haber hecho algo distinto de lo que hicimos? ¿No había sido la honestidad de la iglesia corrompida, y, lo que es peor, violada con doctrinas extrañas y peregrinas constituciones, por gentes de vuestro bando? ¿No la habíais prostituido violentamente con

¹⁵² Latin: lenociniis.

innumerables supersticiones? ¿No estaba manchada con esta tan repugnante manera de adulterio? Por cierto que por no haber soportado que escarnecierais de esta manera el santísimo y sagrado altar y cámara nupcial de Cristo, se nos acusa de haber dividido a su esposa. Pero yo digo que esta división, de la que nos acusas falsamente, es más que visible entre vosotros y no sólo respecto a la iglesia sino incluso respecto a Jesucristo, a quien vemos habéis dividido vosotros. ¿Cómo, pues, se juntará la iglesia con su Esposo, no pudiendo tenerlo íntegro y sano? ¿Y donde está la salud de Cristo, si la gloria de justicia, santidad y sabiduría ha sido trasladada a otra parte? En verdad, antes de que encendiésemos la guerra, todo estaba perfectamente tranquilo y pacífico. La pereza de los pastores y el asombro y estupidez del pueblo habían logrado que en lo referente a la religión apenas hubiera entre ellos ninguna diferencia. En cambio con qué obstinación disputaban los sofistas en las escuelas. Por lo cual no tienes posibilidad de decir que vuestro reino estuviese tan pacífico, ya que esa tranquilidad se debía al hecho de que Cristo había enmudecido, y estaba casi olvidado. Confieso que, después de la nueva manifestación del Evangelio, se han provocado diversas y fuertes disputas, anteriormente desconocidas. Sin embargo no sería razonable achacar todo esto a los nuestros, quienes, durante todo el decurso de su acción solo han pretendido, restableciendo la verdadera religión, agrupar en una perfecta e íntegra unión a las iglesias que se hallaban dispersas y divididas por discordias y disensiones. Y para no contar cosas antiguas, ¿no han rehusado hace poco que se restableciese la paz en la iglesia? En vano emprenden todos los caminos posibles, cuando vosotros procuráis todo lo contrario. Y puesto que ellos piden una paz, en la que floreciese el Reino de Cristo; y vosotros juzgáis que está perdido para vosotros lo que ha sido ganado para Cristo, nada tiene de extraordinario que os opongáis con todo vuestro poder. Y así halláis el modo de destruir en un solo día todo lo que han construido ellos para gloria de Cristo

durante muchos meses. No quiero abrumarte con largos discursos pues en una sola frase puedo resumir mi pensamiento: Los nuestros están dispuestos a dar razón de su doctrina y no rehusarán doblegarse si se les convence con razones. ¿De quién depende ahora el que la iglesia no goce de una auténtica paz y de la luz de la verdad?. Ahora puedes ir llamándonos sediciosos que no dejamos en paz a la iglesia. Por el contrario he aquí que, no olvidando nada que pudiera servir para agravar nuestra causa, te complaces de nuevo en arrojar sobre nosotros toda la malevolencia por haberse estos últimos años suscitado varias sectas; pero piensa con qué equidad o bajo qué pretexto lo dices. Pues si por esto somos dignos de odio, también hubiera sido con todo derecho odiado en la antigüedad el nombre cristiano por los infieles e incrédulos. Deja, pues, de atormentarnos y perseguirnos en este punto, o confiesa abiertamente que hay que hacer desaparecer de la memoria de los hombres la religión cristiana, pues es la causa de que se engendren tantos tumultos y sediciones en el mundo. Por lo cual no debe perjudicar a nuestra causa el que Satán haya procurado por todos los medios impedir la obra de Cristo. Mucho más conveniente y necesario hubiera sido observar quién es el que ha procurado atacar todas estas sectas que han venido naciendo. Lo cierto es que nosotros solo hemos sostenido todo este gran peso, mientras vosotros dormíais en la ociosidad. Haga el Señor que tú, Sadoleto, y todos los tuyos comprendáis por fin que el único vínculo de unión eclesiástica consiste en que Cristo nuestro Señor (que nos ha reconciliado con Dios, su Padre) nos aparta de esta indisciplina, uniéndonos en la sociedad de su cuerpo para, de esta manera, mantenernos unidos en un solo corazón y pensamiento por su sola Palabra y por su espíritu.

Estrasburgo, 1 sept. 1539.

REDEFINIENDO LA ECLESIOLOGÍA

El documento de Juan Calvino nos propone una tarea de mucha pertinencia para las iglesias evangélicas, pentecostales y neo—pentecostales en América Latina, es la de reflexionar y definir con claridad lo que es la Iglesia, su origen y su propósito. Esta definición, por demás bien ilustrada en los manuales de teología, requiere de la prueba indispensable de la práctica misma para encontrar su confirmación o revisión. Muchos aspectos de la eclesiología en América Latina no fueron definidos aquí, sino recibidos como autoritativos por quienes nos los enseñaron. Sin embargo, con el pasar de los años, el crecimiento del liderazgo y la latinoamericanización del protestantismo, estas definiciones fueron dejadas a un lado para dar lugar a lo que la experiencia, la conveniencia y la practicidad dictaran.

En un ambiente predominantemente pragmático dirigido hacia el beneficio que significa el crecimiento numérico de las iglesias, este tema como otros no han sido analizados adecuadamente. En algunos casos se adoptaron posturas teológicas en «combo», es decir, un paquete completo que incluía la eclesiología, sin digerir ninguno de sus componentes.

En otros casos, se relegó la importancia de la reflexión teológica a un segundo lugar. Primero la acción y después si nos alcanza el tiempo, la reflexión, algo que ha sido característico de casi todas las expresiones teológicas en América Latina. En la actualidad estamos frente a una eclesiología definida por el pastorado. Es decir, el liderazgo que tiene la visión y la transmite a toda la congregación. Además define la organización, la manera como se accede a puestos de dirección, la administración de las ordenanzas, la aplicación de la disciplina y la práctica del culto en la iglesia.

Pareciera que la Iglesia se definiera por la existencia del pastor, de manera que hasta en la mención de muchas iglesias se recurre primero al nombre del pastor antes que al nombre que la congregación haya adoptado, se habla de que «la iglesia de fulano o la de sutano, se ha dividido, ha crecido o se ha trasladado. Esta observación no es purismo terminológico, es el retrato y reflejo de una realidad que debemos y podemos transformar a partir de la lectura y reflexión de aportes como los de Calvino en 1539 al responder al cardenal Sadoletto.

Dos pistas nos deja el documento que debemos aprovechar para nuestro necesario quehacer teológico en América Latina. La primera tiene que ver con la definición de la Iglesia a partir de su existencia misma comparada con el ideal de Cristo para ella. Este ejercicio que no es puramente intelectual sino pastoral y práctico Calvino lo expresa de manera concreta en su principal obra cuando dice: «He aquí cómo conoceremos a la Iglesia visible: dondequiera que veamos predicar sinceramente la Palabra de Dios y administrar los sacramentos conforme a la institución de Jesucristo, no dudemos de que hay allí Iglesia»¹⁵³ Calvino incluso admitió diferencias en la manera de administrar los sacramentos sin que eso rompiera la comunión de la iglesia¹⁵⁴ pero insistió en que la predicación y la práctica de los sacramentos eran quehacer indispensable para definir lo que es una iglesia. El **qué hace** la Iglesia nos muestra lo que **es** la Iglesia, y esto resulta muy importante para nuestro contexto, porque el hacer abunda, pero la reflexión escasea, y esta se requiere para evaluar si ese quehacer está en correspondencia o no con el ser. Por esa razón es inevitable hablar de la misión, como quehacer

¹⁵³ Juan Calvino. Institución de la Religión Cristiana, tomo II 4,1,9 . Rijswijk: FELIRE, 1967 p. 812.

¹⁵⁴ Ibid. 4,1,12 p. 814

de la Iglesia; en América Latina se le da mucha importancia en estudios recientes¹⁵⁵ a la variedad de expresiones de la misión por parte de Jesús, lo que tiene su origen no sólo en una variedad metodológica, sino en su contenido y propósito integral. El estudio de Mortimer Arias nos abre el compás para tomar no sólo la *gran* comisión de Mateo sino también las comisiones que Jesús dejó a sus discípulos en los otros evangelios. De ahí se puede corroborar que la misión de la Iglesia no es sólo una manera como ella hace algo por el mundo, sino principalmente la forma como expresa lo que es en el mundo. «Como tu me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo» (Juan 17.18 RV) expresa no un método sino una manera de ser a la que deben seguir los métodos y las estrategias, no al revés.

Esa reflexión teológica tiene un punto de referencia que constituye el segundo aporte de este documento, la centralidad de la Palabra de Dios. Hay muchas palabras pronunciadas en la iglesia de hoy, pero sólo una Palabra debe ser obedecida sin el reduccionismo del literalismo y el abuso del «espiritualismo». Para Calvino en el siglo XVI fue un gran descubrimiento recuperar la centralidad de la Palabra de Dios para la predicación, la enseñanza y la práctica cotidiana de la Iglesia misma. La doctrina, la disciplina, los sacramentos y ceremonias, la Cena del Señor, el rol de los pastores y la participación de la asamblea de los creyentes quedaron dispuestos para su funcionamiento a partir de esa Palabra que dicta y respalda las palabras subsiguientes.

¹⁵⁵ Mortimer Arias, Eunice Arias. *El último mandato, la gran comisión relectura desde América Latina*. Bogotá: Editorial CLARA Semilla, 2003

Es cierto que Calvino no estuvo exento de la tentación de confundir esas palabras con la Palabra, experiencia que hoy se repite por doquier. A pesar de esa dificultad no dejó de producir teológicamente a partir de esa Palabra y que no se limitó a sus grandes obras, sino a cartas, sermones, comentarios y tratados breves.

Así como crecen las iglesias, hay que propiciar un crecimiento de la predicación y enseñanza de la Palabra de Dios, la inmersión en el estudio de la Escritura no debe dar lugar a la vana repetición de *slogans*, anécdotas, testimonios y charlatanería que abunda en algunos de nuestros púlpitos. La gente tarde o temprano y quizá más temprano que tarde reclamará de sus líderes una exposición coherente, sencilla y pertinente de esa Palabra fundadora de la Iglesia; Dios por su parte lo demandará de los pastores y maestros. La migración permanente de creyentes entre las iglesias y los cultos de todo tipo es un síntoma de la falencia notable de una predicación sólida pero fresca; emotiva pero coherente y bíblica pero pertinente.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo define la *Iglesia* Calvino en este documento? ¿Qué similitudes y diferencias encuentra con la manera en que está definida la *Iglesia* en alguno de los documentos de su denominación o congregación?
2. ¿Cuál es el camino que Calvino propone para volver a restituir el cristianismo primitivo?
3. Compare los conceptos sobre la Cena del Señor que tiene Calvino con los de su denominación o congregación. ¿Qué implicaciones puede tener ese concepto en la manera como se concibe la vida cristiana hoy?
4. Calvino habla de la validación del profeta por la asamblea de creyentes ¿Cuál es el valor y la dificultad que representa el aplicar esa práctica hoy?

UNA OPCIÓN PASTORAL RADICAL:

Menno Simons¹⁷⁶

Nació en 1496 en Witmarsum, en la Frisia Occidental, hijo de un vaquero llamado Simón. De allí su apellido Simonsz o Simonszoon. Antes de ser ordenado al sacerdocio estuvo por un tiempo en un monasterio, probablemente en Bolsward. Aprendió el Latín y el Griego, estudió a algunos de los padres de la Iglesia como Tertuliano, Eusebio y Cipriano. Su ordenación al sacerdocio fue en marzo de 1524 cuando tenía 28 años de edad, después de la cual fue nombrado vicario de la parroquia de Pingjum, cerca de su ciudad natal. Allí estuvo siete años junto con otros tres sacerdotes. En 1525 al oír acerca de los hermanos suizos y sus propuestas en Zurich, comenzó a tener dudas sobre la transubstanciación y esto lo llevó a la lectura del Nuevo Testamento para satisfacer sus dudas. «En una cosa —escribió más tarde— me ayudó Lutero (en hacerme ver) que los ordenamientos humanos no pueden condenarnos a muerte eterna»¹⁷⁷

Aunque quedó convencido de que la transubstanciación era insostenible teológicamente, continuó administrando la misa como siempre durante varios años. Pero fue el tema del bautismo el que despertó de nuevo sus dudas, pues hacia 1529 descubrió que Cipriano había autorizado el bautismo de adultos, lo que había leído en textos de maestros de su tiempo. En 1531 tuvo noticia de la muerte de Sicke Freerks, un anabaptista que había animado a los hermanos Philips a unirse a la alianza hoffmanita.¹⁷⁸ Aunque la causa por la que había muerto Sicke

¹⁷⁶ Datos sobre su vida se encuentran en varias biografías, Harold Bender, Horsch John Menno Simons su vida y sus escritos. Scottsdale: Herald Press, 1989. En esta parte se toman datos de George H. Williams, *Op. Cit.* 423ss

¹⁷⁷ *Ibid.* p. 424.

¹⁷⁸ Los hermanos Obbe y Diertich Philips fueron líderes del movimiento que atrajeron a Menno a sus filas. Melchor Hoffmann fue un líder del movimiento en Holanda con un énfasis apocalíptico muy marcado lo que produjo rechazo de algunos de sus amigos.

fue el rebautismo, Menno quedó muy impresionado por la radicalidad del nuevo movimiento. Buscó en el Nuevo Testamento algún argumento a favor del bautismo infantil y no lo encontró. Pero contrariamente a lo que se esperaba, Menno no se unió a ninguno de los grupos de hoffmanitas que había en sus alrededores, sino que aceptó un ascenso en su posición eclesiástica al ser nombrado párroco de Witmarsum. Más tarde reconoció que aceptó ese cargo porque quería tener reconocimiento y figuración, pero tenía poca convicción para desempeñar ese cargo, «sin espiritualidad ni amor»¹⁷⁹ Luchando con las contradicciones internas entre catolicismo y protestantismo, escribió contra los excesos del anabaptismo radical y en 1535 escribió contra los munsteritas¹⁸⁰ quienes dirigidos por Juan de Leyden condujeron a la población a una masacre inolvidable para Menno. Fueron los excesos de este movimiento los que condujeron a Menno a romper con Roma, para ponerse a la cabeza del desconcertado y resquebrajado movimiento de hoffmanitas que estaba muy cerca de él. El 7 de abril de 1535 un grupo de anabaptistas radicales que se dirigían a Münster, se escondieron en un viejo monasterio y finalmente fueron sitiados y vencidos por la fuerza. En ese incidente murió Pedro Simmons, hermano de Menno que tenía el cargo de portero de la reina de Münster¹⁸¹ Menno se había opuesto al uso de los medios violentos para alcanzar las metas de la Iglesia y desde ese momento decidió guiar al movimiento que estaba sin dirección y muy desprestigiado.

¹⁷⁹ George H. Williams, *Op. Cit.* p. 426.

¹⁸⁰ Seguidores de Juan de Leyden, un radical apocalíptico y que proclamó la poligamia diciendo que el AT le daba base para vivir de esa manera. En algunas ocasiones se confunde **Münster** la ciudad donde germinó este movimiento con Tomás **Müntzer**, otro líder del anabautismo y de la tendencia radical.

¹⁸¹ George H. Williams, *Op. Cit.* p. 426.

A pesar de que intentó trabajar desde el púlpito católico de Witmarsum, el 30 de enero de 1536 abandonó el oficio sacerdotal, desapareciendo así de la vida pública. Asumir el liderazgo de un movimiento decadente y desgastado siempre ha sido una de las marcas destacadas de la conversión de Menno «gracias a una asidua lectura y meditación de las Escrituras, y por el favor y el don benevolente de Dios, y no por haber seguido el ejemplo de sectas equivocadas, según lo cuentan de mí algunos»¹⁸²

Obbe Philips parece haber sido el líder que guió en sus primeros pasos como anabaptista a Menno, lo bautizó y lo ordenó al ministerio. Menno en este sentido fue llamado no sólo rebautizador sino reordenacionista, porque fue ordenado de nuevo al afirmar que ahora había sido llamado por Dios para asumir el pastorado de una comunidad que se encontraba en una situación deplorable y no una iglesia que le podía ofrecer garantías y comodidades.

Se casó en 1536 con una tal Gertrude, de quien no se sabe mucho, pero al parecer lo acompañó en sus reiterados viajes provocados por la inseguridad en que vivió después de su conversión. Respecto a su vida durante estos años decía: «Yo con mi pobreza y con mi débil esposa e hijos he arrastrado durante dieciocho años angustia, opresión, aflicción, miseria y persecución excesivas».¹⁸³

En 1543 dejó Holanda para ir hacia el norte de Alemania, donde estuvo en Colonia por dos años y luego en Holstein en 1546. Allí pudo deliberar sobre varios temas con las comunidades y líderes anabaptistas. Uno de los temas que tuvo que aclarar

¹⁸² George H. Williams, *Op. Cit.* 427.

¹⁸³ William Estep, *Op. Cit.* 120

progresivamente y debido a malas interpretaciones, fue su cristología, la que fue afinando poco a poco con base en el estudio de las Escrituras. Después de una controversia entre anabaptistas sobre el tema escribió un tratado sobre el *Dios Triuno*.¹⁸⁴

En un decreto de 1545, de la condesa Anna de Oldenburg regente de Frisia Oriental, apareció por vez primera el nombre de menonitas para referirse al movimiento que debían aplacar; esto es una evidencia del liderazgo que ya había alcanzado Menno. En 1554 se vio obligado a cambiar de residencia y se estableció cerca de Hamburgo, luego fue a territorios de Fresenburgo donde el barón de aquella región había permitido el establecimiento de los menonitas. Allí se mantuvo hasta su muerte en 1561 debido a una enfermedad. Sin embargo, sus últimos días estuvieron marcados por la actividad pastoral y las controversias entre los hermanos, especialmente sobre el tema de la excomuni3n.¹⁸⁵ Menno escribió varios documentos, textos y tratados con los que procuró darle coherencia al movimiento, entre los cuales se destaca *El Fundamento de la doctrina Cristiana*, escrito y revisado hacia 1554, publicado en holandés en 1558, en alemán en 1575 y luego en inglés. Esta obra tenía un doble propósito: aclarar algunas cuestiones sobre los munsteritas y explicar a la hermandad las doctrinas de la Biblia. Además escribió tratados breves y con tono pastoral sobre la excomuni3n, la disciplina de la Iglesia, la encarnaci3n de nuestro Se3or, etc3tera, como puede verse en la selecci3n de sus obras.¹⁸⁶

¹⁸⁴ John Christian Wenger, editor. *The complete writings of Menno Simons 1496—1561*. Scottdale: Herald Press, 1956, pp. 487—498

¹⁸⁵ William Estep, *Op. Cit.*, p. 123 y 124.

¹⁸⁶ John Christian Wenger, editor. *The complete writings of Menno Simons 1496—1561*. Scottdale: Herald Press, 1956 Esta es la mejor colecci3n de documentos de Menno y de inmenso valor hist3rico—teol3gico ya que en la mayori3a de los casos no hay recopilaciones tan completas sobre la reforma radical.

TEOLOGÍA EN MEDIO DEL SUFRIMIENTO

En esta ocasión hemos incluido dos documentos que más por contenido que por brevedad ameritaban estar juntos. El primero es *Una patética súplica a todos los magistrados* y el segundo que consta de tres partes comienza con *La cruz de los santos excusas de los perseguidores*.

Una patética súplica a todos los magistrados fue publicada en 1552, es una apelación a las autoridades para que cese la persecución, mencionando que los perseguidos y bautizados en sangre sólo han cometido un delito, seguir la Palabra de Dios. Este fue uno de los tratados publicados en el dialecto de la región báltica del norte de Alemania, con lo que se muestra el interés de ser bien comprendido entre sus vecinos.

Además de ser una crítica a la injusticia de la persecución, muestra una perspectiva más positiva y favorable del estado. Existe la posibilidad, y quizá la esperanza, de que haya príncipes cristianos que actúen conforme a la voluntad de Dios al mantener el orden civil. En ese estado no habría guerras ni persecución aunque existiría la *espada* de la paz civil.

En esta súplica se refleja el interés en superar la persecución apelando al buen juicio de los gobernantes, pero también se refleja una visión más realista del futuro del movimiento, por considerar que ya habían caído suficientes mártires como para que continuara ese exterminio sin fin. La súplica se asocia más con el deseo de que el movimiento tenga un respiro, antes que con la convicción de una respuesta favorable de parte del estado, pues en el escrito mismo se expresa el compromiso de defender la fe hasta dar la vida misma.

Por otra parte el documento quiere despejar dudas acerca del origen y contenido de las ideas anabaptistas que fueron rápidamente asociadas con otros movimientos más radicales

del período, con los que si bien existían algunas similitudes Menno quería diferenciarse lo más clara y rápidamente posible. ¡Hay que parar la persecución!, parece decir Menno a los magistrados, hay que reconocer quienes son los delincuentes y no confundirlos con quienes sólo desean expresar su fe bíblica en obediencia y amor para con Dios. La depuración de lo que era el anabaptismo biblicista alcanza en este documento una buena definición, lo que era más que necesario para el momento; era urgente, de vida o muerte para el anabaptismo en sí mismo. El otro documento corresponde a un texto más amplio. Aquí se sigue la traducción de John H. Yoder. En la primera parte Menno habla del martirio continuando con la diferenciación entre los anabaptistas y los munsteritas, corroborando lo que ya ha venido explicando en el texto anterior dirigido a los magistrados. En éste comienza a introducirnos en lo que significa el martirio, el cual en sí mismo no es bueno ni agradable para nadie, pero sirve para que los propósitos de Dios se lleven a buen término. Aquí encontramos una idea que puede parecer contraria al espíritu de la petición ante los magistrados, porque a los cristianos les dice que el martirio es inevitable en algunos momentos de la historia y de la vida del cristiano y que sirve aún como disciplina para la Iglesia que se ha de mantener fiel a la voluntad de su cabeza.

La persecución tuvo lugar en la vida de Jesús mismo y no la esquivó ni la suprimió para sus discípulos, por el contrario les advirtió que sería parte de su ministerio y cotidianidad. Es por eso que los jóvenes discípulos no deben sorprenderse por lo que está ocurriendo ya que estaba profetizado y hacía parte de la formación y disciplina que Dios usó con su pueblo elegido y con su hijo amado.

UNA PATÉTICA SUPLICA A TODOS LOS MAGISTRADOS (1552)¹⁸⁷

A todos los piadosos, benévolos y verdaderos magistrados, señores, príncipes y superiores: nosotros ciertamente pobres, miserables y dispersos os deseamos continua prosperidad muy feliz reinado, en toda piedad, de Dios nuestro Padre Celestial mediante Jesucristo nuestro Señor y Salvador. Amén.

Una Patética Súplica

Como es de general conocimiento, nobles, honorables y bondadosos señores, hay quienes son mucho más diligentes respecto a la Ley de Teodosio (aunque ésta fue dictada por el buen emperador bajo presión de los sanguinarios obispos de antaño), en cuanto al Mandato de Carlos V y a la Condenación Imperial decretados en nuestros tiempos respecto a los así llamados anabaptistas (son más diligentes, decimos) respecto a estas cosas que a la Palabra de Dios. Y no ven que estas cosas¹⁸⁸ no surgen de ningún bautismo sino de los malvados errores cometidos en práctica y en doctrina por gente bautizada. Porque si la antes mencionada Ley, Mandato y Condenación fueran destinados al bautismo más bien que a las malas obras cometidas en cada caso por los bautizados, entonces aun el mismo Cristo Jesús, todos los apóstoles, Cipriano Mártir, así como los obispos africanos, el concilio de Nicea y también el apóstol Pablo, serían por ellos declarados malhechores públicos. Esto está más allá de toda controversia.

¹⁸⁷ John H. Yoder. *Textos escogidos de la Reforma Radical*. Buenos Aires: Aurora, 1976 pp. 365—402 en esta oportunidad no se ha incluido la primera parte que es autobiográfica. Yoder tradujo el texto integral de un tratado de 1552. Wenger, *Obras*, p. 525ss.

¹⁸⁸ «Estas cosas» quiere decir las acciones prohibidas por las leyes imperiales. A pesar de su perspectiva crítica frente al origen de las leyes (presión de obispos), Menno no niega toda la legitimidad a sus proscripciones. Prefiere sostener que los anabaptistas no son culpables de las tales ofensas.

Firmemente desaprobamos a los donatistas, a los circumcelliones¹⁸⁹ y a los münsteritas, así como a todos los errores, fechorías y abominaciones contemporáneas (contra los cuales en tiempos antiguos fue dictada la Ley de Teodosio y ahora el Mandato del Emperador y la Condenación Imperial, como ha sido dicho) y, por principio de nuestra enseñanza y doctrina, los desaprobamos. Y nosotros, ante Dios y Sus ángeles, no buscamos en este mundo otra cosa que obedecer la clara e impresa Palabra del Señor, Su Espíritu, Su ejemplo, Su mandamiento, prohibición práctica y ordenanza (por lo cual todo en el reino e iglesia de Cristo tiene que ser regulado como a Él le agrada) conforme a nuestra debilidad en toda sujeción y obediencia. Nuestra lastimosa tribulación, opresión, miseria, angustia, confiscación y ejecución testifican esto por doquier. Por lo tanto, ante Dios y ante los hombres esto completamente anticristiano. Sí, es una clara violencia e injusticia que nosotros solamente por el asunto del bautismo (un bautismo que podemos defender poderosamente con la Palabra de Dios y con la doctrina práctica apostólica contra toda la sabiduría y filosofía humanas) seamos clasificados y castigados junto con los circummelliones (quienes conforme al testimonio de la historia cometieron tan inauditas tiranías) y con los de Münster que contrariamente a la Palabra de Dios y a toda evangélica Escritura y también contrariamente a procedimientos correctos, establecieron un nuevo reino, incitaron al tumulto, introdujeron la poligamia, etcétera. A todas estas cosas nos oponemos

¹⁸⁹ Los donatistas y circumcelliones eran movimientos moralistas e independientes en las provincias africanas de Roma en los siglos tercero y cuarto. Contra ellos se dirigió la legislación represiva del emperador Teodosio, favoreciendo la única iglesia romana establecida. La continuidad entre la represión teodosiana y la del siglo de la Reforma no era invención de Menno sino que representa la interpretación oficial tanto protestante como católica.

vehementemente con la Palabra de Dios, las condenamos y censuramos. Esto es evidente y tangible por todos nuestros actos y actividad pública.

En primer lugar, por lo tanto humildemente deseamos rogar a vuestras nobles altezas, honorables y sabios señores, por la causa de Cristo, que toméis cuidadosa nota con piedad y amor paternal de cuán dolorosamente vuestros infelices súbditos (que sin embargo fueron creados por el mismo Dios, fueron comprados con el mismo tesoro, y comparecerán finalmente ante el mismo juez) son calumniados por todos. Calumniados especialmente por los predicadores en todas partes y sin falta alguna de su parte. Son escarnecidos, violados y en algunos lugares eliminados sin piedad ni compasión como proceden los hombres con los malvados y perversos; son entregados a las aves del cielo; son (como también lo fue Cristo nuestro capitán) amarrados a ruedas y estacas, de tal modo que algunos de nosotros, y no pocos, tenemos que andar errabundos, desnudos y despojados en tierras extranjeras con nuestros y débiles esposas e hijitos, privados de patria, de nuestra herencia y del fruto del esforzado trabajo. Y todo esto por una sola razón, el Señor lo sabe. Porque no nos asociamos con los predicadores que por su doctrina, sacramentos y conducta se oponen a la Palabra del Señor, porque nosotros practicamos correctamente el bautismo y la Cena del Señor, porque evitamos toda idolatría, justicia propia y abusos tal como es requerido por las Escrituras, y porque deseamos, hasta donde lo permite nuestra debilidad, temer fervientemente al Señor y seguir la justicia. Tened la bondad, en piadoso temor, de reflexionar sobre lo que Dios requiere de vuestras altezas. Y esto es que, sin discriminación alguna de personas, juzguéis entre uno y otro hombre, protejáis a los atropellados de quien comete el atropello, como el Señor

lo dice; ejecutéis juicio y justicia; amparéis del violento a aquel que es despojado; no abuséis del extranjero, ni de la viuda ni del huérfano, no hagáis violencia a hombre alguno, y no derramáis sangre inocente. En esta forma vuestros despreciados siervos y desdichados súbditos, habiendo escapado de la boca del león, podrán servir en vuestros dominios y bajo vuestro paternal cuidado y graciosa protección, servir al Señor en tranquilidad y paz, y piadosamente ganar su pan, como lo requiere la Escritura. Después, requerimos que vuestras nobles altezas, a la luz de la Palabra de Dios que nunca extravía y del vivo ejemplo de Cristo y de la inocente piedad de todos los santos, examinen cómo es un verdadero cristiano. Porque si leer la liturgia, cantar, administrar el agua, el pan y el vino, tener nombre y fama son cosas que hacen al hombre verdadero cristiano, entonces ciertamente habría enormes cantidades de cristianos. ¡Pero no, queridos señores, no! La Palabra de Dios no reconoce otros cristianos sino aquellos a quienes se les ha predicado la pura doctrina de Cristo en el poder del Espíritu y que la han aceptado en verdadera fe por la obra del Espíritu, y que por la vida simiente de Dios han nacido de nuevo en Cristo Jesús y que, por el poder de ese nacimiento, han sepultado en verdadera penitencia la pecaminosa vida antigua y se han levantado resucitando en Cristo. Esta es gente que, pese a su debilidad, desea obedecer la santa voluntad del Señor, Su Palabra, Su ejemplo, Sus ordenanzas y mandamientos, y de corazón desean morir a todo lo que sea contrario a esto. Valientemente luchan contra todo vano y erróneo pensamiento y todo ofensivo pecado que aún surgen de nuestra heredada naturaleza adámica y —con entristecidos y quebrantados corazones— lamentan diariamente ante Dios su humana debilidad, fracaso y transgresiones. Hay personas que están listas para tomar la

cruz del Cristo y por el testimonio de su Santa Palabra a abandonar padre, madre, esposa, esposo, hijos, bienes y propiedades y aún la misma vida, si es que la honra de Dios lo requiere. En una palabra, tienen la mente de Cristo, están en Cristo y Cristo está en ellos; son guiados por Su Espíritu y con verdadera fe, firme confianza y viva esperanza en toda prueba y tribulación, permanecen incommovibles en la Palabra del Señor. De manera que es plenamente manifiesto que nuestros fieles hermanos y hermanas en Cristo Jesús, aquellos queridos compañeros en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Cristo (Apocalipsis 1.9), aman y temen al Señor su Dios. Y lo aman tan fervientemente que estarían dispuestos a entregar como presa a los sanguinarios su buen nombre y fama, dinero, propiedades, carne y sangre, y todas las cosas que puedan apelar a la naturaleza humana. Harían todo esto antes que consciente y voluntariamente hablar falsedades o actuar hipócritamente contra la Palabra de Dios. Deseamos, pues, sea aquilatado por vuestras altezas si tales personas son tan peligrosas y malvadas como, ay, escandalosamente muchos dicen que son. Sí, queridos señores, en la Palabra de Dios está todo el placer de ellos; sus bocas rebosan palabras de sabiduría; su amor tiene el aroma del precioso óleo de la cabeza de Aarón; sus oraciones son el noble incienso ante el arca de Dios; sus vidas resplandecen como candeleros de oro en la Casa del Señor. Y ellos nada buscan en este mundo sino servir a todos en justicia y salvar a muchos de la eterna perdición de sus almas por la gracia de Dios y el poder del Espíritu y la Palabra. Desean ganarlos para Cristo y así, por la graciosa ayuda y por el don de Dios en Cristo Jesús, mejorar el breve tiempo de esta habitación terrenal para la alabanza de su Dios y el servicio de su prójimo y ser salvos para toda la eternidad.

¡Y si esto es herejía y diabólica seducción —como los predicadores afirman a voces— entonces el Hijo de Dios, Cristo Jesús, y todos los profetas, apóstoles y encumbrados testigos de Dios hubieran sido todos manifiestamente herejes! ¡Y en ese caso la Santa Escritura, que no enseña otra cosa que mejoramiento moral y siempre señala a Cristo, no tiene que haber sido engaño y falsedad! No puede negarse que ellos —en cuanto pueden— todo lo que hacen lo hacen en conformidad con la Palabra del Señor, Su Espíritu, vida, mandamiento, prohibición y ordenanza. Así lo atestiguan sus actos manifiestos ante todo el mundo. Nosotros y ellos, pues andamos en un Espíritu y, ante Dios en Cristo Jesús, no buscamos otra cosa que, en nuestra pobre fragilidad, ser cristianos, como ha sido ya dicho. De manera que entonces esperamos por la gracia del Señor que vuestras excelencias no descubran en toda la eternidad otra cosa en vuestros humildes siervos (nos referimos a aquellos que son lo mismo que nosotros en fe y conducta). Por esto rogamos a vuestras nobles excelencias nuevamente, por causa de Cristo, pongáis a un lado todo pensamiento hostil contra vuestros pobres huérfanos. Consideradnos con paternal y genuinamente benévolo corazón y nunca más imaginéis que tenemos otra intención, aunque fuésemos tan numerosos como las matas de hierba, en los prados y los granos de arena en la costa del mar. Pero esto último nunca sucederá dado que el camino es tan angosto y la puerta tan estrecha, tal como Cristo Jesús (cuyo nombre llevamos) nos enseñó con Su propia boca, y Sus santos apóstoles predicaron por todo el mundo, afirmando el santo evangelio y declararon con su vida y muerte.

En tercer lugar, requerimos de vuestras nobles altezas que con corazón sabio observen lo que, conforme a las Escrituras, sucede a quienes se jactan del conocimiento de Cristo, cuán

mortalmente la filosa espada de la ira golpea en todas direcciones. Grande y severa es la venganza del Señor; el fuego de Su ira está encendido. Y si el Señor en Su gracia no lo apaga, tanto el árbol verde como el seco, como dice el profeta, serán consumidos. La profecía de Cristo respecto a los últimos días, así como las de Daniel y de los apóstoles, están en vigencia. La destructora espada del Señor resplandece por doquier y sus sangrientos dardos se abren paso en toda la tierra. Un reino desafía a otro reino, un dominio a otro dominio, una ciudad a otra ciudad; vecino contra vecino y amigo contra amigo. Algunos de vuestros súbditos son muertos a espada, otros son encarcelados, y hay ciudades y ciudadelas que son desbastadas y destruidas. La pobre gente, en su mayor parte inocente en estos casos, se despojaba, sometida a abusos, obligada al pago de exacciones, quemada y completamente arruinada; muchísimos son obligados a llevar una vida vergonzosa y deshonesto, una grave epidemia o pestilencia sigue a otra; una hinchazón lleva a otra. Tanto en los mares como en tierra oímos acerca de tempestades, desgracias y daños. En una palabra, el persistente y duro castigo testifica que el Señor está ofendido. Y aun así el malvado mundo no se enmienda sino que diariamente va de mal en peor.

Cada cual se jacta de ser cristiano y de tener la Palabra de Dios, aun cuando toda su ambición y conducta es contraria a Cristo y la palabra de Cristo. Si uno se dirige a los magistrados —quienes tendrían que conocer el camino del Señor y la ley de Dios— como lo hizo Jeremías, entonces uno descubre que ellos han quedado el yugo y roto las coyundas. Si vamos a los predicadores, descubrimos en ellos una actitud de Caín, opuestos a todos lo que temen al Señor, una incurable obsesión por el dinero y una avaricia de Balaam, una doctrina frívola y liberal,

sacramentos idolátricos, y una vida sensual, hueca y perezosa que cualquiera puede ver. Si nos volvemos a la gente común, allí vemos devoradora codicia, francachelas y embriagueces, mentiras y fraudes, maldiciones y juramentos, con algo de adulterio y fornicación, con saqueos y pillaje, robo y homicidios. Sí, los hombres se conducen en tal manera —¡ay!— que uno bien puede suspirar y lamentar con el piadoso Oseas, que ni fidelidad, ni amor a la Palabra de Dios, quedan ya en la tierra, sino que la blasfemia, la mentira, el hurto, el homicidio y el adulterio se han apoderado de todo, y la sangre toca a la sangre. Uno puede concordar con Pablo en que todos se han descarriado y vuelto vanos, que no han conocido camino de paz; y con el Apocalipsis en que los pecados de ellos han llegado al cielo. Querido Señor, ¿cuánto más ha de durar todavía esta terrible y grande ceguera, blasfemia, error y abominación; esta vida voluntariamente desordenada?

Arrepentíos, nobles señores, y sed penitentes con penitencia aceptable a Dios. Humilláos con el rey de Nínive, despojáos de las malvadas y manchadas ropas del pecado; acudid a las cenizas de la humillación; clamad al Señor con espíritu quebrantado; rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras, como dice el profeta. Dejad que el piadoso Ezequías sea vuestro ejemplo, pues él volvió a la ley del Señor con todo su corazón y alma, mente y fortaleza, tan pronto como le fue leída la Ley de Dios en el libro recuperado.

Queridos señores, buscad a Dios, temed a Dios, servid a Dios con toda vuestra fuerza. Haced justicia a las viudas, a los huérfanos, a los extranjeros, a los afligidos, a los oprimidos. Lavad de sangre vuestras manos. Gobernad vuestros territorios con sabiduría y paz. Apercibíos en pensamiento, palabra y obra según Cristo Jesús, seguid en sus pisadas. Entonces, aunque

vuestros pecados fuesen rojos como la sangre, se harán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí se volverán como la lana. Porque el Señor no se complace en la muerte del pecador, sino en que se arrepienta y viva.

Los que se jactan de ser la Iglesia son tan por completo extraños a Cristo que lo único que tienen de Él es el nombre. La sal (es decir, los predicadores) ha perdido tan completamente su sabor que deteriora más que preserva; pues ellos lisonjean más que reprueban; buscan la ganancia temporal más que la gloria de Dios. Por lo cual ellos todos, predicadores y congregación, andan por el ancho camino que lleva a la condenación. No hay nadie que los haga volver a su camino, como se queja el profeta. Pero nosotros deseamos, y Dios bien lo sabe, que todos los hombres experimenten sincero arrepentimiento y sean salvos para que así la ciudad caída, la cual es iglesia, pueda ser reedificada sobre su antiguo fundamento, es decir, sobre las firmes bases de los apóstoles y la inalterada doctrina de Cristo, y entonces dar así testimonio de una piadosa y arrepentida vida ante todo el mundo conforme a las Escrituras. A causa de todo esto nosotros somos tan odiados por los clérigos eruditos que debido a su escandalosa vociferación y agitación nos vemos forzados a dejar nuestras posesiones a los ladrones, nuestra carne al verdugo, y algunos de nosotros tenemos —a causa de la angustia, burlas y escándalo— que andar errabundos en tierras extranjeras como ya hemos dicho.

Y así, nosotros, afligidos y tristes, humildemente rogamus a vuestras excelencias por tercera vez, en nombre de Jesús, que reflexionéis cuidadosamente sobre este asunto. Y haced el favor, con cristiana fidelidad de compararnos a nosotros con los predicadores conforme al tenor del siguiente escrito dirigido

a ellos con las condiciones allí estipuladas,¹⁹⁰ para que así nuestra inocencia pueda al fin ser establecida con la Palabra de Dios, para que los inocentes no sean ya condenados, contrariamente a la Palabra de Dios, y los culpables no sigan siendo defendidos en su injusticia. Si, bondadosos, señores, si esto finalmente llega a suceder, sin parcialidad y en el temor de Dios, entonces vosotros, por la gracia de Dios, pronto descubriréis sin error de qué lado está la verdad, y que la doctrina, los sacramentos y la conducta de los clérigos no están de acuerdo con las Escrituras sino que son engañosas y contrarias a la Palabra de Dios.

¡Oh, queridos y nobles señores, por favor, no despreciéis nuestra cristiana y auténtica súplica, sino aceptadla con amor inmaculado! Porque ello concierne a la alabanza del Todopoderoso Dios, a Su eterna Palabra y verdad y a la eterna salvación del alma de cada uno de nosotros, almas tan afanosamente buscadas y tan amorosamente compradas por Su sangre carmesí. ¡Ay, es tan grande la diferencia entre vivir por siempre con Cristo Jesús en el trono de los cielos, o perecer con los demonios en el infierno!

Bondadosos señores, estamos en profundo abatimiento y angustia, estamos sometidos a terror por dos lados. Porque si seguimos la verdad (como esperamos por la gracia y ayuda de Dios hacerlo cada día) entonces nos volvemos presa común. Y si cedemos y regresamos al camino ancho (del cual nos guarde siempre nuestro misericordioso Padre) entonces caemos en las manos de Dios y tendremos que sufrir Su ira eternamente. La salvación de nuestra alma significa más que lo que el ojo

¹⁹⁰ Al mismo tiempo que el presente tratado, Menno publicó otro titulado *A todos los teólogos. Una breve defensa*. Wenger, *Obras*, p. 535ss.

humano puede ver. Alguna vez aquella graciosa y amante palabra será escuchada: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros». También la terrible palabra con la cual todos los que desobedecen a Cristo son amenazados, la cual cuando es verdaderamente creída, parte nuestro cuerpo y alma: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Dichoso el hombre a quien se le halle velando; con su lámpara preparada y el vestido de bodas listo. ¡Sí, benditos los que son invitados a la cena del Cordero! Nobles señores, no estamos haciendo chistes. No estamos jugando con palabras. Lo que escribimos es lo que sentimos en lo profundo de nuestros corazones, tal como nuestras severas pruebas, pesadas cadenas, vida y riesgos de muerte, testifican y declaran.

¡Que el grande y misericordioso Señor Jesús —que es Señor de señores y Rey de reyes— conceda a vuestras nobles altezas y honorables excelencias, conocer la verdad, fielmente andar en ella, piadosamente gobernar vuestras ciudades y provincias en dichosa paz, para la alabanza de vuestro Dios y la salvación de muchas almas! Esto deseamos con todo nuestro corazón. Amén. De cierto os digo que en cuanto lo habéis hecho a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mateo 25.40).

Los fieles y obedientes súbditos de vuestras nobles altezas y honorables excelencias, lo cual somos por voluntad de Dios y mediante su gracia.

LA CRUZ DE LOS SANTOS, EXCUSAS DE LOS PERSEGUIDORES¹⁹¹

Procederemos ahora a mostrar, en nombre del Señor y con pocas palabras, cuán débiles e inadecuadas son las excusas aducidas por aquellos que nos persiguen. Excusas que no pueden permanecer ante Dios más que la paja y el azufre pueden permanecer ante el fuego. Sin embargo, ellos piensan excusarse a sí mismos y mostrar que están haciendo lo recto al así molestar y dañar a los rectos. Porque todos los pecados son de tal carácter que ellos buscan su propia cobertura y excusa. No importa cuán vergonzosamente uno se conduzca, no desea ser considerado como inicuo, sino como justo, piadoso y genuinamente cristiano.

A: En primer lugar, aquellos que nos persiguen dicen que nosotros somos como los de Münster, y que no somos obedientes a los magistrados.

A/I: Ante todo respondemos diciendo que estamos de acuerdo en que los münsteritas eran sedicioso y que en muchas cosas, obraron contrariamente a la Palabra de Dios. Pero negamos ser parte de ellos pues odiamos y nos oponemos con toda nuestra alma a sus sediciosas abominaciones tales como reyes, poder terrenal, espada, etcétera. Y también aborrecemos la poligamia, el tener tratos con el mundo y similares vergüenzas y abominaciones. No queremos comer, beber ni tener comunión alguna con ellos, conforme a la doctrina de Cristo y de Pablo,

¹⁹¹ El texto presente constituye aproximadamente la mitad de la obra *Una amonestación consoladora acerca del sufrimiento, de la cruz y de la persecución de los santos a causa de la Palabra de Dios y de su testimonio*, Wenger, Obras, pp. 602—622. Los elementos precedentes que omitimos trataron de

- I. Quienes son los Perseguidores;
- II. Por qué persiguen a los Santos;
- III. Ejemplos bíblicos.

Intercalamos letras y cifras para hacer más visibles los puntos de su argumentación.

a menos que ellos renuncien a sus errores y se vuelvan sanos y sensibles en doctrina de salvación.

Los papitas y luteranos no son iguales sino diferentes. Así también nosotros somos básicamente distintos —y más aún— de los münsteritas y de ciertas otras sectas que surgieron de ellos. Que esto es verdad lo hemos mostrado en escritos, por nuestra propia vida y por testimonio oral ante señores, ante príncipes y ante todo el mundo. Ha sido demostrado, además por la sangre de muchos piadosos cristianos que fluyó como agua en numerosos países, y por muchos años, hasta el presente. Que el mundo no desee creer esto es algo que no podemos remediar. Pero testificaremos que nuestros corazones y conciencias están libres y puros ante Dios de toda sedición, odio, venganza y sed de sangre. Seriamente tratamos de vivir, cuanto sea posible, en paz con todos los hombres, conforme a la doctrina de Pablo. Y si no nos es posible mantener la paz con ellos, entonces tampoco deseamos vengarnos nosotros mismos sino que nos confiamos a aquel que dice: «Mía es la venganza, yo pagaré»; y dejamos solamente a Él todas nuestras preocupaciones, así como lo han hecho Jeremías y todos los rectos desde el principio.

A/2: En segundo lugar, respondemos preguntando: ¿por qué tan indiscretamente nos acusan de sedición, pese a que ven que somos completamente libres e inocentes de tal sedición? ¿Y por qué no advierten, en cambio, sus propias devoradoras, sangrientas y homicidas sediciones, las cuales —¡ay!— no tienen medida ni fin por lo que uno puede ver? Oh, querido Señor, cuántos principados, ciudades y países han ellos arrasados? ¿Cuántos fuegos han encendido? ¿Cuántos centenares de miles han matado ellos? ¿Cómo han ellos robado, esquilado y despojado de sus bienes al pobre campesino que gustosamente

hubiera mantenido la paz y que era del todo inocente de las rivalidades entre los príncipes! ¡A cuantas esposas de hombres nobles y a cuántas vírgenes han ellos deshonrado! ¡Cuántas bestiales, inhumanas e infernales atrocidades ellos cometieron y continúan cometiendo diariamente? Y todo esto ellos no lo notan. Sí, tiene que ser hecho en buen estilo y con finura. ¿En que manera todo esto concuerda con la doctrina, la naturaleza y el espíritu de Cristo? ¡Cuan hermosamente concuerda esto con la actitud de inocentes niños a quienes los cristianos deben parecerse en malicia; o con los indefensos corderos y las sencillas palomas que las Escrituras nos señalan! Si las autoridades temporales no tiene la disposición y el espíritu de Cristo, entonces todos ellos deben reconocer que no son cristianos. Soy bien consciente que estos tiranos (que no se jactan de ser cristianos) justifican y convalidan su abominable hostilidad, sedición y derramamiento de sangre refiriéndose a Moisés, a Josué, etcétera.¹⁹² Pero no reflexionan que si Moisés y sus sucesores sirvieron en su día con la espada de metal ahora Cristo nos ha dado un nuevo mandamiento y nos ha ceñido con otra espada (no estoy hablando de la espada de la justicia, porque ése es asunto diferente, sino que hablo de la guerra y de la sedición). No reflexionan ellos que la mismísima cruz, la espada, que ellos esgrimen contrariando las escrituras evangélicas, es usada por ellos para herir a sus propios hermanos; es decir: a aquellos que son de la misma fe, que han recibido el mismo bautismo y que comen el mismo pan con ellos y que, por lo tanto, son miembros de uno y el mismo cuerpo. ¡Ay, cuán extraña y sangrienta agitación han promovido los luteranos

¹⁹² Particularmente la tradición zwingliana apelaba al Antiguo Testamento para justificar el concepto de la religión oficial y, por consiguiente, de la persecución.

durante varios años para introducir y fundamentar su doctrina! Dejaré que ellos recapaciten sobre esto.

Sin embargo, nosotros, que somos inocentes, tenemos que ser llamados herejes sediciosos, y ellos, píos y pacíficos cristianos. ¡He ahí cuán tristemente está entenebrecido el entendimiento de este mundo! Bien, que ellos nos traten entonces como gusten. El misericordioso Padre de gracia seguramente nos preservará de todo abominable disturbio, como los que han causado los münsteritas, cosas que, lamentablemente, todavía están en boga entre nuestros confundidos cristianos.¹⁹³ Porque por la gracia de Dios que ha llegado a nosotros, hemos convertido nuestras espadas en arados y nuestras lanzas en horquillas, y nos sentaremos bajo la verdadera viña; es decir, Cristo, bajo el Príncipe de Eterna Paz. Y nunca más nos prepararemos para conflictos carnales ni para guerras de sangre.

A/3: En tercer lugar, respondemos no conocer ni usar otra espada que aquella que el mismo Cristo trajo a la tierra desde los cielos, y la cual los apóstoles esgrimieron con el poder del Espíritu; es decir, la que procede de la boca del Señor. Esta espada del Espíritu es más aguda que ninguna espada de dos filos, penetra hasta partir del alma y del espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Con esta espada, y no con ninguna otra, queremos destruir el reino del diablo, reprender toda maldad, implantar la justicia, poner al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, a la madre contra la hija y a la hija contra la madre. Y esto en la medida que Cristo Jesús y sus santos apóstoles lo han hecho en este mundo. No me estoy refiriendo aquí a los profetas Elías

¹⁹³ «Cristianos mixtos» o «confundidos» quiere decir que mezclan en sus prácticas elementos cristianos y paganos

y Samuel (entendedme bien) quienes también usaron la espada externa, sino que me refiero a los profetas Isaías, Jeremías, Zacarías, Amós, etcétera. Quienes reprendieron con la doctrina y con nada más.

Esta misma espada que ceñimos no la abandonaremos ante ningún emperador ni rey, magistrado ni alcalde, porque Pedro dice que tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres. Para la alabanza y el servicio de Aquel que nos ha ceñido con ella, nosotros estamos obligados a usarla, ya fuere nuestra suerte vivir o morir; si esto último agradara a Dios. Que el mundo trate de presentar este fiel servicio de puro amor como una sedición, es algo que tendremos que aceptar y sobrellevar con paciencia, como hicieron nuestros antepasados. ¿Eres tú el que turbas a Israel? Preguntó Acab a Elías. El profeta contestó: Yo no turbo a Israel sino tú y la casa de tu padre. Jeremías, debido a su fiel advertencia y saludable admonición tuvo que pasar por rebelde y hereje. Cristo Jesús tuvo que ser colgado de la cruz. Pablo y los apóstoles fueron encerrados en prisión como engañadores y conspiradores y, finalmente, tuvieron que sufrir el martirio. Si ahora el mundo tuviera que dictar una verdadera sentencia, entonces sería reconocido como Cristo, y Sus seguidores no se levantaron en sedición contra el mundo, sino que el mundo se sublevó contra Cristo y Sus seguidores. Entonces reconocerían que nosotros no nos amotinamos contra nadie sino que el mundo se levanta contra nosotros en motín, tiranía y «guerra santa», como puede verse. Asimismo, nunca podrá verificarse que seamos desobedientes en cosas que son ordenadas por Dios. Me refiero a lo concerniente a diques, caminos, canales, impuestos, peajes, tributos, etcétera. Pero si lo que ellos quieren es gobernar y señorear por sobre Cristo, o contrariamente a Cristo Jesús en

nuestras conciencias y conforme a sus caprichos, esto no se lo concederemos. Preferimos más bien sacrificar nuestras posesiones y nuestra vida antes que pecar a sabiendas contra Jesucristo y Su Santa Palabra a causa de hombre alguno, ya fuera Emperador o Rey.

Y al proceder así no nos conducimos incorrectamente sino que hacemos lo que es justo, como las Escrituras repetidamente testifican. Por lo tanto, con la piadosa Susana mucho más preferimos obedecer a Dios.¹⁹⁴ Que el Padre de gracia, mediante su bendito hijo Jesucristo, conceda a este mundo sordo y ciego, oídos con que oír y ojos con que ver, para que podamos ser convertidos y eternamente salvados.

B: En segundo lugar, somos —con gran severidad pero sin causa alguna—, acusados por aquellos que nos persiguen de ser testarudos, ambiciosos y personas intolerables que constantemente rehusamos ser enseñados e instruidos.

B/I:A este respondemos, primero, que aunque esta acusación fuese verdadera y justa (lo cual no es), aun así no sería justo que nos persiguieran para exterminarnos o dañarnos, dado que ellos se llaman a sí mismos cristianos, y el castigo de la incredulidad será eterno, según testifican las Escrituras.

La fe, dice Pablo, no es posesión de ningún hombre, sino que es un don de Dios. Ahora bien, si es don de Dios entonces no puede ser impuesta a ningún hombre mediante una fuerza externa o mediante la espada. Solamente puede ser manifestada a través de la pura doctrina de la Santa Palabra, con la humildad y ferviente oración y esto por la gracia de Dios mediante su Santo Espíritu.

¹⁹⁴ La leyenda de Susana se halla en la parte deuteroconónica en Daniel (13.24).

Además, no es la voluntad del padre de familia que la cizaña sea arrancada antes del tiempo de la cosecha, como enseña la parábola evangélica con gran claridad.¹⁹⁵ Si nuestros perseguidores son cristianos, como ellos creen, si consideramos como verdadera a la Palabra de Dios ¿por qué entonces no oyen y no siguen la Palabra y el mandamiento de Cristo? ¿Por qué arrancan antes de tiempo? ¿Por qué no temen arrancar el trigo junto con la cizaña? ¿Por qué invaden la provincia de los ángeles que son los que entonces han de atar en manojos la cizaña y arrojarla al horno del fuego eterno?

La justicia hubiera requerido, que dada nuestra fe o nuestra incredulidad (si verdaderamente puede llamársele incredulidad, como afirman ellos) no dañe a nadie deberían, con nuestra fe o nuestra incredulidad, remitirnos al Señor solamente y a Su Justicia.

Porque Él, a su debido tiempo juzgará todas las cosas con justicia, no nos consumirá con espada como salvaje y frenético pagano. Es disposición propia de un cristiano verdadero y piadoso tratar de guiar al arrepentimiento a los pobres y errantes pecadores; y no destruirlos, como hacen estos hombres. Todos los que muestran un espíritu contrario deberían conocer claramente de padre son ellos nacidos. Esto cualquier cristiano sensible lo puede determinar con la Biblia delante de sí. B/2: En segundo lugar, respondemos estar preparados en todo sentido, incluso hasta la muerte, para recibir toda sana doctrina, amonestación, instrucción y reprensión justas. No escatimamos trabajo, ni dolor, ni gastos para tener fieles mayordomos que nos suministren el pan a su debido tiempo. Porque nuestras

¹⁹⁵ La parábola de la cizaña del campo (Mateo 13. 24—30) figuró de ambos lados en el debate entre anabaptistas y reformadores. Los anabaptistas apelaron al texto para condenar la persecución civil; el protestantismo oficial, para rechazar la disciplina eclesiástica.

almas tienen hambre del Pan de vida y nuestros espíritus están sedientos del agua de vida. A todos aquellos que lo parten debidamente y la vierten en forma correcta, a esos deseamos escuchar de todo corazón y ser obedientes a su doctrina. Pero no tenemos apetito alguno por la levadura de los fariseos y de los saduceos, ni por las mentiras y el engaño de los falsos profetas, ni por los robos y homicidios de los ladrones y asesinos. Que nos suceda lo que Dios permita. ¡Sea Dios alabado, hemos gustado el pan celestial! Por lo tanto, nos hemos cansado de la levadura y de los desperdicios de los eruditos. Hemos bebido del agua cristalina, y dejaremos que ellos guarden la impura para sí. La verdad ha penetrado en nosotros y la mentira tendrá que quedar afuera. La luz ha resplandecido en nosotros y ya no hay más lugar para las tinieblas. En resumen, hemos hallado a Cristo, el verdadero Mesías y Su salvadora Palabra. Su pura ordenanza y Su santa e inocente vida (conforme al don recibido por nosotros). Por lo tanto hemos dado espaldas al anticristo, y esperamos no escuchar más a sus maestros, ni practicar su ordenanza del bautismo de infantes ni su idolátrica cena, ni hacer las paces con la vida malvada, vil y carnal.

Si en esto hemos pecado y hecho lo malo ante Dios y ante Su Iglesia, como piensan ellos, entonces los padres y las Escrituras nos han engañado miserablemente. Pero ¡ah no! la Palabra de Dios es verdad y siempre permanecerá como la verdad, aunque todos los que vivan sobre la tierra se ofendan por ello. No queremos otra vez mezclarnos, con su falsa doctrina y con sus fabricados sacramentos, con su idolatría y falso culto, con su vergonzosa e impura mala vida. Por el espíritu de Dios y de las Escrituras y por el testimonio de nuestras propias conciencias nos hemos apartado de los tales y debido a eso tenemos que pasar por obstinados, tercos y duros de cerviz; y ¡ay! ser

considerados por todos como herejes y ser objeto de burla y despojo.

Ciertamente tengo la esperanza, queridos hermanos, que las absurdas acusaciones nunca puedan debilitar el corazón de los rectos, ni hacerlos desmayar, por cuanto *aquellas* carecen de todo fundamento. Nosotros, por el contrario, tenemos de nuestra parte toda la Escritura junto con los profetas, apóstoles, santos, sí, y con el mismo Cristo Jesús, todos los cuales han permanecido firmes e incommovibles hasta la muerte, contra la falsa doctrina, la tortura y la tiranía. Ni en una simple palabra ha concordado ellos con los salvados ni en corazón, ni en lenguaje, ni en conducta.

¿Rechazaremos entonces la luz celestial y abrazaremos la tiniebla maldita? ¿Abandonar la imperecedera verdad y la vida eterna para seguir la mentira y andar tras la muerte a cambio de algunos bienes perecederos y una vida temporal de media hora? ¡Mejor no haber nacido! ¡De tan mortal caída librenos Dios en su ilimitado poder!

B/3: En tercer lugar, respondemos que sinceramente detestamos y odiamos las enseñanzas y la conversión con las cuales aquellos que nos persiguen nos enseñan y quieren convertirnos, porque el fin de ellas conduce a la muerte, conforme al testimonio de toda la Escritura. ¿La razón? La doctrina de ellos es falsa y engañosa, sus sacramentos son idolátricos y carentes de base en la Palabra de Dios; su culto es pura idolatría y su vida toda es terrenal, carnal y contraria a la Palabra de Dios, como puede verse. Sí, con tal clase de personas que uno justamente podría replicarles con todo aquello que nos arrojan, es decir, duros de cerviz, sediciosos e impenitentes, con corazones más empedernidos que el diamante, gente que no conoce a Dios. Como el profeta dijo de Israel: «El buey conoce a su dueño y

el asno el pesebre de su señor, pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento».

«¡Oh, gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron la ira al Santo de Israel, se volvieron atrás. Abrazaron la mentira, dice Jeremías, y no han querido volverse. Escuché y oí; no hablan rectamente, no hay hombre que se arrepienta de su mal, diciendo: ¿Qué he hecho? Cada cual se volvió a su propia carrera, como caballo que arremete con ímpetu a la batalla. Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová». Y hay más pasajes de similar naturaleza. Con Juan el Bautista uno bien podría reprenderlos y decir: Haced frutos dignos de arrepentimiento; y no digáis que sois cristianos, como los fariseos decían que ellos tenían a Abraham por padre, porque a tales perversos y carnales cristianos Dios no los conoce. El hacha está puesta a la raíz de los árboles, por tanto todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Ni los borrachos, ni los avaros, ni los envidiosos, ni los orgullosos, ni los idolatras, ni los adúlteros, ni los fornicarios heredarán el reino de Dios. Por lo tanto, con corazones compasivos podemos decir a aquellos que nos persiguen y que aún son tales: ¡Arrepentíos! Porque ellos, ay, como todos los demás, señores y príncipes, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, todos por doquier andan por el maldito camino de la arrogante maldad. A Dios y a Su Palabra rechazan, al Santo Espíritu contristan; toda piedad y justicia ellos crucifican; el temor y el amor de Dios ellos odian. Y aun así dicen a quienes verdaderamente andan en el camino de la verdad, que han muerto para la carne y la sangre, que tienen mentalidad celestial y espiritualidad, que con fieles corazones buscan a Cristo Jesús

y la imperecedera vida eterna, a éstos les dice: «Arrepentíos», «permitid que se os instruya», y similares expresiones. Como si nosotros tuviéramos la mentira y ellos la verdad; más conforme al don que se nos ha concedido, amamos y buscamos al Señor sinceramente. Pero lo que ellos hacen lo dejo a juicio de todo cristiano inteligente.

Además, ellos mismos tienen que testificar que nuestro ardor, nuestro amor y nuestra conducta exceden sobradamente a la suya. ¡Sin embargo, tenemos que pasar por engañados, tercios, obstinados e incorregibles herejes; y ellos por poseedores del verdadero espíritu, ungidos cristianos y auténticos hijos de Dios! Mis queridos hermanos, vosotros podéis juzgar cuán importante y trivial es el intento del mundo para justificarse en este sangriento programa y cuán indiscreta y puerilmente somos acusados. A todos aquellos que nos persiguen deseamos que la gracia de Dios los conduzca a arrepentimiento, porque es harto tiempo de que despierten y se vuelvan al Señor. C: En tercer lugar, aquellos que nos persiguen tratan de justificarse a sí mismos diciendo que está bien que seamos perseguidos ya que nosotros descarriamos lamentablemente a mucha gente llevándola a la destrucción.

A esto replicamos que si uno observa y juzga este asunto desde un punto de vista carnal, entonces ciertamente parece que muchos han sido miserablemente engañados por nosotros. Porque todos aquellos que obediente y firmemente desean seguir esta nuestra doctrina, esta fe, esta vida y confesión, tienen que arriesgar todo lo que han recibido de Dios: su reputación y buen nombre, granjas y tierras, oro y plata, padre y madre, hermana y hermano, esposo o esposa, hijo o hija, sí, y hasta la misma vida. Son señalados burlescamente por todos los hombres. Son pisoteados, odiados, calumniados y abusados, traicionados

y entregados a muerte, enviados a las galeras, torturados, golpeados, sometidos a espada, hambre y sed. Además, necesidad, penurias, sufrimientos, desdichas, tristeza, lágrimas, prisión y cadenas tienen que ser su parte y su porción aquí sobre esta tierra.

A nadie se le permite sin riesgo ayudarlos o favorecerlos. El padre no puede recibir ni socorrer a su hijo ni el hijo a su padre. En resumen, son mirados por el mundo como seres indignos del cielo y del infierno. Además, ellos evitan todo lo posible la pompa y el esplendor, el comer y el beber, y toda vida frívola y blanda, etcétera, en lo cual el mundo chochea y se deleita. Frente a esto ellos enseñan humildad, sobriedad y una sencilla y despreciada vida en el temor del Señor, cosas éstas que el mundo odia y rechaza.

Ciertamente, entonces no es maravilla en mi opinión que el extraviado y ciego mundo —que no tiene ni conoce al Espíritu Santo, como Cristo lo enseñó y que busca, entiende y juzga cosas terrenales— considere esto como impostura y engaño, y por eso lo odia.

Pero aquellos que son enseñados por Dios y que de la vieja existencia pecaminosa se han levantado con Cristo en novedad de vida, que son hechos partícipes del Espíritu Santo y que tienen mente espiritual, viendo las cosas a la luz del Espíritu, éstos no lo consideran como engaño o impostura. Por el contrario, lo aman más que el oro y la plata, más que todo conocimiento y sabiduría, más que todo poder y honor, más que todo adorno y belleza, más que cualquier cosa que pueda ser nombrada bajo el cielo. Porque ellos saben de corazón que por esta doctrina la imperecedera y eterna vida es alcanzada. Por lo tanto, no miran a las cosas transitorias sino a las imperecederas. Buscan y acumulan un tesoro y una herencia

que está en los cielos, pero tesoros terrenales no les preocupan. Buscan la sabiduría eterna, y por esto tienen ellos que pasar por necios ante todo el mundo. Se adornan con el vestido interior de justicia y desprecian las externas vestiduras del orgullo comidas de polilla. Luchan por aquel reino y aquella corona que permanecerán para siempre; y el reino terrenal y su gloria la dejan para quienes se deleitan en ello. Por consiguiente es necesario, queridos hermanos, juzgar espiritualmente todas las cosas porque el mundo ha llegado a tal extremo que la pura doctrina de Jesucristo y de sus santos apóstoles es mencionada como herejía. Predicar a Cristo Jesús, Su espíritu y vida, Su pura Palabra, Su voluntad y ordenanzas, convertir a la gente de la impiedad a la piedad, es presentado como impostura y engaño. Ved cuán ciegos e insensibles a las cosas divinas son aquellos que nos persiguen, esos que tan miserablemente nos oprimen y nos matan por causa de la verdad. Sí, mis hermanos, aquí están la paciencia y la fe de los santos: todos aquellos que en su corazón creen esto tal como ha sido relatado aquí, poseerán sus almas en paz, no importa cuál sea la oposición que se le haga, y orarán por sus enemigos con todo su poder.

D: En cuarto lugar, aquellos que nos persiguen también nos acusan muy amargamente de apartarnos de sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y de toda la vida carnal, y de que en tales cosas no queremos tener nada que ver con ellos. Dicen que al hacer así los condenamos y consignamos a ellos al infierno.

D/I: A esto replicamos, en primer lugar, que no nos sentimos libres ni de palabra ni de obra para aprobar a sus predicadores, sacramentos, servicios religiosos e impura vida carnal. ¿La razón? Son abiertamente contrarios a Dios y Su Palabra. Los predicadores

salen sin haber sido enviados. Su doctrina es falsa, engañosa y contraria a la salvadora doctrina de la verdad. Su vida está del todo sujeta a reproche. Sirven por salarios fijos. Se someten a la voluntad del mundo, como les place. El fundamento de su religión son los emperadores, reyes, príncipes y potentados. Lo que éstos ordenen ellos enseñan; y lo que éstos prohíben, ellos omiten. Su bautismo de infantes no tiene base escritural y su Cena del Señor es idólatra e impura, y es administrada y recibida por impuros. Sus servicios en la Iglesia son contrarios a la doctrina de los apóstoles y su conducta diaria es, en su mayor parte, tan carnal y malvada que todos los hijos de Dios están asombrados y amedrentados.

Viendo, pues, que sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y vida son manifiestamente contrarios a la Palabra de Dios, ¿cómo podríamos una vez más hacer causa común con ellos en tales abominaciones? Que nos separemos de ellos es la expresa Palabra y voluntad de Dios; porque ¿qué comunión —dice Pablo— tienen la luz con las tinieblas, y que acuerdo Cristo con Belial? ¿Qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.

Estas palabras de Pablo son sencillas y comprensibles. Es por lo tanto completamente imposible que aquellos que, mediante el don de Dios, recibieron de lo alto la verdadera luz, Cristo Jesús, y han obtenido piadosa justicia y poderosa y eficaz fe, que se han vuelto verdadero templo del Señor, que son guiados por

el Santo Espíritu, que han sido elegidos y adoptados para ser hijos de Dios, sean una vez más unidos con las tinieblas, con Belial, con la injusticia, con los incrédulos y los idólatras. Porque vosotros por la gracia de Dios, sabéis concretamente que sus doctrinas, sacramentos, servicios religiosos y su vida son fundamentalmente falsos y espurios, ¿cómo podréis unirlos nuevamente con ellos y decir sí a sus abominaciones? (Esto si tenéis un verdadero celo por Dios, y contáis todas las cosas como estiércol para ganar con Pablo a Cristo, si conforme a las Escrituras os aferráis a lo bueno y odiáis lo malo, si habéis lavado vuestras ropas en la sangre del Cordero y en todos vuestros pensamientos, palabras y acciones os dejáis juzgar por las normas de la Santa Palabra y el ejemplo de Cristo.) No podemos servir a dos amos al mismo tiempo, ¿no es cierto? No podemos tener comunión al mismo tiempo con Cristo y con el diablo, ¿no es cierto? Si amamos lo bueno, tenemos que odiar lo malo. Si abrazamos la verdad tenemos que abandonar la mentira. Y argumentos semejantes a éstos hay muchísimos en la Escritura.

Y porque hacemos tal separación con ellos, y porque de palabra y de hecho testificamos —aun a riesgo de muerte— que sus obras son malas, por ello el impulso de sus corazones les impele a un odio y una indignación inhumana. Y con el corazón y con la boca dicen, todos los impíos lo han hecho desde el principio: Pongamos asechanzas al justo, porque él no está a favor nuestro y es claramente contrario a nuestras obras. Él nos ha echado en cara que hemos ofendido la ley se ha opuesto a nuestra infamia, a las transgresiones de nuestra educación, etc. Él ha revelado nuestro propósitos secretos y nuestras astutas maquinaciones. Hasta el verlo no es insoportable, porque la vida de él no se parece a la de los otros hombres. Sus caminos

son distintos. Somos estimados por él como falsificadores. Él se abstuvo de nuestros caminos como de la inmundicia. Él ha declarado el fin del justo como una bendición. Condenémoslo a una vergonzosa muerte, como dice el escritor de la Sabiduría¹⁹⁶ Mis muy queridos hermanos, aquí el Santo Espíritu toca el mismo nervio del asunto. Porque esta nuestra verdadera confesión, es decir, nuestra separación de ellos, es la verdadera razón por la cual el mundo ciego y sangriento ruge tan aterradoramente, y por lo cual tenemos que oír y sufrir tanto. Como también Pedro lo dice: «a ellos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan». Sí, por esa razón Isaías, Jeremías, Zacarías, Sadrac, Mesac y Abed—Nego, Daniel, Eleazar, la madre de los siete hijos, Cristo Jesús, y todos los fieles tuvieron que morir y llevar la cruz, porque seriamente reprobaban al mundo y a sus doctrinas, ceremonias y conductas, y se les opusieron hasta la muerte.

Estas cosas son hasta hoy la única y esencialmente la misma causa (aunque los que nos persiguen aleguen muchas, como hemos visto) por la cual somos hechos pasar ante el mundo como anabaptistas, herejes, bribones, engañadores y sediciosos, y somos arrojados a las aguas, al fuego, a las galeras y los instrumentos de tortura. Pero, alabado sea Dios, ¡nosotros sabemos por qué sufrimos! También sabemos que Aquel que nos ha llamado en esta gracia y en Quien confiamos, llevará nuestras cosas a buena conclusión. Él estará junto a sus pobres y acosados hijos y los salvará en todo tiempo de necesidad y prueba, para su eterna honra y gloria.

Quienes nos persiguen dicen que ello es debido a pura maldad y espíritu de contradicción de parte nuestra. Pero esta declaración es falsa e injusta ante Dios quien conoce los corazones de

¹⁹⁶ Cita completa del Libro de la Sabiduría 2.12—20. Apócrifo..

todos los hombres. Porque nuestra separación no surge de ningún otro motivo o consideración que éste: que pese a nuestra debilidad queremos observar con todo el corazón la Palabra y el mandamiento de Dios y, en puro amor, testificar al mundo también por nuestras obras que ellos todos mienten en maldad; sí que están fuera de Dios y de su Palabra. Y esto con el fin de que ellos puedan, mientras sea posible, despertar y volverse de su iniquidad. Porque ¿cómo puede uno enseñar a otros dulzura, castidad, humildad, ni virtud alguna mientras uno mismo está lleno de avaricia, adulterio, orgullo y toda forma de vicio? Sería la cumbre de la necedad que una persona señale a otros el camino recto, los ponga sobre aviso respecto a los ladrones y asesinos, mientras él mismo camina por un tortuoso y desierto camino andando intencionalmente derecho a la red de los ladrones y salteadores. Mis hermanos reflexionad sobre lo que digo.

No basta con que un cristiano hable meramente la verdad. Además tiene él que verificar y perseverar firmemente teniendo en práctica lo que habla. De lo contrario tendrá que escuchar lo que fue dicho a los fariseos: «Vosotros decís y hacéis»; y como Pablo también dice en Romanos a los judíos: «Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿comeses sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, con infracción de la ley deshonoras a Dios» En resumen: un cristiano enseña y actúa, profesa y practica, cree y obedece, muestra el camino y anda por él. Sí, su corazón, su palabra y sus obras concuerdan. Si no él será un hipócrita y no un cristiano, como lamentablemente hay muchos de ellos por ahí, hombres que mucho se jactan de conocimiento y sabiduría pero, en cuanto a poder, son estériles e inútiles.

D/2: En segundo lugar, respondemos que aquellos que nos persiguen nos acusan injusta y violentamente de condenarlos y remitirlos al infierno. ¡Ah, no! Lejos sea de nosotros condenar a nadie bajo el cielo antes de su tiempo, no importa cuán malvado pueda ser. Bien sabemos que la Escritura dice: No juzguéis para que no seáis juzgados. Hay Alguien que a su debido tiempo juzgará a cada uno conforme a sus obras; es decir: Aquel a quien el Padre ha confiado todo el juicio, y quien usurpe su juicio no quedará sin castigo. Además, no sabemos que gracia puede el pecador recibir todavía antes de su muerte. Por lo tanto, somos limpios e inocentes ante Dios de condenar a otros. Sin embargo, nos atrevemos decididamente a hablar conforme a la Palabra de Dios así: Si el avaro no se vuelve de su avaricia, y el fornicario de sus fornicaciones, el borracho de sus borracheras, el idólatra de sus idolatrías, y si con piadosa y arrepentida vida no regresa al verdadero viviente Dios con tristeza y angustia de corazón en activa fe de Cristo Jesús, entonces él no es cristiano en manera alguna y no heredará el reino de Dios. Si la sentencia es dictada en esa forma, no somos nosotros los que juzgamos, sino las Escrituras, como dice Cristo: el que me rechaza y no recibe mis palabras tiene a uno que lo juzga: la palabra que yo he hablado lo juzgará en el día final. Sabemos muy bien que Dios no salva ni puede salvar a ningún hombre contrariamente a su Palabra, porque Él es verdad y no conoce mentira. De manera que cuando no hay fe, ni novedad de mente, ni arrepentimiento, ni tristeza de corazón, etcétera, sobre eso, ay, Cristo Jesús ya ha dictado sentencia al decir: «Si no creéis que yo soy, pereceréis en vuestros pecados». A menos que os arrepintáis, todos pereceréis igualmente», y muchas otras expresiones similares.

Podéis ver, mis hermanos, que en esta forma no juzgamos

prematuramente a hombre alguno con nuestras palabras —como bien lo sabéis— sino que dejamos todo esto a Cristo Jesús y a su Palabra. Él los juzgará en el tiempo que lo disponga. No los condenamos por nuestra separación, como ellos se quejan, sino que enseñamos y amonestamos de palabra y de obra con toda diligencia y fidelidad, que dejen lo malo, que hagan lo bueno, que se conduzcan correctamente, que busquen y teman a Dios con buena conciencia para que no mueran en pecado e incredulidad y permanezcan así para siempre bajo la ira y el juicio de Dios. No obstante, los hombres insisten en presentar el amor puro y el servicio fiel de los píos como si fuese maldad. Y así ellos mismos se fabrican su propia desgracia.

E: En quinto lugar, muchos cubren su tiranía y su sed de sangre, con la inútil hoja de higuera y dicen: «Nosotros no os juzgamos, sino que el Mandato del emperador os juzga.¹⁹⁷ A esto respondemos así: Si aquellos que nos persiguen son cristianos y conocen a Cristo, como ellos piensan, entonces con toda humildad deseamos que tracen una comparación entre el Emperador y Cristo. Que noten bien si el Emperador y Cristo tienen mente parecida y si aquél anda como Cristo enseñó y como lo demostraron sus discípulos. También les preguntamos si ellos ponen al mandato del emperador después del Evangelio de Cristo. Si entonces ellos descubren que el emperador no concuerda con Cristo en espíritu y vida, y que el mandato mediante el cual él juzga, es contrario al Evangelio, entonces tendrán que reconocer que el emperador no es cristiano y que para Dios su mandato ha caducado y es maldito.

¹⁹⁷ Según Wenger, esta defensa argüía: «No son las iglesias las que persiguen sino el gobierno». Sería así un caso de la doctrina de «las dos espadas». Sin embargo, nos parece más bien que Menno está contestando a otra excusa: el príncipe local descarga sobre el Imperio la responsabilidad de la persecución, sosteniendo que él no tiene otra opción que la obediencia.

Es una muy triste y lamentable ceguera que ellos teman y honren al pobre emperador terrenal mucho más que a Cristo Jesús; y que estimen su sangriento y cruel mandato por encima del precioso Evangelio. A pesar de esto desean que se les considere como cristianos. ¡Oh, si el emperador y sus colaboradores fuesen cristianos, como tan fervientemente lo deseamos! ¡Cuánta sangre inocente sería entonces ahorrada! Sangre que ahora es vertida como agua y contrariamente a toda Escritura, razón y amor.

Mirad, todos vosotros los que sois culpables de sangre inocente y os excusáis con el mandato del emperador, ¿dónde habéis leído ni una simple letra en toda la actividad de Cristo según la cual los hombres deben ser castigados a muerte por causa de su fe y ejecutados por la espada? ¿Dónde los apóstoles han enseñado o practicado eso? ¿No tienen todos los asuntos del espíritu (materias de fe) que ser reservados para el juicio del Espíritu? ¿Por qué el emperador y vosotros os ponéis en el lugar de Dios para juzgar cosas que no entendéis y que no os corresponden? ¿No recordáis lo que cayó sobre Faraón, Antioco, Herodes y muchos otros porque no temieron al Altísimo y se enfurecieron contra Su pueblo? Considerad vosotros, oh tiranos y hombres sanguinarios, que el emperador no es la cabeza de Cristo, sino que Cristo es la cabeza del emperador; que el emperador no debe gobernar y juzgar a Cristo, sino Cristo al emperador. Dignos caballeros, ¿cómo podéis ser tan rudos y atrevidos contra Aquel que os ha creado? ¿Así que creéis que la Escritura se burla de nosotros y no dice la verdad? ¿O creéis que la arena de vuestro reloj durará por siempre? Permaneced en pavor ante Aquel que en la palma de Su mano abarca cielos y tierra, que envía los ardientes dardos de Sus relámpagos, las ráfagas de la tempestad, que hace temblar las

montañas, que gobierna todo con la Palabra de su Poder; ante quien toda rodilla se doblará, tanto de los que estén en los cielos, como de los que están en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua tendrá que confesar que Él es el Señor. Cuando Él llama, vosotros tendréis que comparecer ante el tribunal,¹⁹⁸ no importa quiénes seáis, cómo o dónde estéis. En ese lugar no habrá escape, ni consejo, ni excusa. Cuando Él llame tendréis que estar allí y rendir cuentas, porque ya no podréis seguir como mayordomos. Tan solamente un poquito y el malvado ya no será más, aunque ahora su trono aparezca exaltado en las nubes del cielo y su dominio se extienda hasta los fines de la tierra; en breve tiempo más él será buscado pero no será hallado.

Por lo tanto, queridos hijos y hermanos en el Señor, tened buen ánimo y plena consolación en Cristo Jesús, porque todos los que os persiguen serán como la hierba y todo su poder y su gloria como la flor del campo. Por lo tanto, no tengáis temor de los hombres mortales sino temed al Señor que os ha elegido. Porque todos los hijos de los hombres se marchitarán como la hierba, se desvanecerán como neblina, se derretirán como cera y desaparecerán como viejas vestiduras, pero vosotros viviréis por siempre, como lo testifica la Escritura, y vuestras almas vivirán eternamente.

Sí, queridos hermanos, el ansiado día de vuestra liberación está cerca. Ese día en que con gran firmeza haréis frente a aquellos que os han afligido y os han robado vuestro sudor y vuestro trabajo, si , vuestra sangre y vuestra vida. Entonces aquellos que nos persiguen serán como ceniza bajo la suela de nuestros zapatos. Y reconocerán demasiado tarde que el emperador, el

¹⁹⁸ Menno añade en latín: *citāt enim peremptorie*.

rey, los duques, los príncipes, la corona, el cetro, la majestad, el poder, la espada y el mandato no eran sino tierra, polvo, viento y humo.

Con este día en vista, todos los afligidos y oprimidos cristianos que ahora se esfuerzan bajo la cruz de Cristo son reconfortados con la firme esperanza de la vida venidera, y dejad que Dios se encargue de juzgar a los tiranos y a sus paganos mandatos. Y continúen inmovibles con Cristo Jesús y Su santa Palabra, y conforme a ella construyen toda su doctrina, fe, sacramentos y vida. Y nunca jamás harán eso conforme a otra doctrina o mandato, porque el mismo Padre lo ha mandado así, desde el cielo; Cristo Jesús, junto con Sus santos apóstoles, lo ha enseñado con toda claridad y legado a todos los devotos y piadosos hijos de Dios.

Considero, queridos hermanos, que aquí ha quedado suficientemente aclarado que la autojustificación de los tiranos con la cual ellos tratan de justificar y fundamentar sus tiránicos asesinatos, no es nada más que puro paganismo, y sus acusaciones contra nosotros no tienen fundamento ni verdad. Son abiertamente contrarias a Cristo y a la Palabra de Cristo, si, contrarias a toda razón, justicia y amor. Quiera al Padre de misericordia conceder a todos los que sufren por la causa de Su verdad un sano discernimiento de Su Palabra y verdad, y libertad de mente para enfrentar las tentaciones. Amén.

E. LAS BENDICIONES DE LLEVAR LA CRUZ

Pero ahora queremos, por la gracia de Dios, mostrar en pocas palabras cómo el hecho de que seamos acosados y tentados en la carne con muchas opresiones y tribulaciones aquí en la tierra, sirve a un buen propósito.

Consideremos, dignos hermanos, nuestra propia debilidad y pecadora naturaleza, que somos proclives al mal desde nuestra juventud, que en nuestra carne no mora nada bueno y que bebemos injusticia y pecado como agua, como Elifaz temantita dijo a Job. Consideremos también nuestra tendencia (aunque ciertamente buscamos y tememos a Dios) a preocuparnos por las cosas terrenas y perecederas. Entonces veremos que la gracia de Dios y Padre, quien a través de Su eterno amor siempre cuida de Sus hijos, ha dejado en Su casa un excelente remedio contra todo eso: la pesada cruz de Cristo. Los que mediante Cristo Jesús somos transportados a la eterna gracia de la gloria del Padre, que con corazón puro creemos en Cristo Jesús (a quien amamos en nuestra debilidad) podamos mediante la antedicha cruz, es decir mediante mucha opresión, tribulación, ansiedad, arrestos, cadenas, capturas y cosas así, ser liberados de todas las cosas transitorias de la tierra, en las cuales se deleitan los ojos. Y así morimos para el mundo y para la carne, y amamos a Dios solamente, buscando las cosas de arriba donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Como también dice Pedro: puesto que Cristo ha padecido en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento, pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta de la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios.

Me parece muy difícil, dignos hermanos, que aquellos que

voluntariamente inclinan sus cabezas ante la Palabra y la voluntad de Dios —que están dispuestos y preparados para obedecer la Palabra en todas las cosas, y que por estas cosas son constantemente perseguidos, afligidos, calumniados, capturados, robados y matados— que ellos vuelvan sus corazones al amor de las cosas temporales y a los deseos de la existencia terrenal. Porque ¿qué tenemos nosotros que ver con dinero y posesiones si creemos tener un mejor tesoro en el cielo? ¿Si el aquí y el ahora no pueden salvarnos ni ayudarnos y todo ha de caer en manos de los saqueadores? ¿Cómo podríamos gratificar nuestra carne de las concupiscencias si en cualquier momento no esperamos otra cosa que ser apresados por los funcionarios y tratados por el verdugo según su estilo; es decir: atormentados, torturados, ahogados, quemados y ejecutados? ¿Cómo puede el mundo tener atractivo para nosotros, dado que somos hechos pasar como seductores del mundo, herejes, burladores y locos? La eterna sabiduría conoce muy bien nuestra propia debilidad. Y dado que la molicie, la paz y la prosperidad terrenales muy probablemente nos derribarían ante Dios y nos destruirían haciéndonos descuidados, contrarios, perezosos y dormilones, por lo tanto Él ha designado la cruz como una vara que mantiene el cuidado sobre los suyos; por la cual, como fiel Padre, guardad a Sus queridos hijos de disciplina y piedad, los levanta y los hace ir adelante. Así como lo ha dicho Pablo:¹⁹⁹ Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él; porque el Señor al que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el Padre no disciplina? Porque si se os deja sin disciplina, de la cual todos

¹⁹⁹ Hebreos 12. 5—8. Se entiende que San Pablo era el autor de la Epístola.

han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Vosotros veis, mis queridos hermanos que estas palabras del apóstol son sobremanera preciosas y plenas de consuelo para todos aquellos que tienen que llevar la cruz. Un padre fiel y bien intencionado a veces ciertamente reprende con mano firme, castiga y reprime. Pero lo hace como fruto de su amor incontaminado y paternal para beneficio e instrucción de sus queridos hijos, aunque los lastima en la carne para que ellos no desprecien la voluntad, el mandamiento y la voz del padre sino que, de buen grado, puedan obedecer, aprender y practicar honra, piedad e instrucción. Así también nuestro Padre celestial a veces castiga a Sus hijos electos con Su vara paternal. Hace así para que puedan oírlo y obedecerlo a Él y en Su Santa Palabra, voluntad y mandamientos, y pongan en práctica devota instrucción y piedad, y para que en el temor de Dios, con sinceridad de corazón, no se conformen a este mundo, no vivan ya para la carne y sangre. En esta manera podrán, como obedientes y disciplinados hijos de Dios, ser al final hechos participantes del prometido reino y herencia. Pero si rehúsan la vara de castigo, si arrojan de sí la cruz de Cristo, y a través del amante castigo de su Padre se echan más y más a perder y se hacen rebeldes; si rechazan la voluntad y la Palabra de su Padre, y siguen obrando conforme a su propia inclinación, entonces tendrán que ser expulsados y contados no como hijos legítimos sino como innobles bastardos.

Por consiguiente, hermanos santos, no rechacéis la vara castigadora de vuestro Padre. Ella es usada en vuestro beneficio, es decir, para que podáis desechar toda carga y pecado que tan fácilmente os acosan, y para que en todo sin excepción, temáis, améis y obedezcáis a vuestro Padre. Veis, pues, que en esta forma la cruz de Cristo no es sino benevolencia y amor; no indignación

y dureza de corazón, así como uno puede ver y juzgar conforme a la Palabra y al espíritu de Dios, y no según la carne. Por razones tales como las aquí mencionadas, ciertamente Dios permitió con frecuencia que Su pueblo Israel fuese castigado por los filisteos, los asirios, los caldeos, etcétera, cada vez que se olvidaron de su Dios y se rebelaron contra Él. Mediante tales escarmientos y castigos ellos pudieron una vez más buscar a Su Dios, prestar atención a Su ley, dejar el mal y obrar en todo justa y correctamente. Sin embargo, el paternal castigo fue generalmente en vano en el caso de Israel, como lo dice el profeta: Él ha reprendido frecuentemente, ¿pero de qué sirvió? La vara no corrigió a los hijos, dijo el Señor Dios. Y en otro lugar: He aquí hambre y pestilencia, aflicción y angustia son enviados como flagelos para que se enmienden; pero a pesar de todas estas cosas ellos no se volvieron de su maldad, ni dieron importancia a los castigos. Y otra vez: Tú los has golpeado, pero ellos no se afligieron. Tú los has consumido, pero ellos rehusaron recibir corrección. Han endurecido sus rostros más que la roca; se han negado a volverse.

Las antedichas palabras del profeta muestran claramente por qué los israelitas fueron tan frecuentemente castigados y golpeados por el Señor. Eso fue para que ellos pudiesen volverse y arrepentirse. Pero todo fue en vano, como los amados profetas lamentan y declaran en las palabras citadas.

Amados hermanos, sea esto una admonición para vosotros, para que no os volváis en este aspecto desobedientes y duros de corazón como Israel. Antes bien, someteos voluntariamente al misericordioso castigo de vuestro Padre. Y recordad que está escrito que cuando somos juzgados somos castigados por el Señor para que no seamos condenados con el mundo. Por esta causa, queridos hermanos y hermanas en el Señor, no

rechacéis el castigo y la instrucción de vuestro querido Padre, sino recibid con gran gozo la admonición de Su fiel amor. Agradeced a Aquel que mediante Su paternal bondad os ha elegido para que seáis Sus amados hijos en Cristo Jesús y os ha llamado con Su poderosa Palabra. Agradeced a Aquel que os ha iluminado con Su Santo espíritu para que a través de la medicina y el remedio de la cruz de Cristo pueda Él restaurar la salud de vuestra pobre, débil y mortal carne, sujeta a tantas dañinas y destructivas enfermedades de concupiscencia y os ha apartado de las lujurias y los amores del mundo para que así podáis ser participes de la carga de Cristo y ser conformados a su muerte, para de esta manera alcanzar la resurrección de los muertos. Así como Pablo en cierto lugar²⁰⁰ instruye diciendo: Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

He aquí por esa razón Él enseña, amonesta, reprende, amenaza y castiga. Lo hace para que podamos negarnos a la impiedad y los deseos mundanos, morir enteramente para el mundo, la carne y el diablo; y buscar nuestro tesoro, nuestra porción y nuestra herencia en el cielo; creer y amar sólo al eterno, verdadero y viviente Dios, y esperar así con paciencia la bendita esperanza de la aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, pues Él se dio a Sí mismo a un pueblo peculiar sirviéndolo en

²⁰⁰ La cita de 2 Corintios 4, 8—11; lo notable es que Menno dice "en cierto lugar" es decir, está citando de memoria los numerosos pasajes que llenan sus escritos.

justicia y piedad todos los días de nuestra vida. Por esta razón dice Santiago: Hermanos míos, tener por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna. Porque así como el oro, a través del fuego, se separa de la escoria y las llamas lo hacen más y más puro; así también el hombre de Dios que está dispuesto, es humillado, purificado y limpiado en el horno y en el fuego de la tribulación para que él pueda ser una eterna alabanza, honor y gloria para Cristo y para Su Padre y para que, con corazón fiel y sin impedimento alguno, pueda temer a Dios, amarle, honrarle y servirle.

Y esta es la palabra que está escrita en el libro de Sabiduría: Habiendo sido castigados un poco ellos serán generosamente recompensados, porque Dios los probó y los halló dignos de Él. Como a oro en el horno Él los ha probado y lo ha recibido como ofrenda quemada. Y en el tiempo de Su visitación, ellos resplandecerán y correrán de aquí para allá como chispas entre el rastrojo. Ellos juzgarán las naciones y tendrán dominio sobre el pueblo y su Señor reinará por siempre.²⁰¹

Por lo tanto, queridos hermanos, confortaos en el Señor y llevad vuestra tribulación con calma como piadosos caballeros de Cristo para que podáis agradar a Aquel que os ha llamado y elegido como soldados. Pablo dice: Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente. Pelead la batalla valerosamente y vuestro rey os mirará con favor. Pero si os volvéis temerosos, si bajáis vuestras armas y vuestras

²⁰¹ Sabiduría 3.5—8.

espadas y abandonáis la batalla, no recibiréis corona, porque Cristo dice: el que persevera hasta el fin será salvo. Temo que pueda haber algunos entre nuestros jóvenes e inexpertos hermanos que se dejen atemorizar por este efímero pensamiento: ¿Por qué los malvados prosperan más y por qué los justos tienen que sufrir tanto? Sí, a los ojos del imprudente puede parecer que los impíos han nacido para disfrutar de toda fortuna porque crecen y prosperan como las plantas. Se casan y son dados en casamiento. Siembran y cosechan. Almacenan el cereal en sus graneros y el dinero en sus arcas. Sus viviendas son magníficas, completas y bien adornadas. Ellos se recubren con oro y plata, con seda y terciopelo; engordan sus corazones como en día de matanza. Sus campos y sus prados florecen abundantemente. Sus ganados son sanos y prolíficos. Sus hijos están lozanos, alegres y sin preocupaciones ante sus ojos. Tocan órganos y campanillas, violas y laúdes. Cantan y bailan, y dicen a su alma: Regocíjate y pásalo bien mientras puedas. Sus predicadores los confirman y consuelan, sus servicios religiosos son cosa hermosa por sobre toda hermosura. En una palabra: parece como si ellos fuesen amados y bendecidos por Dios con un amor fuera de lo común. Por el contrario, pareciera que los justos son maldecidos y odiados por Dios con un odio especial porque son como un endeble arbusto en una tierra árida, como un pobre y perdido pájaro nocturno picoteado por todas las aves, como un pelícano en el desierto, como una golondrina solitaria sobre el techo. Todos los que miran hacen burla de ellos; todos los que los conocen los desprecian. ¡No hay reino, ni territorio, ni ciudad, ni estado que sea suficientemente amplio como para tolerar a un pobre y rechazado cristiano! Todos los que abusan de él, y lo calumnian y lo estorban, piensan estar haciendo un servicio a Dios.

Hermanos, Si fuésemos a juzgar según la manera de los hombres

indudablemente tendríamos que quejarnos con el santo Jeremías: «Justo eres tú, oh Jehová, para que yo dispute contigo; sin embargo, alegaré mi causa ante ti. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?, o con Habacuc «por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él?», o con Esdras: «¿Son aquellos que están en Babilonia mejores que los que están en Sión? Los pies de Asaf ya habían resbalado al ver la prosperidad de los inicuos y observar la persecución y la tribulación de los justos». A todos aquellos que son asediados con tales pensamientos yo les aconsejo y amonesto que vuelvan sus corazones y ojos a la Palabra del Señor y noten bien lo que está escrito respecto al fin y a la conclusión de ambos: el impío primeramente. Job declara: ellos pasan sus días en riqueza y en un momento descienden a la sepultura; David dice: No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad; porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán. Si vivís conforme a la carne, dice Pablo, conforme a la carne moriréis. Tener mente carnal es muerte, y muchos otros dichos similares.

Pero en cuanto al fin del justo, está escrito: Las almas de los justos están en la diestra de Dios y allí no habrá tormento que las toque. A la vista de los ignorantes ellos parecen morir y su partida es tomada como por miseria y su dejarnos como por completa destrucción, pero ellos están en paz. Igualmente: Muchas son las aflicciones del justo pero de todas ellas los librará el Señor. O también: Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cielos. Y otra vez: 2 Tesalonicenses 1.6—10.

Sí, todos aquellos que leen correctamente las Escrituras, creen y entienden. Y de esta manera poseen un acertado discernimiento del muy desigual fin y conclusión de ambos. Y por eso no envidian la efímera prosperidad, alegría y felicidad (de los malvados) sino que, en la gracia de Dios, encuentran consolación y aliento para enfrentar su miseria, opresión y cruz.

Bien sabemos queridos hermanos, cómo esta cruz parece a la carne ser dolorosa, ruda y severa, y al presente no se la aprecia como motivo de gozo sino de tristeza, como dice Pablo. Pero la cruz contiene en si misma gozo, provecho y mucha delicia, y constantemente aumenta la piedad de los piadosos, los aleja del mundo y de la carne, los hace reverenciar a Dios y a Su Santa Palabra, como fue dicho antes. Y dado que es también la santa voluntad de vuestro Padre que mediante la cruz sean aprobados los santos y descubiertos los falsos en su hipocresía, por lo tanto todos los verdaderos hijos de Dios están preparados para amar y para hacer la voluntad de Padre, regocijándose en ella. Como dice Pablo: lejos esté de mi gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Igualmente, los apóstoles se retiraron de delante del concilio gozosos de ser tenidos por dignos de sufrir en Su nombre.

Bien sabemos que la cruz irrita y punza nuestra pobre y débil carne, como podemos ver en los casos de Job, Jeremías, Elías y otros. En manera semejante, también el mismo Señor deseó si fuese posible que la copa pasa de Él. Sí, en la extrema agonía se conmovió, tembló, sudó como grandes gotas de sangre y un ángel del cielo tuvo que reconfortarlo. Por lo tanto, nuestro mejor consejo es que en fe y en humildad de corazón busquemos refugio solamente en nuestro Dios –como hacen todos los piadosos portadores de la cruz y lo han hecho desde un

principio— y que con toda confianza busquemos su gracia, ayuda, asistencia y consolación. Porque ¿quién ha confiado en Él y ha sido abandonado? ¿Y quien lo ha llamado y Él no escuchó? Él es nuestro Dios y Padre. Él es nuestro Señor y Rey. Él es nuestro Ayudador y Protector; nuestro Poder y nuestra Fortaleza, nuestro Consuelo y nuestro Refugio en tiempo de prueba. Él es el Cuerno de nuestra salvación y la Sombra protectora contra el calor. Por mi Dios derribaré muros, dice David. Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Todo lo podemos en Cristo que nos fortalece. Confía en Él tu causa. Él obra en Sus santos como a Él le agrada. A algunos los ha librado de la mano de los tiranos. A algunos los ha protegido en medio del fuego. Ante otros ha hecho cerrar la boca de furiosos y rugientes leones. A unos los ha librado de prisiones y cárceles y bajo sus pies sometió el temor a la muerte, y ellos triunfaron gloriosamente sobre el hambre, la sed, la burla, la vergüenza, la desnudez, los azotes, los arrestos, las angustias, las galeras, los instrumentos de tortura, el garrote, el tormento, el agua, el fuego, la vida, la muerte, etcétera. Porque ellos fueron conducidos por el estimulante y poderoso amor de Dios que convierte lo amargo en dulce y lo horrible en muy deseable. El amor, dice Salomón, es más poderoso que la muerte. Las muchas aguas no pueden apagarlo y las muchas inundaciones no pueden ahogarlo. Todos los que realmente se han aferrado de él dicen como Pablo: ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia, o hambre, o desnudez, o peligro o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Por lo tanto, queridos hermanos, vosotros que suspiráis bajo la cruz del Señor, reconoced a vuestro Dios, temed y amad a vuestro Dios, creed y confiad en vuestro Dios, servid y vivid para vuestro Dios. Y todo esto con corazones íntegros y puros, según el ejemplo de todos los santos y de Cristo. Y el misericordioso y fiel Padre, conforme a su gran amor, no os abandonará sino que cuidará de vosotros como de la niña de Sus ojos. Con toda fidelidad Él estará junto a vosotros. En toda aflicción y necesidad Su mano llegará hasta vosotros y os guardará y sustentará, ya fuera en vida o en muerte, como a Él le parezca, para Su gloria y para la salvación de vuestras almas. Porque Él dispensa tanta gracia y es tan fiel que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que en su gran compasión os concederá una salida de gracia, si vosotros creéis en Su Palabra firme y seguramente, y lo contáis como vuestro fiel Padre.

Vosotros, veis, dignos hermanos, si os conducís de esta manera en vuestras opresiones y pruebas, si bebéis con paciencia la copa del Señor, dais testimonio de Cristo Jesús y de Su santa Palabra en palabra y obra, si como mansos corderos os dejáis conducir al matadero por el testimonio de Cristo con perfecta constancia, entonces en vosotros el nombre de Cristo habrá sido alabado, santificado y glorificado. Y así el nombre de los santos será revelado, el reino de los cielos extendido, la palabra de Dios dada a conocer y vuestros pobres y débiles hermanos en el Señor serán fortalecidos y enseñados por medio de vuestra actitud valerosa.

Si, mis hermanos, en la manera aquí relatada, el sacrificio de la sangre de Abel habla a su día; como la obediencia y la fe de Abraham, Isaac y Jacob, la castidad de José, la paciencia de Job y de Tobitá, la excelente y viril confesión de Eleazar, la madre

de los siete hijos,²⁰² la valerosa constancia, la piedad de todos los santos que han sido antes de nosotros, y el verdadero y genuino amor, la humildad, la paz y la justicia, la voluntaria ofrenda de Cristo que conforme a la promesa de Dios fue enviado del cielo en eterno amor por Dios nuestro Padre celestial para ser un ejemplo eterno y un maestro digno de fe. Mis más queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús, dispersados por el extranjero en todas las tierras, para cuyo beneficio por puro amor cristiano yo he reunido y transcrito esta exhortación, deseo poner punto final a este asunto.²⁰³ Os suplico con toda humildad que consideréis bien en primer lugar que clase de gente son aquellos que con tanto odio os persiguen y os privan de vida y propiedad. En segundo lugar, considerad por qué razón os persiguen y os causan tanta desdicha. En tercer lugar, notad que todos los santos y también el propio Cristo Jesús, han sufrido estas persecuciones, y que todos los píos deben sufrirlas todavía, como puede verse. En cuarto lugar, ved cuán deleznable son todos sus argumentos con los cuales ellos tratan de limpiarse de su sangrienta culpabilidad y nos acusan como si hicieran lo justo al proceder así, como si nosotros fuésemos merecedores de toda clase de desgracia y castigo. En quinto lugar, ved cuán provechosa y ventajosa es la cruz para nosotros, la cruz que debemos tomar y llevar diariamente por causa de la Palabra del Señor. Además, considerad cómo deberíamos desear, escuchar, creer y obedecer a Cristo Jesús. Si vosotros pesáis cuidadosamente estos cinco puntos conforme a las Escrituras, profundizando en ellos con pureza de corazón,

²⁰² Tobita es un personaje del libro apócrifo del mismo nombre; Eleazar figura en 2 Macabeos 6 y la madre con siete hijos en 2 Macabeos 7

²⁰³ Los puntos que siguen repiten el bosquejo del libro.

no dudo que será para vosotros una poderosa e invencible fortaleza, una armadura y un escudo contra toda tribulación, persecución y desaliento, cuando esto venga a vosotros.

F. PROMESAS PARA AQUELLOS QUE LLEVAN LA CRUZ

Finalmente, os ruego y exhorto que consideréis con toda diligencia qué es lo que ha sido prometido a todos los soldados y conquistadores en Cristo en el mundo venidero.

Y esto es: un reino eterno que no cesa, la corona del honor y de la vida que permanecerá por siempre. Por lo tanto, oh, vosotros pueblo de Dios, ceñíos y preparaos para la batalla, no con armadura y armas externas como el enloquecido y sangriento mundo acostumbra a hacerlo, sino con firme confianza, tranquila paciencia y con ferviente oración. No puede ser de otra manera. Esta batalla de la cruz tendrá que ser cimbrada, esa viña de tristeza tendrá que ser hollada. Oh, tú, esposa y hermana de Cristo, permanece en calma. La espinosa corona tiene que punzar tu frente y los clavos horadar tus manos y tus pies. Cíñete y prepárate porque tiene que salir fuera de la ciudad con tu Señor y esposo, llevando Su reproche. Sobre el Gólgota tú tienes que hacer una pausa y ofrecer tu sacrificio. Vela y ora, porque tus enemigos son más numerosos que los cabellos de tu cabeza y las arenas del mar. Aunque los corazones de ellos, sus manos, sus pies y sus espadas están sumamente rojas y sangrientas, no desmayes, porque Dios es tu capitán. Tu vida no es sino una incesante guerra en la tierra. Lucha valerosamente y recibirás la prometida corona. A aquel que venciera yo le daré a comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios, y comerá del oculto y celestial maná.

A aquel que venciere Dios lo hará columna de su templo y escribirá su nombre sobre él, el nombre de la nueva Jerusalén. Aquel que venciere no será dañado por la muerte segunda. El que venciere será vestido con vestiduras blancas y su nombre

no será borrado del libro de la vida sino que Cristo Jesús confesó su nombre delante de su Padre celestial y de sus ángeles. El que venciere se sentará con Cristo en su trono, así como Cristo venció y se sentó con su Padre en su trono. ¡Oh, soldados de Dios, estad listos, no temáis! Este lugar tenéis que pisarlo vosotros. Este angosto camino tenéis que transitar y por esta puerta estrecha tenéis que entrar a la vida. El Señor es vuestra fortaleza, vuestro consuelo y vuestro refugio. Él se sienta con vosotros en las prisiones y en las mazmorras. Él huye con vosotros a tierras extranjeras. Él os acompaña a través del fuego y del agua. Él nunca os dejará ni os abandonará. Sí, Él vendrá pronto trayendo Su recompensa. Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. No os entristezcáis porque sois morenos, vosotros en nada sois menos bellos y agradables al rey. Como una rosa tenéis que crecer entre espinas y sufrir laceraciones. Porque aunque en su primera aparición Él fue sacrificado como un inocente cordero y no abrió Su boca, sin embargo, tiempo vendrá cuando Él aparezca como victorioso príncipe y triunfante Rey para hacer juicio. Entonces llorarán a gran voz y exclamarán: Montañas, caed sobre nosotros, collados, cubridnos. Pero vosotros. Pero vosotros saltaréis y danzaréis de gozo como becerros cebados en los pesebres. El gozo y la alegría nunca os abandonarán, porque vuestro rey el esposo y el redentor, Cristo Jesús, permanecerá con vosotros para siempre. Dios enjugará las lágrimas de vuestros ojos y no habrá más muerte, ni tristeza ni clamor. Ni habrá ya más dolor. Alabanzas a Dios, acción de gracias y glorificación surgirán por siempre de vuestras bocas. Dejadme decirlo una vez más. ¡Luchad! ¡La corona de gloria está preparada para vosotros! No retrocedáis, ni os retiréis, porque aun un poquito y Aquel

que ha de venir no tardará. Ahora el justo vivirá por la fe, pero si alguien retrocede, mi alma no tendrá en Él contentamiento. Estad atentos y velad para que el fuego de la cruz no os consuma como madera, heno y rastrojo; para que las inundaciones y las tempestades de la persecución no derrumben la casa, para que el calor del sol no marchite la hierba, para que el perro no se vuelva a su vómito, para que vuestras ropas y vuestros pies, que habéis lavado, no se vuelvan a ensuciar y siete espíritus peores aniden en vosotros y el postrer error sea peor que el primero.

Por lo tanto, queridos hermanos y hermanas en el Señor, temed a vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma y buscadlo con todo vuestro poder. Velad de noche y de día. Llamad al trono de Su gracia para que Su mano paternal pueda sosteneros en toda aflicción, permaneciendo junto a vosotros en todas vuestras desdichas y pruebas, y guardándoos fielmente en su camino, Su Palabra y Su verdad. Así no podréis tropezar con vuestro pie contra la piedra y fracasar en vuestra profesión y en vuestra vida, ser quebrantados y deshonrados. Así podréis guardar el tesoro que ha sido confiado a vuestra custodia, siendo puros y sin mancha en aquel Día, y con todos los piadosos santos obtener la tierra prometida, la herencia, el reino, la vida y la corona. Esto os conceda a vosotros y a nosotros el misericordioso y querido Padre, mediante su Bendito Hijo Jesucristo, en el poder de Su eterno y Santo Espíritu, para su sempiterno honor y gloria. Amén.

LA SÚPLICA DE AMÉRICA LATINA

La reflexión sobre estos documentos desde América Latina tiene por lo menos dos direcciones que finalmente confluyen en un mismo punto. Por un lado, la defensa del testimonio de los cristianos para evitar al máximo que la persecución continuara arrasando con el movimiento anabaptista y de otro lado, la invitación a la comunidad de los hermanos para que tuvieran en mente que el martirio no es opcional en ciertas circunstancias, sino inevitable y por lo tanto, debe asumirse con toda claridad teológica y espiritual para que en medio de todo no resulte estéril la muerte de los santos. Parece de mucha pertinencia tener en cuenta los dos interlocutores que Menno tiene en estos documentos y qué les pide en cada uno.

En primer lugar, habla directamente a los príncipes, las autoridades establecidas, y reconocidas por él, como puestas por Dios no para solicitar beneficios particulares o especiales para su congregación, sino para que se limiten a cumplir con el mantenimiento del orden y cesen las persecuciones contra los anabaptistas por asociarlos con los grupos extremistas. La interlocución reciente en América Latina de las iglesias con los gobernantes dista de ser crítica, profética y exhortativa. Se limita en muchas ocasiones a la solicitud de «puertas abiertas» para cumplir con la gran comisión, en algunos casos van más allá para pedir favores especiales o beneficios particulares a las iglesias; este documento nos anima a dialogar proféticamente con los gobernantes y demandar de ellos el cumplimiento de la razón de ser y especialmente a favor de los más débiles en la sociedad, los marginados y los perseguidos por razones de conciencia.

La apelación que hay en el documento ante el gobierno es el resultado de una comunidad de fe que está cumpliendo con la misión que Jesús le encargó. No es una apelación para que se le deje cumplir con esa misión. El gobierno no tiene la tarea de favorecer a la Iglesia para que alcance sus metas, sino que debe brindar las garantías establecidas en la constitución para el ejercicio de todas las libertades, sin discriminación por razones de fe, etnia o género.

Cuando Jesús dijo «dichosos» serán cuando los persigan o hablen mal de ustedes mintiendo, es cuando la apelación a los gobernantes toma lugar; pero cuando los gobernantes presionan o conminan a las iglesias por el incumplimiento de las leyes y no están mintiendo en lo que argumentan, ya no hay dicha para la Iglesia, sino desazón y tristeza porque el *mundo* está dejando de creer en su testimonio.

La parte complementaria a esta defensa de los cristianos que hacen el bien ante las autoridades, consiste en un llamado a no hacerse muchas ilusiones con los gobernantes. El repaso de la historia de las persecuciones que hace Menno en su documento sobre *La cruz de los santos* es evidente: cristiano que esté dispuesto a vivir y a defender su fe con todas las implicaciones que conlleva se expone a la persecución.

Por cierto, no se debe tomar a la ligera esta sustentación de las razones por las que los cristianos padecen persecución o deben estar preparados para ella, pues con no poca frecuencia se le adjudica a las persecuciones la razón para el crecimiento numérico y el avivamiento de la Iglesia. Algunos hasta oran porque venga la persecución para que los fríos y tibios creyentes se definan de una vez por todas. La historia de las persecuciones debe estudiarse con sumo cuidado, diferenciando una época de otra, matizando los resultados y efectos de ellas en la Iglesia y

considerando cuidadosamente lo que es historia para separarlo de lo que es leyenda.

Pero de ese ejercicio no se puede pasar a dogmatizar sobre el efecto espiritual y sociológico de las persecuciones en la vida de la Iglesia, y qué mejor ejemplo que el documento de Menno *Patética súplica a todos los magistrados*, en el que no sólo aclara quienes en verdad son los cristianos para que no se les persiga injustamente, sino para que las persecuciones cesen y no exterminen definitivamente el movimiento anabaptista. Si un período de la historia se va a utilizar para concluir que las persecuciones ayudan al crecimiento y avivamiento de las iglesias, no será precisamente el del movimiento anabaptista, porque este quedó reducido a su mínima expresión. Los líderes más notables murieron sin ver los frutos de su esfuerzo y varios de ellos como mártires. Las dificultades para poner por escrito todo su pensamiento les impidió una mayor difusión y elaboración de sus ideas.

Hay un tema que se menciona en el segundo documento de Menno: la persecución y presión de que están siendo objeto, proviene de otros cristianos que intentan por este medio reconvertirlos a su fe e iglesia. Tanto católicos como protestantes fueron protagonistas de hechos muy lamentables en este período, lo cual indica el cuidado que se debe tener no sólo de velar por la fe y la doctrina, sino por el amor y la paciencia para con las diferencias y las divergencias.

Apenas se alcanzan ciertos grados de institucionalización hay la tendencia a universalizar esas doctrinas o dogmas, todos deben creer lo mismo, deben estar bajo el mismo techo y proclamar el mismo mensaje. Esta es la historia que se puede leer entre líneas en los documentos anabaptistas y el de Menno no es la excepción.

El tema del sufrimiento como parte de la vida cristiana, es reflexionado por Menno ya que refleja su propia experiencia; no se ve un intento de superar el sufrimiento o sublimarlo con otros anhelos, sino que se asume como parte de la vida cristiana, incluso como parte de los propósitos de Dios. No es fácil apreciar esta reflexión hoy en América Latina con el auge de las prédicas sobre la prosperidad, la abundancia y la felicidad como constantes del cristiano. Lo opuesto a estas manifestaciones es pobreza, escasez y tristeza, interpretadas como consecuencia de la falta de fe. No se trata de optar por lo uno o por lo otro, definitivamente todo ser humano quiere y necesita la felicidad, vivir holgadamente y tener el pan de cada día garantizado, además es el deseo de Dios para cada uno.

Pero hace falta desarrollar una reflexión más serena sobre el sufrimiento, que es una realidad cotidiana por diferentes razones para los cristianos en América Latina; abandonar la sacralización del sufrimiento y la pobreza para negarla cuando hace parte de nuestro diario vivir, no es crecimiento de la fe sino de la ilusión escapista de una realidad que no nos atrevemos a cuestionar como Iglesia, porque quizá terminemos también nosotros en el paredón.

En un cristianismo fácil que no tenga que pasar por la cruz hay una embestida contra el que fue crucificado por amor al Padre y a nosotros; pero en un cristianismo que asume el sufrimiento como parte inevitable de la vida, hay no sólo agradecimiento con lo que Jesús hizo, sino comprensión del ser humano sufriente de hoy.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué opinión tiene su iglesia sobre el sufrimiento? ¿Cómo se predica acerca de este tema? ¿Hay alguna diferencia con el planteamiento de Menno?
2. ¿Qué apelaciones hace su iglesia ante las autoridades? ¿Cree que tiene sentido hacerlo? ¿en qué casos?
3. ¿Hay bendición en las persecuciones? Dé algunos ejemplos contemporáneos
4. Elabora una declaración de cinco puntos sobre lo que cree acerca del sufrimiento en la vida del cristiano. Comparta con otros y compare.